



3 1761 07799569 4

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST OCT 15 1926



igo Wast

os Ojos Vendados

En estos caminos se va con los ojos vendados.
uese una obrera de gustos simples, no habría c

N 3237nz

HUGO WAST

3



Los Ojos Vendados

87° MILLAR

203315
25. 5 26

AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA
BUENOS AIRES
MAIPÚ 49

ES PROPIEDAD

Una maestrita

A diez minutos del corazón de Buenos Aires, en la línea del tren eléctrico, se halla la estación de Belgrano Central, rodeada de hotelitos suntuosos y quintas con soberbios jardines; y a una cuadra de la estación, en el Bajo Belgrano, se encuentra la calle Migueletes.

Sin empedrado, mal edificada, con las esquinas baldías, porque sus propietarios aguardan que el progreso de la población valore los terrenos, contrasta su aspecto con el de los alrededores.

A lo largo de las veredas, corre un zanjón y frente a cada puerta hay un puentecito.

Allí, los edificios más suntuosos no son moradas humanas, sino caballares, *studs* que costean los ricos porteños con sus rentas, y a veces también con el capital, manteniendo a cuerpo de rey aquellos nobles brutos, destinados, si se portan como la gente, a terminar su carrera, embalsamados en el escaparate de una talabartería.

Las casas de familia se distinguen de los *studs*, por su modestia.

En lugar de tener un vistoso frente de ladrillo desnudo, con adornos de portland, tienen una malla de alambre, alta de dos varas, a ras de la acera, y un valladar tupido de renuevos de ligustros, que defiende el jardincito. Basta mirar cómo se lo cultiva, para saber si hay niñas en la casa.

Cuando sólo se ven lechugas y cebollines, puede creerse que los dueños son personas de edad y no tienen hijos; pero si, a más de las lechugas, hay jazmines, y claveles, y alguna mata de aristocráticos crisantemos, debe pensarse que a la siesta o al atardecer, habrá en la puerta de la calle alguna muchacha, por quien los mozos del barrio se acerquen a la esquina.

El jardincito nunca tiene más de seis trancos, y sobre él se abre la ventana de la primera pieza, que es generalmente el comedor. Luego siguen las otras en hilera, resguardadas por una galería, hacia el fondo, donde hay algunos árboles frutales y un gallinerito y donde se pone a secar la ropa en cuerdas tendidas de pared a pared.

Un enrejado de tablillas, pintado de verde, esconde estas interioridades, cuadrando el patio, y allí se enreda una rosa trepadora o una madre-selva o una vigorosa tripa de fraile que en verano se llena de flores.

De ese estilo era la casita que compró don Pedro de Garay, cuando vino de Santa Fe, cinco años atrás, con la esperanza de un puesto nacional.

Invirtió en ella la fortunita de su mujer, y se quedó esperando el nombramiento.

Había sido empleado provincial desde que tenía uso de razón, y no concebía que existiera gente capaz de vivir sin serlo.

Comenzó su carrera administrativa cebando mates al comisario de Santa Rosa, vieja población costera, sobre un brazo del Paraná.

Tenía diez y ocho años, cuando el jefe político del departamento observó su afición a leer diarios y almanaques, y lo hizo escribiente de la secretaría, y después secretario de la jefatura, en Helvecia, y de pronto lo llevaron a Santa Fe, con un empleo en la Casa Gris, amarilla en aquellos tiempos.

Como era respetuoso de las personas y de las leyes y poca movedizo, los gobiernos pasaban y él permanecía en su puesto, ni envidioso ni envidiado, satisfecho cuando podía en la misma oficina echar un vistazo a los diarios locales, y luego enfrascarse en la lectura de algún gran diario porteño, que leía con avisos y todo.

Las raras veces que el exceso de trabajo no le permitía concluir su lectura, sentíase desazonado y en su casa reemprendía su tarea, hasta darle fin. Nunca leía un diario recién llegado, si no había concluído el anterior.

—Sería una lástima, — decía — se aprende mucho.

Y realmente, después de veinte años de constancia, don Pedro de Garay tenía ideas generales

sobre todo, y podía emitir de sopetón un juicio redondo y definitivo.

Sabía cuál era el pueblo más moral de la tierra, el estadista más ladrón, el mejor sistema electoral y la más perfecta máquina de escribir.

Sin haber viajado, conocía más o menos lo que ocurría en todos los países.

—Yo no he estado en Groenlandia, — decía — pero seguramente allí los vestidos de las mujeres comienzan más arriba y acaban más abajo que aquí. En Inglaterra hay una ley contra los envenenadores del pueblo; yo no he estado en Inglaterra, pero sé que hay una ley...

Sus conocimientos crecientes, no modificaron la sencillez de sus gastos, ni el bullicio de las ciudades disipó en su corazón el melancólico amor a su pueblo natal.

La vieja y apacible Santa Rosa, sus calles de arena, sus frescos naranjales, su río barrancoso y profundo, su isla siempre verde y bulliciosa con la algarabía de las aves silvestres, y el hospitalario señorío de sus habitantes, orgullosos de su pueblo, el más criollo de la comarca, y de su larga parentela, y de sus tradicionales apellidos, todo formaba una imagen imperecedera, emocionante como una visión soñada.

Aprovechaba las vacaciones para refrescar su vida, y se pasaba dos meses comiendo sandías en la vereda de su casa, durmiendo siestas de patriarca, y jugando al truco en el almacén, donde comen-

taba las noticias de su diario, que recibía en paquetes semanales por la mensajería de San José del Rincón, y desparramaba sus conocimientos. A la sombra fragante de los naranjales, tejió el único romance de su vida con Presentación Troncoso, una linda morocha que veinticinco años después no conservaba de su mentada belleza, más que los ojos negrísimos y ardientes, en que chispeaban los recuerdos.

Era hija única de uno de los ricos del lugar, dueño de dos o tres chacras de maní, y de una legua de campo y de un millar de vacas muy fecundas, pero de cuernos inconmensurables, criollas como el caracú.

Don Pedro hubiera salido de pobre de no haberse dejado tentar el suegro por un trapalón, que le vendió un molino de aceite en Cayastá, cuya herbrumbrada maquinaria sacaba tanto aceite de una parva de maní, como si hubiera molido en su lugar un tejado del tiempo del Rey.

Con todo, al liquidarse la herencia, les quedó una taleguita de dinero, que les llegó en los días en que don Pedro obtuvo su jubilación.

De ahora en adelante podía sentarse a leer el diario en el zaguán de su casa, o en medio del patio, sin dar cuenta a nadie de su holganza. La mensualidad le correría igual, aunque un tanto mermada, porque don Pedro quiso obtenerla antes de cumplir el tiempo necesario para que le otorgaran el sueldo íntegro.

Se había dejado inducir en tentaciones. Se ha-

llaba fuerte, en sus cuarenta y cinco años, y su mujer y sus dos hijas y sobre todo su hijo, lo asediaban para que con el dinero heredado, y la jubilación conseguida, se marchasen a Buenos Aires, donde fácilmente encontrarían empleos para todos.

Don Pedro revolvió mucho la idea, antes de decidirse.

Realmente las necesidades de su familia crecían. Su hija mayor, Laura, iba tocando los veinte años; su hijo segundo, aquel badulaque tumultuoso y mimado de Pulgarcito, acababa de enrolarse como ciudadano, y la hija menor, Matilde, tenía quince años cabales. Su mujer, muy hacendosa y económica, se estaba agriando en lidia perpetua con la servidumbre, una runfla de chinitas que cada verano traía de Santa Rosa, y habría deseado frecuentar las diversiones públicas, visitar a sus relaciones, vestirse a la moda. El mismo sentía la necesidad de mayores comodidades, habría querido tener un escritorio, y una bibliotequita con la "Colección de Obras Famosas" y la "historia del Mundo", que le ofrecían por mensualidades.

La jubilación no alcanzaba para todo, aparte de que las finanzas provinciales andaban enredadísimas, y pasaban semestres enteros sin que el gobierno pagase a sus empleados.

Era imprescindible reforzar las entradas. Don Pedro habría invertido con éxito el dinero de la herencia en un negocio que enriquecía a cuantos se dedicaban a él, siempre que anduvieran en bue-

nos términos con los hombres del gobierno: la compra de sueldos, que en esa época de atrasos, era la industria más floreciente. No faltaban nunca empleados famélicos, que vendían sus derechos con unas quitas formidables, como vendió Esaú su primogenitura. Si el comprador era amigo de un ministro o del gobernador, circunstancia que solía ser la base del negocio, lograba secretamente una orden de pago a su favor.

Pero don Pedro había vendido en época de apuros, algunos sueldos. Conocía por experiencia lo infame de aquel tráfico de negreros, y tuvo vergüenza de ejercerlo.

Un amigo que se decía influyente en el gobierno nacional, lo ilusionó con la perspectiva de un puesto en Buenos Aires y eso concluyó con sus vacilaciones.

Un buen día los diarios santafecinos anunciaron que don Pedro de Garay con su familia se instalaba en la Capital Federal. Don Pedro recortó las amables noticias dadas con motivo de su viaje, y las guardó para mostrarlas en el nuevo lugar de su residencia.

¡Pero qué distintas en la realidad eran las cosas en Buenos Aires!

El, que no caminaba tres cuabras en la ciudad provinciana, sin detenerse diez veces; él que conocía el vecindario, desde el gobernador, hasta los cocheros, y era saludado por todos con una sonrisa, y con todos podía cambiar alguna broma, se pasaba

días enteros errando por las calles porteñas, detrás de sus tres hijos, remolcando a misia Presentación, perdidos como un grupo de náufragos, sin hallar un solo conocido. A lo más, de cuando en cuando, alguna cara que les recordaba alguna relación.

—Mira, papá, aquel señor: ¡la misma traza de don Régulo!

—¡Hombre! ¡Parece mentira que no sea él mismo! Voy a preguntarle si es pariente.

—Déjalo; va apurado. ¿Y esa señora, a quién te hace acordar, mamá?

Misia Presentación miraba, pero nada veía, la emoción de las novedades le vendaba los ojos.

—¿A quién? — preguntaba humildemente.

—A Rosita Ripalda. Buena mozona como ella...

—¡Es cierto, es cierto! ¡ni que fueran hermanas!

Al cabo de ocho días, como el nombramiento no se produjera, ni don Pedro hallase manera de llegar hasta el presidente de la república, y como el hotel los fundía, pensaron en alquilar una casita, para seguir esperando en mejores condiciones.

El amigo en esta emergencia demostró más actividad, pues en otros ocho días les hizo comprar con los últimos pesos heredados, una casita de él mismo, en la calle Migueletes.

La tarde que firmaron la escritura lo vieron por última vez. La casita era nueva y simpática con su galería y su enrejado de rosas. La ocuparon sin tardar, adquirieron unos catres de lona

para dormir y una mesa para comer, mientras recibían de Santa Fe los viejos muebles, que dejaron arrumbados, en previsión de la aventura.

Misia Presentación, que era hacendosa y limpia, puso relucientes hasta los ladrillos de la veredita del fondo, por donde se iba, sin embarrarse, al gallinero. Compró gallinas, y un chanchito para cebarlo, y hacer chorizos .

Ella misma cocinaba, con una maestría admirable.

—¡ Siempre tuvo buena mano ! — decía don Pedro, relamiéndose a eso de las once, cuando ella le ponía en la punta de la mesa una taza de caldo o una empanada, para que abriera el apetito.

Las muchachas no holgaban ; lavaban los vidrios, ponían los visillos, clavaban abaniquitos en las paredes, inventariaban las plantas del jardín, con la ilusión de la novedad, estimuladas por su padre que leía los diarios o devoraba su tenteenpié.

Pulgarcito en los primeros momentos intentó ayudar a su madre y a sus hermanas ; dijo que iba a poner la campanilla eléctrica, cosa que según él había estudiado en el colegio nacional, en la Física de Ganot. Pidió cinco pesos, para comprar alambre, y no volvió en todo el día. Al anochecer lo trajo un vigilante que lo halló perdido y muerto de cansancio. Al otro día volvió a salir y se estuvo tres sin dar señales de vida, con la policía detrás de él ; hasta que volvió contando aventuras maravillosas, que sólo don Pedro se negaba a creer.

Así comenzó a conocer la gran ciudad, y en ese tren de actividades siguió. Durante años y años, un rollito de alambre permaneció arrinconado en el comedor.

—Es para la campanilla eléctrica que va a poner Pulgarcito — explicaba la madre y las hermanas; hasta que don Pedro, comenzó a gastar el alambre, en atar una gallina clueca, al pie de un naranjo, para que los pollitos no se entraran al gallinero, donde las otras gallinas los perseguían.

—No necesita más ejercicio que el que yo le hago hacer todas las mañanas, — decía don Pedro, que revisaba prolijamente la atadura.

Y era verdad. Todas las mañanas él arriaba la clueca con sus pollitos a la calle, marchando lentamente hasta la esquina, un solar baldío, en que los muchachos jugaban al football.

Allí aguardaba algunos minutos al repartidor del diario, que pasaba por ese lado media hora antes que por el otro; se afirmaba al poste del cerco, desplegaba el papel y se absorbía el artículo de fondo, su desayuno espiritual, mientras la gallina y sus pollitos, escarbaban en los tarros de basura, o picaban el pastito verde en la cuneta de la calle.

A más de esa tarea, don Pedro se impuso la de lavar diariamente una jaula de palomitas francesas, que construyó él mismo en un ángulo del jardín. por puro afán de actividad. Pero eso lo hacía después de su lectura matinal, antes de la empanada o de la taza de caldo. A la tarde dormía su siesta, y

después estaba libre, para la futura ocupación que habían de darle.

—Tengo libre,—decía él, siempre que solicitaba empleo, — desde las tres a las siete, más o menos. Esto no quiere decir que no aceptaría un cargo que tuviese horario distinto, sino que me vería obligado a cumplir mis demás obligaciones a otras horas. He ahí todo.

Con los muebles de Santa Fe hicieron venir también a la negra Saturnina, una sirvienta vieja, de Santa Rosa, que había visto nacer a los tres hijos, y que a misia Presentación le decía “la niña”.

La negra llegó, alborozada porque iba a verlos de nuevo, sin imaginarse que sería una verdadera desterrada en aquel gran mundo.

Todos se habituaron a él. Pulgarcito vivía en la calle o en los *studs*; misia Presentación se distraía recorriendo las tiendas, hurgueteando, sin comprar nada; las muchachas gozaban respirando el aire porteño, y don Pedro había empezado a emplear sus horas libres en los cinematógrafos, de tal modo que un tiempo después, llegó a creerse el hombre más ocupado del Río de la Plata.

Solamente la negra Saturnina no pudo acomodar su corazón a las novedades.

Al atardecer, cuando todos estaban fuera, en acabando de refregar sus cacerolas, se sentaba en la escalerita de su cuarto, un altillito de madera construído sobre la cocina, y se ponía a tomar mate.

A veces se quedaba absorta y el mate se le enfriaba en la mano.

Sentía horror por la calle, por el bullicio, por el olor a los automóviles, por el rumor de los trenes, por la malicia de los pilluelos, y apenas se asomaba a la puerta, si no era el alba, los domingos para ir a la primera misa en la iglesia de las Mercedes a media cuadra de allí.

De los ecos de la inmensa ciudad, sólo el toque de aquella armoniosa campana de los padres agustinos, le acariciaba el oído: ¡clan, clan, clan!

A esa hora de la tarde se llenaba de nostalgias. Echaba de menos la charla de las vecinas a la puerta de calle, como en Santa Rosa.

Sentadas en la vereda las señoras, y las sirvientas de pie, arrimadas al marco de la puerta, con las manos cruzadas sobre el regazo, y en la oscuridad, porque los mosquitos acudían en enjambres no bien se encendía una lámpara, desmenuzaban los pocos sucesos de sus vidas. En aquella quietud, las cosas más reducidas adquirían importancia. Todas las cuestiones eran de interés, todos los ruidos se agrandaban.

Así, cuando callaban las conversaciones, sentían el rumor del río que roía eternamente la barranca, a treinta pasos de la calle, y, de cuando en cuando, el golpe de un trozo de greda que se desmoronaba sobre la corriente.

¡Todo lo echaba de menos! El perfume de las huertas de naranjos, la algarabía de las gallinetas

y de los chajás en la isla, el cenagoso olor de los camalotes, que llegaba en el viento.

Hablaban siempre de lo mismo, del río que crecía, su perpetua preocupación; de que don Francisco Silva o don Pedro de Garay tenían su hacienda en la isla, que se estaba anegando, y quién sabe si se podrían sostener allí más tiempo. Comentaban las fechorías de los cuatreros: que a don Ramón Bergallo el día antes le habían carneado una vaca, y a don Audelino Monrull le habían robado un caballo, y el comisario se reía de ellos, y se pasaba el día jugando al monte en el almacén

Hablaban de las enfermedades de parientes y conocidos, y de los noviazgos en puerta.

Cuando don Pedro de Garay se la llevó de Santa Rosa a Santa Fe, hacía veinte años de esto, ella no cambió mucho de costumbres. Vivían en los barrios del sud de la ciudad, donde le fué fácil relacionarse con todas las sirvientas del vecindario, y a cierta hora se iba a comadrear con ellas, sentadas en el zaguán o en el patio, llevando a veces para convidarlas, su mate y su yerbera, y de cuando en cuando algunas tortas con azúcar.

¡Cómo no habría de extrañar todo eso allí, en Buenos Aires, donde las vecinas ni se saludaban, donde al atardecer sólo se reunían en la vereda pandillas de muchachos zafados, o de carreristas maliciosos, que hablaban de football o de carreras, y cantaban atrocidades.

¡Vaya por Dios!

Pero tenía tanto amor a la casa de don Pedrito, por los “niños”, que sorbía sus lágrimas y disimulaba su aburrimiento.

Los acompañaría hasta la muerte, en los buenos y en los malos tiempos.

¡Ay! los malos tiempos habían llegado ya.

Don Pedrito no encontraba empleo; y aunque vivían en casa propia, y la “niña” Presentación era un prodigio de economía, y ella no les apuraba por su sueldo de cocinera, limitándose a pedirles centavos para “sus vicios”, el mate y el cigarro, como la vida se encarecía cada vez y había que vender la jubilación con enormes quitas a los usureros, y Pulgarcito no hacía más que gastar y las muchachas eran unas señoritas, obligadas a andar bien puestas, pasaban vergonzosas estrecheces.

Saturnina se consolaba de sus penas mirando a las jóvenes.

Laura, la mayor, apenas salía de la casa, como no fuera a acompañar a su hermana o su madre. Vivía ocupada siempre; cosía toda la ropa blanca y los vestidos de las tres mujeres, en un tallercito donde una vecina bondadosa le enseñaba maravillas.

Era muy bonita: tenía los ojos verdes de su padre, y una timidez provinciana que dulcificaba sus gestos. Morena ágil como una judía, sólo en sus manos estropeadas por los trabajos caseros, se notaba la humildad de su posición social.

Cuando le dirigían un elogio, se sorprendía, más

que todo si iba con Matilde; porque no concebía que en esos casos pudieran fijarse en ella. Había puesto su admiración en su hermana, que le parecía el dechado de toda hermosura.

Matilde no adivinaba la profundidad de aquel afecto. La inquietud de la gran ciudad se infiltraba en su corazón. Pensaba en lo que sería de ella y de su hermana andando el tiempo. Antes que los otros, perdió toda esperanza en el soñado empleo de su padre, y comprendió que para librarse de la miseria, para tener trapos elegantes, debían trabajar ellas mismas, y se dedicó a conquistar un título de maestra.

Todos los días, mañana y tarde, iba al centro, a la escuela normal. Nada la intimidaba; sentía en la sangre un calor generoso de ambición y de esperanza.

A los quince años, recién llegada de Santa Fe, era vivaz y arrogante. Los ojos oscuros, la trenza corta, a la espalda, espumosa y dorada como una cascada envuelta por el sol.

Sorprendía su brío, el timbre lleno de su voz, el contraste de los cabellos con los ojos, la plenitud de su hermosura en edad tan juvenil, y las gentes se volvían a mirarla.

Pero ella no se dignaba advertirlo, y sus maneras desconcertantes y desdeñosas, eran un nuevo encanto.

—¡De ésta espero mucho! — decía misia Presen-

tación, fascinada por el carácter impetuoso de la chicuela.

Para aquella madre, las inquietudes sin sentido son una tuerza, y la paz de un humor equilibrado, una debilidad.

El temperamento de las dos muchachas se confirmó con los años. Laura había conseguido, después de infinitas andanzas, un puestito de maestra de labores en una escuelita de Belgrano, y como eso no la ocupaba todo el día, ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa. Y estaba contenta. Matilde se había recibido ya de maestra, y su hermoso diploma nacional, que Laura admiraba, pendía en un cuadro en la pared del comedor.

Pulgarcito lo clavó el mismo día que la niña lo trajo, y se frotó las manos alegremente:

—Ahora vos sos maestra — le dijo — y yo soy empleado del Jockey Club. Vamos a ver qué es mejor.

Corrieron meses y meses. Si antes Matilde se pasaba el día entero fuera de su casa, yendo a clase, ahora se veía obligada a pasarlo también peregrinando por las oficinas de gobierno, con la corona de su belleza en la frente y la cruz de su vergonzante miseria en los hombros.

Todavía le faltaba lo más difícil, ganarse la vida con aquel diploma, que la hacía más exigente, pero no menos necesitada.

Otras, que no eran maestras, podían aceptar empleos inferiores en tiendas o en oficinas. Ella tenía

que esperar todo del Estado, que le había puesto su sello, como un señor feudal a sus siervos, que le había infundido la ilusión de aquella carrera y que tenía obligación de emplearla.

Fué mil veces al Ministerio, y oyó mil veces la excusa, con que la despedían para otra oportunidad "¡Hay tantas maestras!"

Y esa era la verdadera causa del mal. Antes, el magisterio era un apostolado, al cual se iba sólo por vocación, porque es un sacrificio.

El maestro creía en Dios y amaba de veras a los niños, aunque no lo pregonase, y aunque los castigara con dureza; y, si no trabajaba por gusto, trabajaba con gusto.

Pero entró en el mundo el fetichismo de la instrucción: nada había más grande y digno de la gratitud y de la admiración de la humanidad, que el maestro moderno.

En los altares vacíos de la imagen de Dios, se puso al maestro, y millares de jóvenes creyeron que esa era la llave de oro que abría las puertas de la fortuna y de la gloria, y cada familia obrera o burguesa, quiso tener un hijo diplomado, como antiguamente querían tener un hijo sacerdote o una hija monja.

Así se creó la nueva esclavitud. Por un diploma, un joven o una niña, llenos de ilusión, vendían al Estado su cerebro, su juventud, su libertad. Y una vez hecho el pacto, el Estado les decía: "Ese papel con mi firma, no te sirve para nada; hay de-

masiados maestros; quema tu diploma, olvida lo que aprendiste, y si eres hijo de obrero, vuelve a los obreros, y si eres hijo de burgués, vuelve a la burguesía."

Matilde comprendió que el diploma colocaba a sus dueños en una condición híbrida.

La instrucción, perfeccionando al individuo, desarrollaba en él necesidades espirituales más fuertes que las fisiológicas, necesidades de higiene y de elegancia, que eran amor a la belleza, aficiones artísticas, que eran noble afán de cultura.

Pero no les daba cómo satisfacerlas.

El obrero ganaba más que el maestro, y necesitaba menos.

El obrero era fuerte y el Estado le temía y lo adulaba; mientras que el maestro se hallaba indefenso, porque era extraño a todas las clases sociales; desdeñado por los de arriba y execrado por los de abajo.

Si era hijo del pueblo, el obrero lo odiaba por tránsfuga; si era hijo de burgueses, lo odiaba por burgués. No concebía que pudiera haber entre ellos quien mereciera su compasión, por ser más pobre y más desvalido que él.

Como una golondrina con las alas quebradas, Matilde sentíase prisionera de su título, que no había hecho más que suscitar en ella la ansiedad de la altura y de la libertad.

Entonces comprendió que también el magisterio servía para mucho, a condición de saber abandonarlo a tiempo.

II

Carlos Link

Al principio misia Presentación no veía con buenos ojos las andanzas de las niñas en la calle.

Cada vez que Matilde salía sola, se llenaba de aflicción.

—¡Mamá; voy a la escuela normal!

—Espera que se levante Pulgarcito para que te acompañe.

—Pulgarcito no se levanta antes de las doce.

—Despiértalo .

—Me tirará con los botines.

—Que te acompañe Laura.

—Está ocupada...

—Sí, mamá, estoy ocupada, pero...

—¡Nadie me va a comer!

—Bueno hija, que Dios te ayude. No me entran estas costumbres porteñas.

Don Pedro de Garay, que a esa hora solía estar limpiando la jaula de las palomas francesas, aceptaba el criterio de las muchachas.

—Hay que adaptarse al medio ambiente—decía.

—La mujer moderna debe tener la libertad del hombre.

—¡Dios nos asista!

—Las necesidades han aumentado; no todas se casan y muchas deben ganarse la vida. ¿Cómo han de hacerlo, si no tienen libertad?

Misia Presentación cedía ante la suprema razón: había que ganarse la vida. Cada día el gobierno de Santa Fe se desacreditaba más y los usureiros imponían mayores quitas, al comprar los sueldos de los jubilados.

Para aumentar sus recursos, tomó un pensionista, y le alquiló la pieza de Pulgarcito, mandando a éste a dormir al comedor.

Era un joven santafesino, estudiante de medicina, al que le faltaba muy poco para recibirse.

Había nacido en el pueblo de Helvecia, y su padre, un herrero de origen suizo alemán, le puso a estudiar medicina, como puso a sus hermanos en el arado, a labrar sus chacras de maní, o en la fragua, y a sus hermanas, en la máquina de coser y al lado del fogón.

Don Pedro de Garay conocía, de muchos años atrás, al padre de su pensionista, un hombre corpulento, de barba castaña, de anteojos de níquel, serio, puntual, sin imaginación, pero apasionado por todo lo que significaba un progreso o un conocimiento.

Don Carlos Linck tenía cinco hijos, y a su muer-

te cada uno heredaría una *concesión* de veinticinco hectáreas, enteramente labrada, media legua de campo en la isla, y doscientas vacas; y otro tanto su mujer. Era, pues, un hombre rico que había hecho su fortuna a martillazos, junto a la fragua, y quería que sus hijos, antes de heredar, aprendieran a ganar.

Cada quince días escribía una carta al estudiante, que se llamaba Carlos, como él, mandándole noticias de las haciendas y de las chacras, del precio del maní, de la altura del río, algo de política, siempre en contra del gobierno, cuyos representantes apañaban a los cuatrerros y se enriquecían con las coimas que sacaban de las casas de juego.

La carta invariablemente comenzaba deseándole salud, y asegurando que por allí todos estaban bien, aunque a renglón seguido, vinieran novedades como éstas: "Sabrás que tu hermanita menor está con escarlatina, y que tía Juana murió de vieja, anteayer. Sabrás que me han quemado una parva con veinte quintales de maní, que al precio de hoy valía cuatrocientos pesos..."

Y terminaba invariablemente: "Disculparás los borrones y la mala letra, porque estoy apurado y la pluma no sirve. Te abrazan y te bendicen tus padres que te quieren".

Siempre aquellas cartas llenaban de emoción a Carlos Link, porque le avivaban las dormidas impresiones de su niñez.

Su padre no debió elegirle a él, para que estudiara medicina, sino a cualquiera de sus otros hermanos menores. El tenía corazón de labrador, o de herrero, y habría sido feliz inventando una máquina para sembrar maní, o ideando una reja nueva para el arado.

Pero estudió tenazmente, con el pensamiento de volver a Helvecia, donde trabajaría como médico, y fué ganando sus años, sin gran brillo, pero con solidez.

Su cabeza era dura, y las ideas entraban lentamente; pero una vez dentro, no salían nunca. Cuando aprendía algo, era para siempre.

Faltábanle dos años para concluir su carrera, cuando un día, por encargo de su padre, fué a visitar a la familia de don Pedro de Garay.

Llegó en un momento de intensa aflicción. Don Pedro yacía en la cama, sin conocimiento, víctima de un ataque de apoplejía. Misia Presentación le desvestía para friccionarle; Laura le ponía sinapismos en las piernas; Matilde lloraba, y la negra Saturnina había volado a traer un confesor.

Carlos le prestó su auxilio, y las tres mujeres lo dejaron proceder, adivinando que sabía más que ellas. Había llegado oportunamente, y salvó al enfermo.

Cuando don Pedro abrió los ojos, vió a su derecha a un sacerdote y a su izquierda a Carlos Link. A los pies de la cama su mujer y sus hijas, y la ne-

gra Saturnina, espiaban con angustia su vuelta a la vida.

Sonrió a todos, y al sacerdote le tendió la mano trabajosamente:

—Padre, yo soy un buen católico; pero mi confesor es el padre Victorio, de Santa Fe...

—Pedro — le dijo en son de reproche su mujer — el padre Victorio no puede visitarte.

—Discúlpeme, padre; yo estoy acostumbrado al padre Victorio, y sólo con él me he de confesar.

—Papá — exclamó Laura sollozando — acuértese de que el padre Victorio hace años que murió.

—¡Paciencia! ¡Dios sabe lo que hace! Además yo soy un *esprit fort* — respondió don Pedro cerrando los ojos.

—No lo molestemos — dijo el sacerdote.

Matilde se agachó sobre su padre, lo besó y le dijo con dulzura:

—Papá, el padre Ramón no ha venido a confesarlo, si no quiere. Es amigo nuestro y viene a ayudarnos.

—Bueno; Presentación, dale una copita de vino Cordero.

Laura y Matilde, todos los domingos, en la misa parroquial de las diez, se encargaban de recoger las limosnas, en una bolsita de terciopelo, que hacían circular, entre los fieles; y a la tarde, daban una hora de catecismo a los niños del barrio, en los bancos de la iglesita.

El padre Ramón había volado a auxiliar a don

Pedro, no bien la negra Saturnina llamó a su puerta.

Pero desde que se trataba de un *esprit fort*, y el peligro había pasado, se limitó a acoger con una sonrisa la excusa de don Pedro, y a gustar ligeramente el vinillo con que lo convidaron.

—Me alegro de su mejoría, señor Garay; quedo a sus órdenes.

—Mil gracias, padre; es usted un filántropo, — respondió el enfermo, y el padre se fué, acompañado por las muchachas que le pedían disculpas, y seguido por Saturnina que le instaba a que bebiera toda la copita.

Entonces don Pedro se dirigió al médico del cuerpo, que tenía a su izquierda.

—Su ciencia me ha salvado, doctor — le dijo intentando darle la mano.

—No soy doctor, señor Garay; soy Carlos Link, de Helvecia, estudiante de medicina, hijo de...

Don Pedro de Garay no le atendía; estaba lívido y temblaba...

—¿Qué tiene? ¿qué siente?

—¿Sabe, doctor, que no puedo mover el brazo izquierdo?

Link se agachó a examinar el brazo inerte estirado sobre las cobijas y misia Presentación empezó a dar friegas de alcohol alcanforado en el derecho.

—Es la parálisis — murmuró al cabo de un ra-

to de examen el joven. No creo que se repita el ataque; pero esto no desaparecerá en un día.

—¡Jesús me valga! — exclamó misia Presentación. — ¡Ahora sí que estamos lucidos!

Don Pedro preguntó:

—¿No podré hacer nada durante algún tiempo?

—Creo que no, cualquier esfuerzo mental o físico podría agravar su estado. Debemos esperar la reacción del organismo...

Don Pedro cerró los ojos ante aquella perspectiva aterradora. ¿Quién sacaría sus cluecas a escarlar en la basura de la vecindad? ¿quién limpiaría la jaula de sus palomas francesas? ¿quién leería los editoriales de su diario?

—¿Y esto durará mucho, doctor?

—¡Tal vez no!

Don Pedro se acostumbró con increíble facilidad a permanecer en una silla hamaca, sin pensar, sin hablar, engordando y oyendo zumbas las moscas en los vidrios.

Como por nada del mundo habría renunciado a leer un día u otro los diarios, mandó que se los fueran apilando en un rincón de la pieza, para reanudar su lectura, cuando el médico se lo permitiera. Tenía un supremo respeto por la ciencia y era blando como un niño en manos de Link, que desde el día del ataque se instaló en la casa, como enfermero al principio y después como pensionista.

Link era rubio y corpulento, serio y dulce, y quien no lo conociera a fondo, habría podido creer-

le triste, por la parsimonia de sus entusiasmos, y por lo esquivo de sus modales. La verdad era que su corazón simple, estaba lleno con las dos o tres grandes pasiones de su vida, y no le interesaban otras cosas.

Amaba a sus padres con devoción, y a su pueblo con ternura de desterrado; y cuando entró en la relación de los Garay, y empezó a vivir bajo su techo, se enamoró profundamente de Matilde.

En un principio no le cayó en gracia a la joven, que parecía tener otros ideales, o que había imaginado el amor sin aquellos gruesos anteojos con arco de celuloide que usaba Link, y sin su pesadez de espíritu y de cuerpo.

Por el contrario don Pedro halló tan a su gusto el candidato, que manifestó a misia Presentación su deseo de que le rebajara la pensión, para que no se le ocurriera irse de la casa, lo cual ella se guardó muy bien de hacer.

—¡No faltaría más! Ustedes los hombres no entienden de estas cosas. Ya verás, Pedro...

—¿Qué vas a hacer? —interrogó don Pedro, palpándose el costado paralítico con su mano derecha.

—Voy a subirle la pensión.

—¿Qué? ¿cómo? ¡se nos irá! ¡perderé mi médico!

—¡Qué se ha de ir! ¿Ya te has olvidado cómo se prende el amor?

Esa misma noche, con gentilísimas palabras, mi-

sia Presentación, pintó al estudiante la dura necesidad en que se hallaba de aumentarle la pensión.

Link pensó que su padre, rezongaría un poco, pues no gustaba de que le modificaran sus presupuestos, pero acató la resolución de la dueña de casa, y comió con más apetito para sacarle mayor provecho al gasto.

—¿Has visto Pedro? — dijo misia Presentación al dar cuenta a su marido de la entrevista — ¡si conoceré yo los bueyes con que aro! ¡Tenemos médico para toda la vida!

—¿Y si Matilde no lo quisiera? — se arriesgó a preguntar don Pedro.

Misia Presentación hizo una mueca como diciendo: ¡Deja eso por mi cuenta!

También la negra Saturnina husmeó el suceso, y pronosticó que Matilde acabaría por corresponderle, como que ya había observado ella que todos los días, sobre la mesita donde estudiaba Link, aparecía un florerito con rosas nuevas.

Mas no sabía que la autora de aquella atención era Laura, que con timideces de colegiata, llegaba al cuarto del estudiante, y sin que la vieran renovaba sus flores.

No abandonó su costumbre ni cuando dejó de ser un misterio en la casa el amor de Link por Matilde, y supieron que ésta lo aceptaba.

Cuando al caer la tarde volvía Link de la Facultad o del Hospital, contento de su día, porque

cada trabajo realizado, cada conferencia concluida, lo acercaba al porvenir, que era la dicha, hallaba a Laura tendiendo la mesa en el comedor, bajo la lamparilla de tulipa azul.

En un rincón estaba la silla de don Pedro, que aguardaba con interés al estudiante. Adentro andaba misia Presentación, lidiando con Saturnina, para que aprestase la comida, y sentíanse sus voces de mando.

—Todavía ella no ha venido, — decía Laura en voz baja, como una confidencia de amor, respondiendo a la primera mirada de Link. Este se aproximaba entonces al enfermo, le tomaba el pulso.

—¿Cómo ha pasado hoy el día?

—Como siempre... mal...

Link sonreía, lo palmeaba un poco, y buscaba una silla para sentarse a conversar, evitando los temas que pudieran excitarlo.

Hablaba con suavidad, sin animación, como quien reza, mirando constantemente al patio, por donde a cada instante esperaba ver pasar la figura de Matilde.

Esta llegaba siempre tarde y triste. En los últimos tiempos concibió la ilusión de que pronto la nombrarían en una escuela central, logró ver al ministro, después de un año de antesalas, y él pareció interesarse por su pedido.

Sólo que era necesario ir siempre, para que no la olvidaran.

Dios, no más, sabía los sentimientos amargos y rebeldes que brotaban en sus entrañas, cada vez que subía la escalinata del ministerio, presintiendo las sonrisas maliciosas y humillantes de los empleados.

Era buena, buena, y quería serlo siempre, pero qué difícil era seguir siéndolo, cuando el mundo entero conspiraba contra ese propósito.

Eso fué lo que la decidió en favor de Link. Quería crearse un compromiso que la atase a la vida honrada, para no perder pie.

Tenía veinte años, y hacía cinco que vivían en Buenos Aires, y habría debido ser ciega para no advertir la impresión que producía en los hombres su hermosura, realzada por la gracia porteña.

En los primeros tiempos se dejó tocar la frente por un sueño ambicioso y llegó a creer que poseía la palabra mágica para abrir la puerta de oro del mundo.

¡Candorosa vanidad! El tiempo le enseñó que corría el peligro de estar mil años aguardando al príncipe de la leyenda, en cuyo amor soñara. Y se resolvió a no pensar en él.

Si alguna vez llegaba, le diría que era tarde; que ya no podía amarle, y que había puesto sus ojos en otro hombre.

Se decidió por Link, sintiéndose sola en medio de la ciudad afanosa y turbulenta, como una virgen cristiana en la arena del circo, inerme ante las fieras.

Link la ayudaría a salvarse, y cuando se casaran él le infundiría su amor. Le bastaba mirarlo al entrar de la calle, al darle la mano, al decirle una palabra afectuosa, para comprender que en eso era rico como un Rey, y podría enriquecerla a ella sin empobrecerse.

Pero su corazón no había hallado paz. Desvanecido su sueño ambicioso, le quedó sin embargo, la frente marcada con el pliegue de una preocupación y la voluntad enervada, como si recién despertase. Misia Presentación había educado cristianamente a sus hijas, y viéndolas ir los domingos a misa, y frecuentar los sacramentos y enseñar la doctrina a los niños, se alegraba creyendo que no podrían perderse.

Sabía, es cierto, que somos concebidos en pecado, pero mientras ellas no olvidasen su catecismo, estaba segura de que aunque algún día vacilaran, volverían a hallar la senda derecha.

Carecía de malicia y tenía la convicción de que en los trances difíciles, acudirían a ella demandando sus consejos.

Pero aún en los corazones más puros suele existir un sedimento de maldad.

Un trivial incidente basta para agitarlo. Una mirada, un pensamiento, una palabra oída cien veces, puede una vez revolver la hez dormida, y enturbiar la conciencia de un modo irremediable.

Si misia Presentación hubiera abrigado algún temor, habría sido por Laura que era modesta y

apacible, y cuya humildad parecía blandura de carácter; nunca por Matilde, a la cuál creía armada contra toda tentación por una voluntad firmísima.

Y esa era la impresión que causaba al mirarla.

Pura y reservada por natural distinción, conservaba lo que un moralista podría llamar la inmaculada castidad sin el pudor.

Las conversaciones, los trajes de moda, los rozamientos del mal en la calle, las lecturas y los espectáculos, habían ido privándola de la coraza que la defendiera, y amortiguando en ella ese instinto del pudor, que de lejos presiente el pecado.

Su conciencia religiosa le alumbraba el camino, como una lámpara agitada por el viento del mundo.

Muchas noches, al volver de la calle, tuvo que hacerse una gran violencia para esconder a los ojos de su madre y de su novio el flujo y reflujo de su mar interior.

Se sentaba a la mesa, aquella mesa de dos alas que se plegaban durante el día. Saturnina iba y venía trayendo los platos humeantes, y por la puerta de la galería, abierta de par en par, entraban enjambres de maripositas de luz, que iban a azotarse locamente contra el cristal labrado de la lamparita.

Su padre comía en el sillón arrimado a una punta de la mesa.

Era hombre de buen diente, y no habría perdonado plato, si misia Presentación no lo tuviera de la rienda. La desesperaba sobre todo el que aún no

lo dejara comer locro ni empanadas, las especialidades de Saturnina.

En la otra punta, sentábase misia Presentación, y frente por frente, a cada lado, las dos parejas de jóvenes, Matilde y Link, Laura y Pulgarcito. Cuando éste faltaba, lo que a menudo ocurría, su hermana se quedaba sola, mirando conversar a los novios.

La negra traía una fuente de batatas o de mazamorra con leche, y eso marcaba el final de la comida. Misia Presentación se levantaba para ayudar en la limpieza, y Laura jugaba al dominó con don Pedro, después de prepararle un te de quiebrarados. Pero, a veces, don Pedro no tenía ganas de jugar, y pedía su costurero y se ponía a pegar de nuevo los botones de sus trajes.

—En el ejército alemán — exponía — es una falta grave de disciplina andar sin botones. Yo no he estado en Alemania, pero sé que es así.

Absortos su padre en su tarea, y los novios en su conversación, Laura sacaba su silla al corredor, anegado en la perfumada frescura de la primavera y miraba a lo lejos pasar los trenes, como una banda de luz, o alzaba los ojos y contaba las estrellas.

Una estrella errante, de pronto, cortaba como un diamante el espejo de la noche, y entonces ella formulaba una súplica, porque le habían dicho que se cumplían los pedidos hechos así: "que Carlos Link se reciba pronto, y que Matilde lo quiera mucho".

Cuando llovía o hacía mal tiempo, se iba a su

pieza y rezaba el rosario, con el espíritu distraído por el rumor de las palabras de Link.

Una noche éste dijo a don Pedro, después de examinarlo:

—¿Cómo se siente para dar mañana un paseíto?

El enfermo se llevó los anteojos a la frente, abandonó sus botones y lo miró con sorpresa.

—¿Un paseíto? ¿ha comprado automóvil?

—No; un paseíto con sus propias piernas.

—¡Qué esperanza! Tengo media res muerta. La pierna izquierda no me parece mía. Yo no puedo pasear sino en automóvil. Y a la verdad que esto no debería ser un lujo, sino una comodidad al alcance de todos, como en Estados Unidos. Yo no he estado allá, pero sé que hasta los chacareros tienen un automóvil como aquí tienen un sulky.

Link lo interrumpió:

—Haga la prueba: mañana camíne hasta la esquina, y le daré permiso para leer los diarios.

Don Pedro echó una mirada al almanaque.

—¡Hace un año que no los leo! ¡Lo que habrá sucedido! ¡Los nuevos inventos! ¡Los muertos ilustres! Si usted Link fuese más noticioso, y estas mujeres se interesasen por las cosas del espíritu, yo no estaría aislado del mundo.

—Mañana podrá leer sus diarios, — insistió el joven; — después del paseo.

—En cuanto me quiera parar, me caeré redondo...

—Yo lo llevaré del brazo, papá... Hay una ga-

llina con nueve pollitos; la sacaremos hasta la esquina.

Don Pedro se quitó los anteojos, los guardó en el costurero y mandó llamar a misia Presentación. Detrás de ésta, llegó también Saturnina, con las mangas vueltas y los brazos enharinados.

—Gran día el de mañana,—les dijo don Pedro emocionado. — Volveré a mis lecturas, y saldré a paseo.

Se puso de pie, resoplando, porque estaba muy gordo, y falto de fuerzas, y caminó alrededor de la mesa, arrastrando un poco los pies.

—¡Querer es poder! — exclamó. — Por ahí he visto anunciado un libro inglés de autor muy moderno, que se llama: “¡Ayúdate y te ayudaré!” de un tal Smiles. Usted lo ha de conocer, Link.

—No he leído más que la primera parte — contestó sonriendo Link — la que se llama “¡Ayúdate!”

—Bueno, pues, — replicó don Pedro — yo no lo he leído, pero me imagino que trata del poder de la voluntad. Estos ingleses le dan mucha importancia al cultivo de la voluntad. Por eso Inglaterra es un país donde todo prospera. Sin haber estado en Inglaterra, conozco mucho a los ingleses; todos andan bien vestidos.

Misia Presentación abrazó y besó a su marido, y le dijo en voz baja que su primer paseo lo hiciera hasta la iglesia de las Mercedes, para dar gracias a Dios; y él accedió por complacerla. Saturnina gemía dulcemente:

—¡Don Pedrito! ¡ya está salvado don Pedrito!

Se fué a acostar don Pedro, ayudado por su mujer y la cocinera explicó a los demás los preparativos en que andaban.

—¡Estoy haciendo empanadas para tu ministro, Matildita!

Esta tarde el ministro había dado palabra de honor a Matilde de nombrarla antes de quince días; y misia Presentación quería refrescarle la memoria con un obsequio, que aquél estimaría en mucho, si era el hombre de buen diente que pintaban los periódicos.

—¿Por qué se afana, detrás de ese empleo? — preguntó Link a la muchacha, que está distraída, construyendo una torre con las fichas del dominó.

Matilde se estremeció, como si le costara volver al mundo de la imaginación.

—No quiero ser una carga en mi casa — respondió brevemente.

—¿Pero qué le durará ese empleo? Pronto yo seré médico, y mi padre me autorizará para casarme. Nos instalaremos en Helvecia y allí trabajaré con ilusión. ¿Y usted se hallará a gusto?

La joven respondió que sí moviendo la cabeza.

—Yo he nacido — prosiguió Link — para vivir en el campo; pero usted tiene su corazón en las ciudades... ¿No se cansará algún día de vivir allá?

—Su padre — contestó ella eludiendo la pregunta — no me verá con buenos ojos. Tal vez él quiera para su hijo alguna muchacha rica de aquellos lugares... ¿Nunca han hablado de eso?

—¡No, no! Mi padre es un hombre de corazón, y la querrá cuando vea cómo la quiero yo, Matilde. Mi madre es una mujer sencilla, que se alegrará de tener una hija más y mis hermanas se enorgullecerán de verla en nuestra casa, y vivirán estudiando sus maneras y sus trajes, para imitarla en todo.

—¡Mis trajes! — exclamó con sarcasmo la muchacha. — No valen la pena de ser imitados; los hemos hecho con Laura, reformando otros viejos.

—Bueno, eso aprenderán...

Matilde pensó en las cosas que evocaban las palabras de su novio: un pueblito, a la margen de un riacho, aislado, entre anegadizos y algarrobales, al que en los tiempos de grandes bajantes del río, o de grandes crecientes era difícil llegar; una familia de campesinos con la conciencia de su riqueza, que vivirían espionando sus gestos, para ver si merecía o no el amor de su hijo; un padre serio, como un patriarca, una madre simple, obediente como una esclava; una existencia descolorida, entre vecinos que se esforzarían por complacerla por ser la señora del médico, pero que no la querrían...

Suspiró a su pesar y él que la estaba mirando, la interrogó suavemente:

—¿El pensar en eso la entristece?

—Su padre — insistió Matilde, para cargar sobre otros la responsabilidad de penas futuras, que presentía, — no aprobará su elección, cuando me vea.

—Mi padre ya la conoce — respondió él. — Le hablo poco de usted en mis cartas, para que no piense que me distraigo de mis estudios; pero en una sola de las palabras que le digo, debe adivinarla cómo es, y cuánto debemos quererla todos.

Dijo esto con una emoción reprimida, tan honda, que Matilde se estremeció.

Laura empezaba a cerrar las puertas, porque era hora de acostarse, entró de la galería y vió en la frente de su hermana aquella luz de amor que raramente brillaba en ella, y su alma se alegró.

Matilde observó la mirada escudriñadora que le arrojó, y tuvo miedo de que esa noche la hablase de Link. No le gustaba abrir su corazón a los ojos de nadie, ¡ni a los de Dios! porque ella misma ignoraba las corrientes obscuras de aquel mundo pequeño, pero infinito.

Y corrió a acostarse, y fingió estar dormida cuando entró Laura en su cuarto.

Un ramo de violetas

Llovió durante la noche, lluvia de primavera, copiosa y tibia, que lavaba las calles y los jardines, y en el alféizar de las ventanas remozaba los tiestos de flores.

Laura solía levantarse al rayar el día, pero nunca antes que la negra Saturnina, a la cual hallaba tomando mate, sentada en el umbral de la cocina.

Bajo el nuevo sol refulgían gotas de lluvia en todas las flores, y bastaba el roce de una mariposa, para que se desprendiera un diamante.

Las hortensias en los rincones del jardincito, redondeaban sus copones rosados, y las glicinas, sobre la ventana del comedor, estallaban en racimos de ácido perfume.

La joven estaba contenta porque don Pedro daría su primer paseo por la calle, después de un año de reclusión; y también porque esa noche, cuando Matilde los dejó solos, Link se le acercó y le dijo en voz confidencial:

—Tengo una noticia que darle.

—¿Buena, mala? — preguntó ella — ¿algo de usted?

—Es buena, y no es nada mío. Tenga paciencia y alégrese. Antes de ocho días sabrá de qué se trata.

Misia Presentación también se levantó muy temprano esa mañana. Tenía mucho que hacer, hornear las empanadas, en cuyo trajín andaba ya Saturnina y concluir de lavar unos pañuelos, que luego pegaría en los vidrios de la ventana; y concluirlo todo, antes de las siete, hora en que el tren de Santa Fe pasaba por Belgrano.

De Helvecia le mandaban una chinita para que la criasen. En tiempos de más holgura, misia Presentación tenía siempre unas cuantas parditas a su servicio; les enseñaba a leer, las hacía rezar, las vestía con esmero, porque eso redundaba en prez de su nombre y les sacaba el jugo hasta los dieciocho años, época en que generalmente las criaturas se mandaban a mudar con algún cartero o se le casaban con algún vigilante viejo.

La provisión de criaditas se les concluyó en Buenos Aires, donde existían más tentaciones y más libertades; y misia Presentación quedó reducida a los servicios de la negra Saturnina que con la edad se llenaba de mañas.

Pero su parentela de Santa Rosa le anunció la muerte de unos vecinos pobres, que dejaban en la indigencia una colección de criaturas a quienes el

juez de menores estaba repartiendo entre familias pudientes.

Los ojos de misia Presentación chispearon de codicia y telegrafió en el acto: "Háganme mandar tres, de quince años, para abajo, porque de más edad son muy "sabidas".

No pudieron mandarle más que una, con una familia santafesina, que venía a Buenos Aires.

Misia Presentación, con la cara enrojecida por la buena salud y la actividad, horneó las empanadas del ministro, pegó a los vidrios los pañuelos recién lavados, fué a besar a su marido, sacó las llaves del bolsillo de su pollera, entregándoselas a Laura, y partió para la estación, después de atusarse ligeramente los cabellos negrísimos aún, y encasquetarse un gorrito florido y juvenil, que Pulgarcito llamaba "el budín de violetas".

No bien salió la señora, Saturnina se metió al cuarto de don Pedro con una empanada caliente en un plato.

—¡ Buenos días, señor don Pedro! Aquí le traigo esto que va a acabar de mejorarlo.

El enfermo, todavía en la cama, miraba un trozo de cielo por un ángulo de la puerta. Cuando en la iglesia repicaban las campanas, las palomas del campanario echaban a volar, y él las veía revolotear sobre aquel fondo azul. Creía conocerlas ya, porque no eran muchas, y pasaba las horas contemplándolas.

El era un "esprit fort" pero agradábale mucho la vecindad de aquella iglesia que le distraía con sus

campanas y sus palomas, y hasta con el olor a incienso que difundía en el barrio.

El anuncio de Saturnina le trajo a más prosaicos pensamientos.

—Cómase esta empanada, antes que venga la niña Presentación, y váyase a oír una misita en acción de gracias al Señor, y ya va a estar sano, don Pedrito.

Don Pedro se incorporó, miró a todos lados, y se engulló la deliciosa empanada. Entornó los ojos y reclinó de nuevo la cabeza, satisfecho y fatigado de su hazaña.

La negra, con el plato vacío en la mano, lo miraba y le sonreía.

—Ahora, la misita... ¿quiere que le ponga los botines?

—No — dijo don Pedro, sin abrir los ojos — yo soy un “esprif fort”.

La negra salió temerosa de que la empanada, sin la misa, fuera a indigestarle.

Al rato se oyó la voz aflautada de don Pedro:

—Laura ¡alcánzame el diario!

Entró la joven. En los cabellos traía algunas hojas secas, que habían caído sobre su cabeza, mientras espulgaba el enrejado de rosas, trepada en una escalerita.

—La bendición, papá — dijo y besó la mano de su padre, regordeta y suave. — Aquí está el diario de hoy.

Pero don Pedro no quiso saber nada con el dia-

rio de hoy. Había pasado un año entero sin leer, y sin hacerse leer, porque en eso nadie le daba gusto y prefería aguardar que su vista se aclarase y su médico le diese permiso para reanudar sus tareas; y no estaba dispuesto a perder los trescientos y tantos diarios, que por su orden se fueron apiando en un rincón de la pieza.

—Sácame el de más abajo, el del día siguiente a mi ataque.

Laura se lo entregó, y don Pedro, después de mandar a la pila el diario nuevo, se caló unos anteojos de patillas de oro, y retomó los acontecimientos mundiales, con un año de atraso.

—Cuando acabe, llamaré para que me vistan y saldremos a dar una vuelta a la manzana.

Laura se fué a preparar el café que ella servía a todos, así que iban levantándose.

En el comedor, la pieza contigua a la de su padre, halló a Matilde, vestida y pronta para salir.

—Tengo que estar en el Consejo de Educación. antes de las nueve.

Laura, dijo señalando la cocina, de donde la brisa acarreaba apetitosos olores:

—Las empanadas de Saturnina ganarán la batalla.

Matilde hizo un gesto decepcionado, y Laura sorprendida, calló un momento, dobló por la mitad la carpeta de la mesa, extendió un mantelito en la parte desnuda, y sirvió allí el café de su her-

mana, que se estaba mirando las uñas, sin ganas de hablar.

—Ya se te conoce, murmuró Laura con algún resentimiento, — que eres maestra con diploma.

—¿Por qué? — interrogó Matilde.

—Parece que a cambio del diploma, entregan la alegría.

—Me duele la cabeza.

—Habrás dormido mal.

—¡No, no! ¡Qué sé yo lo que tengo!

—¿Anoche, cuando entró mamá no la sentiste?

Todas las noches misia Presentación, después que se acostaban sus hijas, iba a su cuarto, de puntillas, les hacía una cruz en la frente, y las besaba. Casi siempre las hallaba dormidas.

—No la sentí, — dijo Matilde.

Y no era verdad, porque hasta tarde la desvelaron sus pensamientos, esas imágenes desbaratadas que la fatigaban sin adormecerla.

Sintió llegar a su madre y cerró los ojos, y cuando le marcó la cruz en la frente, la oyó murmurar:

—Esta pobre criatura es muy buena. ¡Dios me la conserve así!

Matilde tomó el café, fué a dar los buenos días a su padre y salió.

De una planta que había frente a la ventana del comedor cortó unos jazmines y se los puso en la cintura.

En la estación se le acercó una chiquilla a ofrecerle un mazo de violetas.

—Tómelo y no me lo pague, — le dijo en tono confidencial.

Matilde conocía a la niña, y aunque no le compraba sus flores, siempre la acariciaba al pasar, con un golpecito en las mejillas redondas y suaves como un botón de rosa.

—No quiero arruinarte, Noemí.

—Tómelo, ayer un mozo me lo pagó para usted; y me preguntó su nombre.

Matilde se puso colorada, tomó instintivamente el ramo, y subió al tren que llegaba en ese momento.

—¿Y le dijiste mi nombre? — preguntó agachándose desde la ventanilla.

—Sí...

—¡Mal hecho!

El tren partió, y Matilde abrió un libro y quiso leer, pero su imaginación se salía de las páginas y volaba hacia su ramo de violetas.

Ya se imaginaba quién era aquel desconocido.

El día antes, yendo a Retiro, un joven subió junto con ella y se sentó a su lado.

Era una de esas personas con quienes uno se cruza en la calle, en el tren, en los tranvías, que viajan a la misma hora, y que uno acaba por saludar el mejor día, sin saber cómo se llaman.

Debía de vivir en Belgrano, aunque ella recordaba haberlo visto venir del Tigre, una mañana

de carnaval, vestido de etiqueta y dormido en un asiento, y pasarse de su estación sin advertirlo.

En el breve trayecto no se despertó y Matilde sentada al frente no apartó de él los ojos. Quería imaginarse cuáles serían sus alegrías, y a qué distancia el alma de los hombres como él, rico y libre, vivía del alma de las mujeres como ella, tan pobres que perseguían ansiosamente una miseria, un puesto que en un mes de trabajo penoso y oscuro, les daría lo que ellos gastaban en una hora de risas.

¡Qué distintos debían de ser los ideales de ellos y de ellas!

Habría deseado por un momento, asomarse a aquel mundo, en que las gentes vivían de fiesta en fiesta.

¿Cómo se entraba a aquel país de sueños y de libertad? ¿Por la riqueza? ¡No! pues ella conocía aristócratas pobres, recibidos y considerados en el gran mundo. ¿Por la belleza? Así lo creyó cuando en la calle los elogios de algunos, y más que todo la emoción de otros que la miraban pasar en silencio, le revelaron su belleza.

¿No era esa la llave de oro de aquella puerta, detrás de la cual estaba la dicha?

Ya no creía en eso, pero le gustaba imaginarse que las cosas podían ser de otro modo del que eran, y que uno de aquellos hombres, libres de elegir y de amar, se prendería de ella y la redimiría de su pobreza.

Comprendía el peligro de que esas fantasías enervasen su voluntad para el trabajo; pero ¿cómo evitar que en las horas de cansancio, brotasen anhelos confusos, como flores malsanas, en su corazón virgen?

En su casa miraban la vida más prosaicamente, pero con la misma inexperiencia; y su madre no había sabido ahuyentar sus visiones con una palabra cuerda y cruel: “¡Inocente! Esa es la tentación: reza conmigo: ¡Señor, no me dejes caer en la tentación!”.

También ella padecía un poco de su mal, que era la incurable esperanza de cosas que no vendrían.

Después de esa mañana de carnaval, vió dos o tres veces a su desconocido, que pasaba por su camino sin notarla. Y el día antes volvió a verlo, y sin poderlo remediar, se alegró de que viajara a su lado.

Abrió ella su libro, en la página marcada, y reanudó su lectura, sintiendo que él, de reojo, iba leyendo a la vez que ella.

Era una novela de Knut Hansun, y llegaba a un pasaje escabroso, descrito con la fiebre de un gran estilo.

“Esa noche nos vimos...”, decía un párrafo. Ella se puso colorada, y echó una furtiva mirada sobre su compañero, para observar si él había leído eso; y halló sus ojos fijos en ella, con interés y con malicia.

Cerró bruscamente el libro y se puso a contemplar el paisaje, el río a la izquierda, infinito como un mar, turbio y agitado, y el bosque de Palermo a la derecha, verde claro y luminoso, bajo la primavera...

Ahora quería no pensar en ese encuentro de la víspera, pero Noemí con su ramo de violetas, excitó de nuevo su imaginación.

El ya sabía su nombre y ella ignoraría siempre el de él.

Dentro de la semana sería nombrada maestra, con un sueldo que le permitiría comprar su ajuar de novia, y antes de un año, en un lejano pueblito de la costa de Paraná, sepultaría para siempre sus inquietudes.

El, su desconocido, la olvidaría, pero ella recordaría siempre aquella página del novelista noruego, que le ganó un ramo de violetas.

Matilde iba en busca de unos datos que debía obtener del secretario de una escuela normal. Fermín Velarde, un joven a quien no conocía. Quizás la designarían para esa escuela y el corazón le palpitaba con violencia.

Hacía más de un año que peregrinaba en las antesalas del ministerio, del Consejo de Educación, y de los veinte consejos escolares de la ciudad, y aún no se acostumbraba a esas gestiones.

La escuela era un edificio encaramado sobre una gradería, frente a una plaza de antigua arboleda,

que en ciertas horas se llenaba de niños, con sus nodrizas o gobernantas.

Desde el ancho vestíbulo sentíase el fresco de los jardines y de las galerías oscuras, y las voces de los profesores que explicaban sus temas en las aulas ante las quinientas alumnas que allí se instruían a costa del Estado.

Un ordenanza condujo a Matilde a una salita separada de la secretaría, por una mampara de cristales despulidos, y le señaló un asiento.

Matilde se quedó sola. Oía perfectamente la conversación que sostenían al otro lado de la mampara, dos voces, una de las cuales sería la de Velarde, y le interesó lo que decían. Se imaginó que la voz fresca y juvenil era la de él, pues Velarde daba conferencias en los centros socialistas, y el público gustaba de su oratoria. Sabía de él que era ardiente y dulce como un apóstol, y que los jefes del socialismo no lo querían, porque ni se les entregaba, ni parecía confiar en la sinceridad de aquellos hombres que vendían discursos humanitarios, como otros venden piedras falsas y espiaban los cambios del viento en la masa popular, no para orientarla, sino para conservar su favor.

Aunque mediaba un abismo entre las ideas religiosas de aquel hombre y las suyas, Matilde sabía que a su lado trabajaría con libertad.

Oyó la voz juvenil que replicaba:

—Kerensky es un actor de opereta; Trotsky es

un traficante deshonesto; pero Lenín es un hombre honrado, y yo creo en él...

—También creía en los otros dos, ¿se acuerda, Velarde? — contestóle con sorna una voz mordiente y llena.

—Así, es, doctor Fraser,—respondió con tristeza el aludido.

Matilde recordaba aquel nombre. En casa de la Bistolfi, una señora joven, amiga de ellas, que solía invitarlas a sus reuniones, el marido hablaba de un doctor Fraser, cuya amistad buscaba, aunque era mordaz y temible, a juzgar por las historias que de él refería.

—Para usted la palabra la tienen los de afuera; de ellos nos ha de venir la salvación... ¿Por qué?... ¿no cree acaso en nuestros socialistas? ¡eso no es justo! ¿o es que los conoce demasiado?

Esto lo dijo Fraser con la voz suavizada por una compasión irónica.

—Algo de eso debe haber, — respondió el secretario.

—Sin embargo, — prosiguió Fraser, — yo he oído hablar a esos señores en las esquinas de las calles y he leído su diario, y parecen realmente con dolidos por los dolores del pueblo. Deben de ser hombres mansos y humildes de corazón, según reza la jaculatoria.

Velarde se echó a reír amargamente.

—¡Sí — dijo — son tiernos de lengua! Mansos y humildes de corazón en la calle; pero en sus ca-

sas, son altaneros y bravos con sus mujeres y sus hijos y en el umbral de su puerta despiadados con los pobres que van a pedirles... ¡Esto lo he descubierto yo!

—¡Bah! — exclamó Fraser alegremente — eso no lo ha descubierto usted; eso lo sabían todos los pobres de Buenos Aires antes que usted. Cuando tienen hambre, ningún pobre va a llamar a la puerta de un comité de su partido, ni va a sentarse en el umbral de ninguno de sus jefes. Se va con su escudilla a la portería de algún convento; la sopa de los frailes engorda más que los discursos de ustedes. Ustedes curan con palabras, pero no dan un men-drugo...

La sorna habitual había desaparecido de aquella voz, que sonaba ahora cálida y penetrante.

Matilde sintió los pasos de uno de los dos, que se levantaba, y vió aparecer la figura de un joven, en cuya frente se notaba la marca del estudio y de la preocupación, aunque en sus ojos brillaba una luz de invencible ilusión.

—¡Es Velarde! — pensó.

—¿Hace mucho que aguarda, señorita?

—No, señor; cinco minutos.

—¡Perdóneme! Ya voy a atenderla.

En seguida salió el doctor Fraser.

Era un hombre de edad, de tez biliosa, de ojos encapotados, sin elegancia y desaliñado en el vestir, pero con la apariencia de un gran señor, venido a menos.

Echó una ojeada curiosa, casi impertinente, sobre Matilde, y se detuvo extático a un paso de distancia. Ella lo miró turbada, sintiendo que el gesto involuntario de aquel hombre, era todo un homenaje.

No duró la escena más de lo que dura un relámpago; pero Fraser debía acordarse toda su vida, como de una visión, del inefable momento en que vió por primera vez a la joven.

Se volvió rápidamente, y dijo:

—Amigo Velarde, una señorita desea hablar con usted. — Y agregó en voz baja, con cierta melancolía: — No se pierda en las nubes, amigo; busque una *realidad* como esa y acabará por creer en Dios, que hizo la luz y la belleza, a su imagen y semejanza.

Velarde invitó a pasar a Matilde y Fraser, que era profesor de historia natural en la escuela, se fué a dar su clase.

Media hora después salió Matilde, con el paso ligero; el secretario le había asegurado que antes de ocho días se produciría una vacante, que el ministro podría llenar con su nombre. Le dió los datos que asegurarían su gestión, y le deseó buena suerte.

A esa misma hora, en su casa, Laura subía la escalerita de madera del altillo, donde antes alojaron a Saturnina, y que fué después el cuarto que destinaron a Link. Era reducido y desmantelado, pero luminoso y alegre.

Laura creyó que el estudiante había salido ya, y subía con su ramo de flores, recién cortadas.

Link, junto a su mesa cargada de papeles, parecía estudiar; pero su libro delante de él estaba cerrado, y sus ojos miraban en el suelo una raya de sol. Sintiendo abrirse la puerta, volvió la cara.

—¡Pase Laurita!

Ella escondió sus flores, y estuvo a punto de bajarse; pero él no le permitió irse.

—¡No se vaya!

—No creí que estuviera, por eso entré.

—Es cierto; a esta hora no suelo estar; pero me han encargado una monografía...

—Entonces lo dejo trabajar.

El era tímido y rara vez se expandía; pero con los que ganaban su amistad era vehemente y fácil para la confianza. En Laura veía una hermana, bondadosa y discreta, y buscaba su sombra, como un amparo.

—¡No me deje! tengo una noticia que darle... ¡Ah! ¿me trae flores? Vienen a tiempo; ya se han marchitado las que anteayer puso...

Iba a decir "Matilde", pero el súbito rubor de la muchacha, le infundió una sospecha.

—¿Quién es la que llena de rosas mi florero?—preguntó suavemente.

—Yo, unas veces..., otras ella...

Al decir esto, arrojó las flores viejas, y dispuso en el florero las que traía.

Un temblor imperceptible de sus manos entorpecía su acción.

—No me mire las manos, — le dijo ella sonriendo; no puedo hacer nada cuando me miran... ¿qué noticias tenía para mí?

—¡Tiene las manos más bonitas del mundo!

—¿Sí? ¿y si yo le contara eso a una persona que yo sé?

—¡Laura! — contestó él con seriedad. — ¿Cree que a *esa persona* la mortificaría gran cosa el saber que yo admiro sus manos?

—Yo creo que sí...

—Y yo creo que...

Vaciló en concluir; ella lo incitó dulcemente.

—También usted cree que sí ¿no es verdad?

—No, Laura; — respondió él con tristeza. — A veces, hoy por ejemplo, me nacen intuiciones repentinas, y veo cosas que antes no he visto; luego pasan, y vuelvo a quedarme ciego.

—¿Qué ve hoy, por ejemplo?

—Matilde es demasiado joven, es demasiado linda, y tiene demasiado apego a Buenos Aires. ¿Cómo podría ser feliz lejos de aquí, en mi pueblo?

Laura se apartó de la mesa y le reprochó:

—¿Por qué piensa mal de ella? ¿no la quiere? ¿no es su novia?

—¡Ah, Laura! — exclamó él, golpeándose la frente, ¡sólo un gran dolor me la dará de veras! ¡ahora no es mía!

Se quedaron callados hasta que la joven habló:

—¡Es capaz de desear para ella ese gran dolor! ¡qué egoístas son los hombres!

El no dijo nada, y siguió mirando el suelo, apoyando el codo en la mesa, y la frente en aquella mano recia, de labrador o de herrero, en que parecía que iban a deshacerse las de Matilde.

—¿No tenía una noticia para mí?

—¡Ah! sí, — exclamó él, sacudiendo su pesar. — ¿No fué ayer al centro?

—¡Sí!

—Bueno, entonces era de usted de quien hablaba un buen mozo, con la chiquilla que vende flores en la estación.

—¿Qué hablaba?

—Apenas oí la pregunta de él, y la respuesta de ella, que decía: “en la calle Migueletes”.

—¿Y por qué habían de hablar de mí?

—Porque él la describió así: “una muchacha con boina de terciopelo negro, con una fantasía...”

—¿Por qué había de referirse a mí? — repitió Laura, y estuvo a punto de agregar: — “También Matilde usa boina de terciopelo, con una fantasía”, pero se contuvo y dijo: — ¡Son tan comunes ya las boinas!

—Estoy seguro que hablaban de usted; y ya lo sabremos.

—¿Cómo?

—Porque él le compró un ramo de violetas, y le dijo: “déselo mañana de mi parte”. Si hoy va a la estación, Laurita, volverá con las flores.

En ese momento sintieron pasos en la escalera de madera.

—Es Matilde, — dijo Laura, que se asomó.

Entró la joven tal como acababa de llegar, con su boina de terciopelo que la hacía más juvenil y graciosa, y un ramo de violetas en la cintura.

Link al ver las flores palideció, y Laura miró a otro lado.

—¿Qué les pasa? — preguntó Matilde con alguna dureza en la voz.

—Subí a arreglar la pieza, creyendo que Carlos hubiera salido; — contestó Laura, confundida como una culpable — y hablábamos..., de tí...

—¿De mí?

—Sí, Matilde, hablábamos de usted; y yo me quejaba de que hace tiempo no me trae flores.

—¡Qué ingratitud! — exclamó Matilde alegremente. — Tampoco yo sabía que estaba usted en su cuarto, y subía a buscar su florero; ya ve...

—¡Ya veo! ¡perdóneme!

—Pero ya Laura se me ha adelantado; en su florero no caben más flores...

Se desprendió de la cintura los dos jazmines que ella cortara al salir y los puso sobre la mesita del estudiante.

—¿No me da las violetas? — preguntó éste dolorido.

—¡Si no tiene dónde ponerlas!

Link bajó la frente, y Laura adivinando su pe-

na, retiró sus flores del florero y se lo alargó vacío a su hermana.

Pero ésta salía ya del cuarto, y no quiso volverse.

—¡Mejores son las tuyas! — dijo con acritud.

Laura las volvió a poner sobre la mesa y sin mirar a Link, salió detrás de Matilde.

Al pie de la escalera había una media tina donde lavaban la ropa.

Allí estaba su madre, arremangada, refregando con jabón las motas de una negrita de doce años.

Ya le había cortado el pelo como a un muchacho, porque entre aquellas quiscas alborotadas, debían de producirse todos los bichos del Génesis.

—¡Jesús, criatura! — exclamaba la señora aterrada ante el color que iba adquiriendo el agua — ¿nunca te lavás la cabeza?

—Si señora, cuando llueve.

—¿Y hacía mucho que no llovía por allá?

—Como cuatro meses; se estaba muriendo la hacienda en la isla.

—En la isla puede ser, pero, hija, lo que es aquí toda está viva y bastante gorda.

Después de un rato de lucha, misia Presentación apeló a los grandes recursos. Miró si hacía buen sol, y preguntó a Laura: “¿Te parece que hace frío?” y como le respondiera que no, dejó en cueros a la negrita y la zambulló en la tina.

—¡Acurrúcate bien, que no te vean los que pasan! ¡Refriégate con fuerza! ¡Yo te voy a ayudar!

La negrita chillaba como una rata. Al cabo de una hora estaba relumbrosa y tiritando al sol, con los ojos chispeantes de regocijo, porque le habían puesto una pollerita colorada y su tía Saturnina le estaba enaceitando el lóbulo de las orejas, para que la señora le prendiera unos aros.

Misia Presentación había corrido a buscar en su cómoda unas argollitas de oro, que años antes le sirvieran para abrirles las orejas a Laura y a Matilde.

Cuando volvió, halló a la negra dispuesta al sacrificio.

Tomó un corcho, lo puso debajo del lóbulo, y pinchó enérgicamente con la aguja del aro mismo.

La negra se dejó perforar calladita, temerosa de perder los aros, si se ponía a llorar.

—¡Ahora sí que estás linda, Virginia! — le dijo Laura acariciándole las motas recortadas.

—Las dos vamos a ir a la casa del ministro— agregó Saturnina que estaba disponiendo en una cesta las olorosas empanadas calientes.

Matilde, que se había quitado el vestido de calle, se acercó a misia Presentación y exclamó alegremente como si un gran regocijo disipara en ella la tristeza de días anteriores:

—Esta vez será cierto, mamá; ya sé en qué escuela hay una vacante, antes de ocho días me nombrarán.

—¡Dios te oiga, hijita! — respondió la madre, echando una servilleta blanquísima sobre la canasta, que Saturnina levantó en vilo.

—¿Vamos, Virginia? ¡En nombre sea de Dios!

Al pasar frente al cuarto de don Pedro, Saturnina se arrimó a su señor, cuyos ojos desesperados iban hacia la cesta:

—No se aflija, don Pedrito; le he guardado tres para usted. Están bajo el rescoldo.

IV

El primer secreto

Fraser, golpeó el cigarro sobre el borde de un cenicero de Sajonia y dijo:

—Hay fisonomías que nos causan la impresión de haberlas visto siempre o de haberlas soñado.

Demócrito Cabral cortó un bostezo y pareció interesarse de súbito, como si esperase hallar el punto vulnerable de aquel hombre a quien temía.

—Hoy, en la escuela normal, — prosiguió Fraser — eché de menos mis veinticinco años. Vi en la secretaría una muchacha esplendorosa. Debí parecerle un impertinente, porque me quedé embozado medio minuto delante de ella.

—*Cherchez la femme!* — exclamó entre dientes Cabral.

—Es la segunda vez que la encuentro. Hace unos meses, una mañana que vine a Belgrano la ví bajarse del tren y tomar hacia el Bajo. Pero no me produjo tanta impresión. Ahora la encuentro como transfigurada por una gran esperanza.

Mario Burgueño, el anfitrión de aquella mesa de solteros, donde habían cenado los tres, un joven

de veinticinco años, de fisonomía abierta como un libro en blanco, de ojos hermosos, sin hondura, se incorporó en el sofá, y preguntó:

—¿Era rubia?

—Sí.

—¿Bajó en Belgrano?

—Sí.

Una sonrisa maliciosa arrugó la frente de Cabral, donde la juventud se desvanecía ya como un pálido albor. Desvivíase por penetrar los secretos de Mario Burgueño, a fin de tenerlo más propicio para los mil favores que a cada paso le solicitaba.

Fraser continuó, sin advertir la curiosidad del uno ni la malicia del otro:

—Dios ha puesto en el fondo de los corazones una imagen, eso que los filósofos llaman “un arquetipo...”

—¿Qué tipo! — murmuró Cabral guiñando el ojo a Mario.

—“Metafísico estáis...!” — exclamó este.

—“Es que no bebo”; — agregó Fraser, tomando de la mesita su vaso de whisky. Volvió a dejarlo, intacto, y entornó los ojos, para reconstruir en su memoria la imagen que su relato evocaba.

Tan extraña sobriedad provocó una risita de Cabral.

—Debe confesar, doctor Fraser, que su arquetipo lo ha transtornado.

El aludido pareció no oír, y luego, como hablando consigo mismo, agregó:

—Esa criatura responde tan adecuadamente al ideal con que hemos nacido y que conservamos ileso...

—¿Ideal de belleza? — preguntó Mario.

—Algún rasgo de ella me recordaba a mi Liana, —añadió con efusión.

Aquel hombre que llegaba a la mitad del camino de la vida, enviciado, empobrecido, agriado, deshonrado por el libertinaje de su mujer, tenía una hija, de cuya imagen hallaba siempre algún rasgo en todo lo hermoso o lo bueno del mundo.

—¿No llevaba una boina de terciopelo? — interrogó Mario.

Fraser pensó un momento y contestó.

—No sé, no sé.

Bebió su whisky, llenó de nuevo el vaso, y no habló más, quedándose absorto en lejanas visiones.

Mario se tendió de nuevo en aquel sofá, que nunca cedía a sus huéspedes, sofá "profundo como una tumba", diría Baudelaire, propicio para la borrachera o el ensueño; y Cabral se puso a observarlo, desliendo la ceniza de su habano en el fondo de su pocillo de café.

Le chocaba a la par el mutismo desacostumbrado de Fraser, y la aparente indiferencia de Mario. Pensaba que sin querer el uno había puesto el pie sobre el rastro de alguna aventura del otro, y ahora ambos trataban de despistarse.

El comedor de aquella casa de soltero rico, era espacioso. Iluminábalo dulcemente una araña de

bronce, suspendida sobre la mesa oval, en que chispeaban las copas de diversos colores, a medio apurar. Un alto reloj, que olvidado en un rincón medía implacablemente las horas vacías de Mario, dió las dos, y su postrera campanada quedó vibrando roncamente en el silencio.

Fraser arrojó el resto del cigarro y se levantó.

—Lo acompaño, — dijo Cabral.

Mario permaneció tendido, con los ojos cerrados. Sus amigos le dieron las buenas noches. Se levantó y los condujo hasta la puerta de calle, porque a esa hora dormía el gallego Dositeo, su mucamo.

—¡Un beso a Liana! — exclamó Mario, cuando ya sus dos amigos se alejaban.

Fraser sonrió en la sombra, halagado de que aquel muchacho a quien quería como a un hijo, y de quien había sido tutor mucho tiempo, se acordara de su hija. Si un día Mario se enamoraba de ella, no pediría más a la vida; buscaría entonces un rincón, para esconderse y no avergonzarlos con sus vicios, y dejaría correr el tiempo, tranquilo respecto al porvenir de la joven.

Tuvo la sospecha de que Mario conocía a la chica del tren, y sintió haber hablado.

—¡Bah! — exclamó sacudiendo sus pensamientos.

Se enrolló al cuello la bufanda.

—No hace frío — dijo — pero me siento achuchado. Una gripe en perspectiva.

—¿No es médico? — le respondió Cabral, que a menudo se chungueaba del inútil diploma de su amigo. — ¡Recétese...!

—No quiero suicidarme, — contestó con fastidio Fraser.

—¿Cómo entonces, cuando yo estuve enfermo se pasó dos semanas, haciéndome tragar sus potingues?

—Porque he hecho estudios muy serios de veterinaria.

Demócrito Cabral no juzgó prudente insistir; adivinaba que Fraser estaba triste, por aquellas cosas que no revelaba a nadie, pero que todo el mundo conocía más o menos. Y así anduvieron, algunas cuadras, por las arboladas calles de Belgrano, hasta la plaza, para tomar un tranvía que los llevaría al centro de la ciudad.

Mario sintió que el ruido de su puerta resonaba más huecamente que nunca, en su casita vacía.

Un sordo martillazo del reloj, recordóle que las horas pasaban, que su vida pasaba, que él con todas las cosas del mundo, con sus amigos, con sus enemigos, con sus placeres, con sus desencantos, con sus aventuras de amor efímeras y fatigosas, y con sus remordimientos, iban rodando por una pendiente que nadie remontaba.

Pensó que no se habría atrevido a dar él mismo en la frente pura de Liana, aquel beso que le enviaba por intermedio de su padre.

A Ana Lía, la hija de Fraser, a la que llamaba

Liana, le debía los pensamientos saludables y los buenos propósitos que de cuando en cuando lo animaban: “¿Qué haré Liana en este caso?”

La muchacha, muy jovencita, pero llena de buen sentido, como dueña de casa que era, desde hacía muchos años, acogía con seriedad sus consultas, y le hablaba como una hermana.

El la escuchaba con fervor.

Era un embeleso el mirarla. Tenía un color suavisimo de rosa, y unos ojos azules como flores.

Su imagen golpeaba en el corazón de los hombres como el ala de un sueño.

—¿Para qué lo aconsejas, Liana? — le decía su padre, cuando observaba el coloquio. — Antes de media hora, habrá olvidado lo que le hayas dicho.

—Nadie más dócil que yo a todo consejo — contestaba Mario.

—Así es; los aceptas, pero los pierdes por el camino. Si alguna vez observas alguno, es para echar la culpa a otro si te va mal.

Esa era la verdad. Mario sentíase flojo ante las resoluciones, y buscaba consejos para afirmar su voluntad vacilante y descargarse de la responsabilidad de sus actos.

No todo, empero, podía confiarlo al corazón fraternal de Liana. Esa noche Fraser había hablado con entusiasmo de una muchacha que halló en el tren; y Mario tenía la sospecha de que era la misma a la que ese día la chica que vendía flores en

la estación, le dió en su nombre un ramo de violetas.

Imaginábase Mario que aquella empleadita, pues tal debía de ser, con sus aires de colegiala, su coqueta boina de tãrciopelo, su traje obscuro, sus cabellos cortados en melenita, nerviosa, sensible a las impresiones de la vida, escucharía de él un elogio sin turbarse. Y estaba asechando la ocasión de hacérselo.

Las palabras de Fraser halagaron su vanidad, como si ya tuviera algún derecho sobre ella, y se durmió esa noche con el propósito de levantarse para tomar el tren en que la halló. Pero pasó ese día y muchos otros sin verla, y como su espíritu no se apegaba largo tiempo ni a los deseos ni a las resoluciones, sólo se acordaba de ella, hablando con Fraser.

Mario Burgueño había quedado huérfano de padre a los quince años, y habiéndose vuelto a casar su madre, los jueces resolvieron designarle un tutor, y el nombramiento recayó en Fraser, que por aquel tiempo era lo que él llamaba “un señor correcto”.

—Yo era “un señor correcto”; — decía, recordando esa época: — enseñaba química en la Facultad de Medicina, aprendía tonteras en la de Filosofía y Letras, y mi mujer me engañaba. Cuando me plantó, cerré los libros; ya sabía demasiado; y dejé de ser un señor correcto.

El padre de Mario había dejado ricos a su hijo

y a su viuda, que resultó un partido tentador. Su segundo marido era un italiano, profesor de esgrima, que firmaba Conde Pilade Bistolfi, un gentilhombre, con aires de mosquetero, bajo un sombrero aludo, puesto al paio, que empuñaba el bastón como si fuera una espada, y se levantaba con pegotina las guías del bigote. Pero era peti-cito, picado de viruela; sus ojos no tenían el aire fiero que él les atribuía y sus bigotes, que desafiaban al cielo, raleaban como un cepillo viejo. Solamente las cejas respondían a los arrestos del personaje; eran foscas y enmarañadas, con unos pelos largos, que incitaban a tironearlos.

Fuera de la pedana resultaba inofensivo.

En los primeros tiempos Mario que visitaba a su madre todos los días empezó a aprender esgrima con el conde Bistolfi. Pero la señora murió al año de casada, y don Pilade se largó por el mundo a disfrutar los pesos heredados.

Cuando años después volvió, ni Fraser ni Mario tuvieron deseos de refrescar la antigua amistad.

Se daba más humos de noble; soltó la espada, pero siguió empuñando el bastón como una tizona; y se volvió a casar, con una mujer lindísima, que empezó a complicarle la vida.

Llamábase Mariana; había sido modista, pero quiso olvidarlo para no ser más que Condesa Bistolfi. Aprendió muchos versos. "La Reja" y "Los Claveles", de Cavestany; el Jardín Sonriente de

“Amores y Amoríos”, la “Hermana agua”, de Amado Nervo, y los declamaba en las tertulias de sus relaciones, mientras su marido la admiraba, plantado como una estatua en un rincón.

Fraser, después de muchos tumbos por la vida, se ancló a dos cátedras en un colegio normal, las que le daban lo suficiente para no morir de sed. Trasnocaba y con frecuencia asistía por curiosidad a aquellas pintorescas tertulias de barrio.

En una de ellas, se encontró con el matrimonio Bistolfi.

—Anoche he visto a don Pilade — refirió a Mario — y la condesa Mariana te hace el honor de invitarte a su casa para esta noche. No faltes; quiere conocerte. Yo vendré a buscarte.

El mayor lujo de la casa de Bistolfi, en el Bajo Belgrano, era el automóvil, cuyo chofer se envejecía a la puerta, y mataba las horas restregando con una gamuza las manijas de bronce, o limpiando con el aliento una chapita le esmalte, clavada en la portezuela con el monograma condal.

Fraser y Mario llegaron poco después de las nueve, esa noche.

—¿Es aquí lo de Bistolfi?

El chofer, que estaba prendiendo su toscano en el farol, no respondió, hasta que el cigarro demostró que tiraba bien.

—¡Entren, nomás!

Entraron. El zaguán estaba revestido de mayólicas verdes, en cuya pintura florecían plantas acuá-

ticas de largos tallos. Una tira de alfombra colorada cubría el mosaico. La puerta de la sala se abría sobre el zaguán.

Al menos Bistolfi no necesitaba desocupar el dormitorio y transformarlo a toda prisa en sala para recibir sus visitas, como otras personas.

La de él era una sala de verdad, con dos juegos de muebles acolchados, y una docena de temblorosas sillitas doradas, que helaban el corazón de las señoras obesas. Un piano automático, estaba listo en un rincón para todo servicio, aún para que la hermosa Mariana Bistolfi, utilizara su caja como secreter.

Una araña de bronce, envuelta en gasas violetas, para defenderla de las moscas, derramaba la luz de la mitad de sus bombitas: la otra mitad era de re-puesto.

Cuando entraron Mario y Fraser, se hizo un silencio embarazador y todas las miradas, hasta las de la sirvienta que servía licores, se clavaron en el joven, único de los concurrentes que había ido de etiqueta.

Mariana corrió a él, y lo envolvió en su charla como en una serpentina de todos colores. ¿No era Bistolfi su padrastro? Entonces él sería para ella como un hijo. Hacía tiempo que deseaba conocerlo, para mimarlo. No tenía hijos, ni ganas de tenerlos por las grandes responsabilidades de la maternidad; y luego con la vida tan cara...

—Venga Mario, voy a presentarlo a mis rela-

ciones; pero no ponga ese gesto. Me hace pensar que para venir a mi casa, ha hecho un *trust de force*...

Mario se guardó bien de mirar a Fraser, para no reirse del "*trust*", pero Fraser que venía detrás de él se acercó a la oreja de Bistolfi, y bajando un poco la voz, con toda finura le preguntó:

—¿Diga, mi conde, dónde está el *walter-scott* de la casa?

Mario ahogado de risa mordió el pañuelo, encantado ya de su visita.

—Marianita debe declamarnos una poesía, — dijo una señora desde el extremo del salón, donde había media docena de damas, quietas como en un banco de la iglesia, en fila y posesionadas de su dignidad.

Algunos maridos del barrio apoyaron el pedido. Mariana bajó los ojos y se puso a contar las varillas del abanico.

—¡No sé nada nuevo!

—¿Y "*Sub-Umbra*", de Juan de Dios Peza? — le preguntó Fraser, conocedor de su repertorio. Mire que usted dice con mucha emoción aquello de: "Mujeres, es el beso un paraíso, por donde entramos muchas al infierno..."!

—Es que Marianita pone mucho sentimiento en lo que dice, — explicó un señor, cuyo jaquet, olía a naftalina.

Mariana alzó los ojos, y preguntó con dulzura a Mario:

—¿Y usted no toca nada? ¡no lo creo! ¿tóquenos algo, quiere?

—¡Marianita debe declamar! — insistió desde su silla la señora que llevaba la iniciativa de aquellos pedidos.

—¡“Los claveles”, de Cavestany!

—¡“La Reja”!

—¡“Era un jardín sonriente”!

—¡Cualquier cosa de Amado Nervo!

Cada uno de los concurrentes quería lucir su erudición y reclamaba una poesía distinta.

Fraser, con voz trágica repetía:

—“¡*Sub-Umbra!*” “¡*Sub-Umbra!*” ¡Marianita!
¡Allí está usted hablando!

Alguien se puso a hacer andar el piano, y por un momento cesaron los pedidos. Mariana alzó los ojos y miró a Fraser con coquetería.

—¡Después declamaré lo que usted quiera!

Y se alejó a repartir sus sonrisas entre otros concurrentes. El piano en las cuerdas bajas, tenía extrañas sonoridades, como de papel arrugado. Ciertos acordes hacían ¡*chaff, chaff!*

—Marianita se ha dejado alguna carta de amor allí adentro, — dijo Fraser a Mario.

Este de pronto vió a su amigo embobado, mirando hacia la puerta, y reconoció, en una de las jóvenes que llegaban, a la que leía en el tren un libro de Knut Hansun.

Eran Laura y Matilde, acompañadas de Pulgarcito, que se perdía por Mariana Bistolfi.

—Me imagino que ha vuelto a dar con su arquetipo; — susurró Mario al oído de Fraser — ¿no es así?

—¿Has visto nunca tanta gracia en una sola figura? — respondió Fraser emocionado. — Si yo tuviera veinticinco años, mi única ambición sería ser su dueño.

—¡Viejo filósofo! — replicó Mario, que seguía con atención los movimientos de las muchachas, listo para acercárseles. — ¿Reniega de su filosofía a esta hora? ¿qué se ha hecho su pesimismo acerca de la mujer?

Fraser se dió vuelta, con pena como renunciando a un bien inmenso, en la visión de aquella criatura.

—¡Lo creía invulnerable al amor impuro!

—Todos los amores son impuros, — contestó cínicamente Fraser; y agregó con tristeza: — No hay más que un amor inmaculado, y es el que, para no profanarlo, escondemos de nosotros mismos.

Como una estrella lejanísima, se encendió en Mario la imagen de Liana; pero ni mentalmente la nombró. Seguía mirando a Matilde. Link había entrado, y estaba con ella, recibiendo del “conde” y de la “condesa”, un chaparrón de felicitaciones por su novia.

—¿Recuerdas aquellos versos de Sully Prudhomme?, — preguntó Fraser, volviendo a mirarla. — *“Comment fais-tu les grands amours, petite ligne de la bouche...”* ¿No parecen hechos para ella?

Basta verla para creer en el alma. La belleza transporta las montañas.

—Tiene razón, “viejo de la montaña”; es muy bonita, pero hemos llegado tarde. Ese rubio de anteojos, debe ser su novio.

Mariana con el abanico hizo una seña a Fraser.

—Vengan; quiero presentarlos a estas niñas.

Link se aproximó a Laura y le dijo:

—Ese es el que habló con Noemí, y le compró el ramo de violetas.

Su voz era triste.

Laura miró a su hermana, a quien Mario saludaba por primera vez, con frívola galantería, y no observó en ella ninguna emoción.

Le tocó el turno y se lo presentaron al joven; y mientras Fraser se alejaba algunos pasos con Matilde. Mario refería a Laura que muchas veces la había visto en el tren, y por un rasgo de audacia, llegó a decirle:

—Sin conocerla sabía su nombre; me lo enseñó la muchachita que vende flores en la estación.

Laura se puso colorada, notando que Link lo había oído.

¿Entonces aquel ramo de violetas fué destinado a ella, no a su hermana, y Noemí se equivocó?

Link pensó lo mismo, y se alejó tranquilizado, imaginándose que Mario Burgueño podría enamorarse de Laura, que bien merecía tener suerte.

Con la experiencia del mundo y con la libertad de expresiones que puede permitirse el que nada

pretende y nada espera, en poco tiempo Fraser ganó la confianza de Matilde.

Una tranquila y poderosa corriente de afecto lo aproximaba a ella, y lo hacía interesarse por su vida.

—¿La han nombrado ya? — le preguntó. — Permítame que no la felicite.

—Todavía no; siguen prometiéndome que el nombramiento saldrá de un momento a otro ... ¿Y por qué no me felicitaría?

—¿Tiene mucho empeño en ser maestra?

Matilde sonrió apenada.

—Tengo mucha necesidad, — dijo bajando la voz.

—En otros siglos — replicó Fraser — los hombres vendían el alma al diablo. Ahora se hace un tráfico parecido: una maestra es una niña que vende su alma al Estado, y de todos los modos de ganarse la vida que han dejado los hombres para el uso de las mujeres, ése es el más mezquino y el más fatigoso.

—Y sin embargo, — contestó dulcemente la joven, — yo me alegraría de conseguir esa mezquindad.

—¡Pobrecita! Usted ha podido creer en las pinturas que hacen de sí mismos los pedagogos. Pero el pedagogo es un señor a quien le ha ido bien en la feria. Hay dos maneras de andar en coche: una en el pescante y otra adentro. El pedagogo va adentro, y deja el pescante a sus camaradas.

—¿Por qué me desanima? — dijo Matilde dulcemente.

—No intento desanimarla, sino prevenirla, para que salve si no sus ilusiones, por lo menos su alegría.

—¡Mi alegría! — exclamó la joven con una expresión que conmovió a Fraser.

Este la miró fijamente, como si quisiera demostrarle, sin hablar, que podía confiar en él. Pero ella no agregó nada, y él prosiguió:

—Hoy he visto a los niños de una escuela jugando en un prado, cerca de aquí. Tenían palas y azadas, aros, y pelotas y daba gusto verlos tan alegres, con sus alegrías sin motivos. La única persona triste, era la maestra. Resignada y aburrida, su actitud contrastaba penosamente con la de ellos. El maestro, tan elogiado en nuestro tiempo, es el buey al que se le doran los cuernos y se le cubre de flores para el sacrificio.

—De todos modos, — contestó Matilde, — si me nombran no duraré mucho tiempo en el puesto.

—Ya sé; me han dicho que está de novia; ¿es verdad?

—Sí, es verdad... Y no viviremos en Buenos Aires.

—¡Ah! — exclamó desolado Fraser. — ¡Eso no me alegra!

Matilde se echó a reír.

Se les aproximó Link, resplandeciente, disipadas las dudas que engendrara en su espíritu aquel ramo

de violetas, ante la indiferencia con que su novia había mirado a Mario, y la asiduidad de éste, que atendía a Laura.

Fraser lo miró como a un enemigo, y lo felicitó con voz alterada y gesto hosco:

--¡Tiene buena mano para elegir compañera, mi amigo!

Una señora golpeó con su abanico el brazo del sillón, para imponer silencio, porque iba a cantar una romanza, un hermano del tenor Anselmi, "el del Colón"; y después declamaría la dueña de casa,

Y en efecto, Pulgarcito llegaba de las piezas interiores con un libro de tapas coloradas.

--¿Que le busco? — preguntó a Mariana, que estaba pálida y se miraba las uñas.

--Búsqueme "Reír llorando".

--¡Ah, qué lindo, qué lindo! — exclamó Pulgarcito, hojeando el libro. — "¡Viendo a Garrick actor de la Inglaterra!..." ¿Sabe Marianita que en este primer verso hay muchas erres y muchas kas? ¡Pero su boca lo dulcifica todo!

--¡Cállese, y sópleme, cuando me corte! — respondió Mariana saboreando el piropo del muchacho.

El hermano del tenor Anselmi anunció el título de lo que iba a cantar:

--"Qui te fait si sevère?", por Massenet.

--¡No, no, no! exclamó una viejecita desde un rincón — ¡que no cante eso! ¡que cante "*Torna a Surriento*"...!

Mario aprovechó ese momento, en que la atención de todos se fijaba en otra parte, y aproximándose a Matilde le preguntó:

—¿Le dieron mis violetas?

Matilde se ruborizó, y para evitar que él prosiguiese, le contestó rápidamente:

—¡Sí!, ¡gracias!

El sonrió de su timidez, y se alegró de que ya hubiera entre ellos un secreto.

V

Liana

La ciudad amanecía envuelta en nubes. Al fulgor de los relámpagos, que se filtraban por los postigos, palidecía la lamparita de Liana. Hacía una hora que la niña se había levantado, para concluirse un vestido que ese día quería estrenar.

Todavía se prolongaba la noche, a favor de la tormenta. El aire era tibio, y desde la ventana de su "palomar", como llamaba a su dormitorio, un cuartito modesto, encaramado en la azotea del último piso de la casa de departamentos en que vivían, se abarcaba un trozo de la calle, por donde cruzaban a esa hora, sacudiendo los adoquines azulados, panaderos y lecheros, proveedores matinales de la gran ciudad.

Se oía el redoble de la lluvia en un techo de zinc, y de vez en cuando un trueno hacía retemblar el cristal de un vaso en que se marchitaban unas rosas.

Era el dormitorio y el cuarto de costura de Liana, y hasta la sala de recibo para algunas contadísimas amigas.

Era también escuela, porque allí enseñaba a leer a Soledad, una joven gallega, que la servía por poco sueldo, con tal de que la admitiese con su hijito de meses.

En un entrepiso contiguo, al que descendía por un pasillo en escalera, hallábanse las otras dependencias en su casa, el comedor y el cuarto de su padre. Sin ser elevado el alquiler, constituía una permanente pesadilla en la humilde existencia de Liana. Vivía pensando en él, y pocas veces lograba pagarlo con puntualidad.

Con la vida modestísima que llevaba, cosiéndose ella sus propios vestidos y ahorrando en todo, el sueldo de Fraser y alguna otra cosa que a veces reforzaba sus entradas, hubiera podido alcanzarles. Pero su padre, cuando sentía dinero en el bolsillo, se volvía rumboso, como en los tiempos en que fué rico y convidaba a algún colega, y bebía champagne.

Después volvía a su casa con los ojos chispeantes, no atreviéndose a mirar a su hija, que lo perdonaba siempre, sin esfuerzo, que lo habría perdonado aunque hubiera cometido un delito, y se hubiera presentado ante sus ojos temblando bajo su crimen.

—¡Hija mía! ¿Por qué Dios te ha hecho tan buena? ¿Quiso que fueras desgraciada?

Liana le endulzaba sus remordimientos, lo sermoncaba un poco, y lo soltaba arrepentido, prometiéndole enmendarse

Pero como no tenía miedo de perder el cariño de su Liana, no se corregía.

—¡Somos así los hombres! — confesaba con cinismo. — Prometemos por amor; pero sólo cumplimos por miedo.

Ese día Liana había puesto su despertador en las cuatro; tenía una montaña de cosas que hacer, pero estaba animada para el trabajo, y el aire fresco y húmedo, aligeraba su pensamiento. Su lamparita de querosene alumbraba poco, y tenía que acercarse a ella para acabar bien su delicada labor. El calor del tubo encendía su tez, tan fresca, que en vano, allí con la luz al lado, se le habría buscado la afrenta de una arruga.

Sin embargo, Liana tenía graves congojas y la mayor no era su pobreza. Si hubiera tenido que explicárselas a alguien; si hubiera debido hacerle a un hada un pedido, no habría condensado más que en una fórmula aquellos vagos anhelos que de pronto la hacían levantar la cabeza de su labor, y fijar sus ojos en el aire, persiguiendo visiones que ningún pintor era capaz de interpretar:

“¡Si mi madre viviera!”

Esa era su espina dolorosa. ¿Por qué se había muerto su madre? ¿cómo? ¿cuando? ¿dónde estaba su tumba? ¿quién podía contarle de ella otras cosas, a más de las que le contaba su padre?

Un vez, al salir de misa, sola por entre un corro de gentes, que la miraban, oyó a su espalda:

—Esta es la hija de Beatriz Bolando,

Tal era el nombre de su madre, y al oírlo sintió una extraña conmoción. Hacía quince años que su madre había muerto. ¿Por qué, pues, hablaban de ella como si estuviese viva?

Interrogó a su padre, lo vio palidecer; aceptó sus embrolladas explicaciones pero siguió esperando, que un día u otro sucediera algo que no sabía cómo describir, suceso feliz o desgraciado, tan grande que llenaría su vida, tan grande que sin ocurrir la estaba llenando ya de inexplicables anhelos.

Agachó de nuevo su cabeza sobre su costura. Ese día, con su padre comería en casa de Mario, lo cual la ilusionaba como una fiesta. Quería estrenar su vestido nuevo, de primavera, y debía concluirlo. Tenía también que buscar flores para armar un sombrero de paja. Cualquiera compra le llevaría mucho tiempo, porque no se decidía si no estaba cierta de que en otra parte no hallaría nada a mejor precio.

Aun no había amanecido, mas no estaba cansada, aunque esa noche velaron hasta muy tarde, porque Mario comió con ellos y les hizo una larga sobremesa. Ella entraba y salía del comedorcito, y sorprendía trozos de conversación que la intrigaban.

Hablaron mucho de una mujer, sin nombrarla, y Mario ponderó su belleza.

¿Era una mujer que él conocía, que él trataba? ¿era una desconocida que viera de lejos, en alguna reunión?

Liana prestó oído, pero no pudo enterarse, y se

acostó pensando en ello. Se imaginaba que cualquiera que fuese su belleza y su clase, si a María le había caído en gracia, muy poco le costaría enamorarla. Entre los hombres que conocía, no hallaba ninguno que reuniera las cualidades seductoras de él, la elegancia, la fuerza, la riqueza, la bondad.

¿Pero era bueno, de veras, o su bondad no era más que pereza y egoísmo?

Alguna vez, resentida con el joven por sus largas ausencias lo juzgó con dureza.

Pensó que era incapaz de hacer un daño, de tener siquiera modales desabridos, porque eso lo obligaba a *hacer algo*. Sospechó también que era incapaz de un servicio, que le costara una violencia; y si llegaba a hacerlo, era a destiempo.

Se imaginó que Mario era discreto, y guardaba sus juicios, y no acusaba a nadie, por no suscitar cuestiones. Pero tampoco defendía a nadie.

Mas cuando Liana, llegaba a pensar así de su amigo, no consentía en sus pensamientos, tachábase de injusta y lo excusaba hilando delgadas explicaciones.

Si tuviera un hermano, seguramente no lo querría más que a él. Ansiaba conocer su vida; conocer sus días, y conocer sus noches, y conocer sobre todo su corazón.

¿Le gustaban las mujeres bonitas?

Si era así, ella...

Tomó la lámpara y se acercó al espejo. ¿Cómo

era ella? ¿sería mejor, sería igual siquiera, a aquella mujer de que hablaban?

Bajo el crudo resplandor de la lámpara, Liana estaba tan linda que sintió un movimiento de vanidad. En ese momento se habría animado a preguntarle: ¿Es mejor que yo? Y si no es mejor que yo ¿por qué te gusta?

Se abrió la puerta del “palomar” y entró Fraser, que se detuvo estático, viendo a su hija frente al espejo, con la lámpara en la mano.

La muchacha se turbó como si la hubiera sorprendido en una mala acción.

—Sentí el ruido de tu máquina y me desperté. Mi hija trabaja; — me dije — la acompañaré... ¿Te mirabas al espejo?

Liana besó a su padre, le arrimó una silla, y se puso de nuevo ante su labor. Fraser comenzó a deshojar las rosas, tranquilo, espionando una oportunidad para lo que tenía que decir.

Se sentía infinitamente culpable. Llegaba del club. Había pasado la noche jugando, mientras su hija lo creía dormido; y con tan mala suerte, que perdió lo que para él significaba una fortuna. Sentía la cabeza enturbiada, por el alcohol bebido a pequeñas dosis. Liana lo había besado, y él no le devolvió el beso por no apestarla con su aliento de beodo.

—Ya deja de llover — dijo la niña, extrañada del silencio de su padre — ha llovido toda la noche... ¿sentiste, papá?

Por los resquicios de la ventana se colaba el airecito matinal, que afuera barría las nubes. Se desgarró el ceniciento capuz del cielo, y en el retazo límpido como un cristal azul, brilló el incomparable diamante de Venus.

—¡La estrella del alba! — exclamó Fraser abriendo la ventana.

—¡Oh, si la conozco! — respondió la joven, volviendo a su trabajo sin mirarla, como si se tratara de una amiga fiel, a quien no resentiría por esto.

—Muchas veces me ha acompañado... Tú, papá, no la verás nunca.

—¡Nunca! Solamente hoy, que me he levantado temprano... ¿Tienes dinero, Liana? Necesito cincuenta pesos...

Liana meneó la cabeza sonriendo.

—¿Veinte pesos?... ¿diez pesos?... ¿no tienes nada?

—Nada, papá. ¡Yo te iba a pedir...! ¿No te pagaron ayer?

—Sí, sí; tenía una deuda atrasada, el sastre...

—¿Y todo lo diste? ¿no has dejado nada para la casa?

—Creí que mi Liana tendría algunos ahorros.

—¿Por qué creiste eso, papá? — preguntó ella alzando los ojos de su costura y mirando a su padre, con tan honda expresión de reproche, que Fraser balbuceó turbado:

—¡Todo es mentira! Hoy me pagarán, y te traeré el sueldo íntegro.

—Me has asustado. Debemos tres meses de alquiler, y nos echarían si ahora no pagásemos; y yo sentiría abandonar mi palomar, desde donde veo el cielo... ¡Mira!

Por encima de las azoteas, más allá de los jardines de una quinta soberbia, de dueños desconocidos, se divisaba un sector del horizonte, que el alba teñía de un morado episcopal. Venus se adormía, sobre el raso del cielo, y por el otro rumbo, huían las nubes tormentosas. En la veleta mojada de una torrecilla el sol enarboló un gallardete de llamas.

—¡Hoy me pagarán! — replicó Fraser, mirando sin ver las hermosuras del día naciente.

Estaba resuelto a desacreditarse un poco más a los ojos de Mario. Le repugnaba pedirle dinero. Cuidaba el bolsillo de su antiguo pupilo, a quien acosaban sin piedad los “pechadores” y quería que su palabra tuviera autoridad.

Pero había llegado a una terrible encrucijada, y no le quedaba más que ese camino; a menos que prefiriese escribir a Mario: “Te dejo a Ana Lia; que sea tu hermana o tu mujer”; y pegarse un tiro.

Más de una vez lo había pensado; pero conservaba en su miseria algún resplandor de ideas religiosas, y se rebelaba contra solución tan cobarde. Más valiente y leal con su hija sería confesarle la verdad, y enmendarse.

No bien salió Fraser del cuarto de Liana, entró Soledad. En sus brazos, su hijito sonreía como un alba.

La muchacha lo tomó y se puso a arreglarle las pobrísimas ropitas, mientras la madre abría la cartilla y empezaba a canturrear la lección, sentada en un taburete.

Liana jugando con el niño que la conocía y la amaba, no se distraía, sin embargo.

—¡C, a ca; b, r, a, bra, cabra! — exclamaba la gallega.

Soledad tenía veinticinco años, pero parecía vieja; esmirriada, aturdida, de aspecto ratonil, sorprendía la hermosura de su hijito. Habíala traído de España un tío, dueño de una fonda, y la tuvo años en su casa, sirviendo a su familia, arrinconada en la cocina, ajando la flor de su juventud. Un primo, el infaltable primo de las criadas españolas, comenzó a festejarla, le regaló una cadena de similor, y un anillo con piedra falsa, y así la convenció de que se casaría con ella. Pero la engañó, y su tío la echó a la calle, adivinando el estado de la infeliz; y cuando nació el niño y ella volvió como un perro, a casa del amo, le cerró la puerta: no quería criadas con hijo, porque perdían tiempo cuidándolo.

—¿Tu tío era hombre de fortuna? — le preguntó Liana.

—Tanto como eso, no sé; pero no era pobre. La fonda estaba siempre llena de trabajadores del puerto, que comían y dormían allí y pagaban bien.

—¿Y cuando te echó no te pagó tu sueldo?

—Yo era su sobrina, y no estaba a sueldo.

—¿Y qué te dió por tantos años de servicio?

—Me dió veinte pesos — respondió la gallega, relumbrándole los ojos de codicia. Era toda su fortuna y la guardaba casi intacta en el fondo de una canasta de mimbre, donde estaba su ajuar y el de su hijito.

—¿Nunca te mandó a la escuela?

—No tenía tiempo...

—¿Y te dejó llegar a los veinticinco años sin que aprendieras a leer?

Así fué.

¡Y era de tu sangre! Si yo criase una chinita recogida en el umbral de la puerta, y la hiciera servirme y no le pagara ni le enseñara a leer ¿no diría tu tío que los ricos somos gentes sin entrañas?

Soledad asentía, sin comprender el pensamiento de Liana.

La joven decía “los ricos”, poniéndose la mano sobre el pecho. Aún siendo pobrísima, y trabajando desde el alba con su inteligencia, y con sus manos, sentíase de casta señorial, con sus defectos y sus virtudes, y se enorgullecía de ese patromonio de dignidad y de cultura que le venía de lejos.

—Ayer en el mercado, cuando fuí a hacer las compras, en un puesto oí que hablaban de usted, niña Liana, — dijo Soledad.

—¿En qué puesto era? — interrogó Liana, indiferente, haciendo sonar el cascabelito a la oreja del niño.

En la pesquería...

—Hablarían mal de mí, seguramente, — observó Liana con tristeza. Desde hacía algunos meses de-

lía un piquito, y su sirvienta no compraba allí, por no exponerse cada día a las vociferaciones de dueños que no comprendían cómo podía no tener a veces diez centavos en su cartera.

—No hablaban mal, ni bien: hablaban de su mamá, como si estuviera viva.

Liana se puso mortalmente pálida y se echó a temblar. Entregó el niño a Soledad, le tomó la cartilla, y cuando hubo serenado sus nervios, la interrogó:

—Dime, Soledad, ¿qué decían de mamá? ¿Por qué hablaban como si estuviera viva?

Al decir esto Liana juntaba las manos, en una actitud de súplica que sorprendió a la gallega.

El sol entraba a torrentes. Liana cerró los postigos para que Soledad no observara su turbación.

—¿Qué decían?

—No sé repetirlo, no oí bien.

—¡Acuérdate, Soledad!... ¿qué decía?

—Cuando yo pasé dijeron: “esta es la sirvienta de Ana Lía; si su madre viera el desamparo en que viven, volvería...”

—¿Eso dijeron? ¿quién dijo eso?

—Una viejecita, que llevaba un chicuelo, para que le portase la canasta.

—¿Y no te acercaste a oír?

—Me acerqué, porque la señora me llamó.

—¡Ah!...

La joven sentía que su corazón estallaba. ¿Por qué las gentes hablaban de su madre como si aun viviera?

—¡Has estado un día entero sin contármelo! ¿Qué más dijo?

—Me habló de usted; que la veía los domingos, en misa; que la hallaba transformada, mejor que de niña.

—¡Ay! ¿me ha conocido de niña? Habrá conocido también a mamá.

—Así parece... Volvió a decir que si su mamá la viera, volvería. Y yo le contesté: la niña Liana no tiene mamá; su mamá se murió hace muchos años, cuando ella tenía apenas dos... La viejita no me contestó; me pareció que sonreía. Pagó su compra, y se fué detrás del chicuelo que llevaba su canasta.

—¡Has estado un día entero sin contármelo! — repitió Liana, sin atender a las excusas de Soledad. Se levantó muy nerviosa, y se puso a arreglar su cama. La gallega la miraba sin penetrar las razones de su agitación.

—¡No le digas nada a papá! ¡Por Dios, Soledad, ni a nadie!

—No lo diré a nadie.

—Y el domingo iremos juntos a misa, y me mostrarás la viejita.

—Como usted mande... niña.

Con esto salió, dejándola sola. Al cerrarse la puerta, Liana soltó el plumero, y descolgó un retrato de su madre, y lo miró intensamente.

Aquellos ojos hermosísimos, aquella boca son-

riente y cruel (¿por qué había sentido siempre en la sonrisa de su madre un dejo de impiedad?) aquella frente atormentada, por un alma inquieta... ¿dónde estaban? ¿Donde su padre decía reducidos a polvo en un rincón del cementerio de Capilla del Monte, en Córdoba? ¿Pero si era verdad eso por qué hablaban de ella, como si viviese?

Cien veces, cada año, su padre le contaba detalles de la muerte de "aquella santa". Los ojos del pobre hombre se llenaban de lágrimas; los años, no atenuaban la emoción que su nombre le producía. ¡Beatriz! Pero no la nombraba nunca.

Un día Liana descubrió entre un fajo de cartas viejas, una alusión a ella: "tu hijita Beatriz", leyó.

—¿Papá, has tenido otra hija?

—No.

—¿Entonces yo me llamo Beatriz? ¿por qué me has cambiado el nombre? ¿por qué no has querido que me llame como mamá?

—¿Quién te ha dicho? ¡te llamas Ana Lía! —respondió su padre frunciendo el ceño.

—¿Y esta carta...?

Fraser arrebató la carta de manos de su hija, y tuvo un acceso de furor, que la aterrorizó. Nunca mas volvió a tocar los papeles de su padre.

Después de almorzar. Fraser se fué a Belgrano. No tenía más remedio que beberse aquel mal trago, y pedir ayuda a su ex pupilo, a quien siempre había

escondido por vanidad, el desastroso estado de sus finanzas.

—Si yo afrontara estas humillaciones por amor de Dios, — pensaba — iría camino de santidad. Pero lo hago por Liana, y renegando de la necesidad que me obliga a humillarme...

Cerca de la casa de Mario, encontró a Bistolfi, que iba a comunicarle que su mujer aceptaba la invitación para esa noche.

Por lo visto Mario no quería estar solo con Liana y con Fraser, y los reunía en su mesa con aquél par de aventureros.

En otras circunstancias Fraser, resentido hubiera pegado la vuelta y se habría ido al club a desahogarse ante una mesita de poker y una botella de cagnac.

Bistolfi lo cogió del brazo, con gesto arrogante, pero le cedió la vereda, y empezó a devanar consideraciones filosóficas, sobre toda suerte de temas, cazados al azar. Fraser lo escuchaba, compasivamente y le respondía, sin quitarse el cigarro de la boca.

—¡Pero hombre! — le dijo — ¡usted no puede hablar sino en serio!

—Desde niño he sido así; mi mujer prefiere los versos y las fiestas.

—Por eso me gusta más su mujer que usted.

—¿Verdad, eh? Generalmente gusta más ella, que yo...

—Especialmente a los hombres.

Bistolfi echó sobre Fraser una mirada recelosa, pero lo vió tan absorto en chupar su cigarro, que se tranquilizó, y dijo suavemente:

—Yo no sabía que a usted le gustaban los versos...

—¡Oh, mucho! ¡qué hermosos son los versos!

—¿Cualquier verso?

—¡Cualquiera! para mí es indiferente!

—Y que le gustan las fiestas...

—¡Oh las fiestas! — dijo con rabia, machacando entre los dientes la punta del cigarro — ¡cómo me gustan las fiestas! ¡sobre todo las fiestas religiosas!

—¿Las fiestas religiosas? — exclamó escandalizado Bistolfi. Y añadió con énfasis: — Yo soy anticlerical: he estudiado filosofía con Ardigó... ¿lo conoce?

—¡Psh! de vista...

—¿De vista? ¿ha estado usted en Italia?

—No; cuando él vino por aquí...

—¡Pero si no ha venido nunca!

—Entonces no lo conozco.

—Yo he estudiado filosofía con él, y nunca estaré de acuerdo con usted...

—¡Ya me parecía! — replicó Fraser sonriendo aliviado. — pero no me atrevía a manifestárselo...

De pronto pensó: ¿Si yo lo sableara a éste, en lugar de Mario? ¡al toro por las espas!

Y empezó a hablarle de la revolución social, que constituía la mayor preocupación de Bistolfi.

Antes de ser burgués, había gritado contra el rey

y contra el Papa, y renegado de su abolengo de conde.

Pero la fortuna que se le entró por la ventana, con su primer casamiento, modificó sus ideas.

Siguió gritando contra los papas, pero dejó de gritar contra los reyes, y pintó coronitas condales en toda su vajilla.

—¿Sabe que de un momento a otro los socialistas van a decretar el paro general?

—¡Qué intranquilidad!

—Le van a complicar la vida, conde... ¿no ha oído algo de esto?

—Sí; algo le he oído a Pulgarcito, el hermano de Matilde Garay.

Fraser hizo una mueca.

—¡Dejémosla a Matilde! A usted no le conviene el paro general ¿no es verdad?... No podrá tener el automóvil a la puerta...

—¡Cierto! ¡qué perturbación!

Hacían ya su última cuadra de camino, en silencio, algo resentido Bistolfi de la aspereza con que le replicaba Fraser cuando éste se detuvo, y le dijo mirándolo en los ojos, sin pestañar:

—Le van a complicar la vida... ¿quiere salvar a la patria?

Bistolfi echó atrás la cabeza, se retorció las amenazantes guías del bigote, y respondió resueltamente:

—¡Cómo no!

—¿Tiene trescientos pesos?

—¡Sí! ¿de qué se trata?

Fraser se le acercó al oído, y con una voz que en nada se parecía a la de Luis XIV, cuando anunció al Parlamento que el Estado era él, le expuso:

—¡Conde! la patria soy yo, y estoy en un apuro terrible... ¿quiere prestarme esos pesos?

Bistolfi que se imaginó al principio que con su dinero iban a comprar fusiles y buques de guerra, titubeó un momento, pero Fraser lo dominaba desde lo alto de su desprecio. Sacó el dinero y se lo entregó, y Fraser lo sumergió en sus insondables faltriqueras.

—No se imagina, conde, el servicio que me hace! Nunca lograré pagárselo.

—¿Cómo? — preguntó intranquilo Bistolfi, y Fraser, recordando los versos de la “Flor de un Día”, puso la mano sobre el pecho y exclamó:

—“¡Aquí lo guardaré toda mi vida!”

Empujó la puerta de Mario y entró silbando una vieja canción, “La mandolinata”. Detrás de él iba el esgrimista cariacontecido.

—¡Muy alegre, viejo! — dijo el joven a su antiguo tutor, palmeándole el hombro.

El señor conde, — respondió Fraser, inclinándose profundamente — me ha dado la buena noticia de que esta noche comerán con nosotros él y su mujer.

—¡Hijo mío! — hizo por todo saludo el esgrimista, tendiéndole la mano.

—¿Los tendré entonces?

—¡Indudablemente!

—¿Mariana y usted?... ¿nadie más de sus relaciones?

—Nadie más, a menos que mi mujer disponga otra cosa.

Esa noche se sentaron seis, alrededor de la mesa oval del joven anfitrión. Heráclito Cabral se agregó a última hora, muy bien acogido por Mariana, que veía en su displicencia y en su palidez rasgos de aristocracia.

Liana llegó conmovida todavía por las palabras que le dijera Soledad esa mañana. Hubiera interrogado a Mario, de hallarlo solo y dispuesto a oírla con seriedad y a hablarla con franqueza. Le habría hecho bruscamente la pregunta, que le zumbaba en los oídos, desde hacía tiempo: “¿Por qué las gentes hablan de mi madre, como si estuviera viva?” Pero Mario no estaba dispuesto para esas conversaciones.

Cuando vió llegar al matrimonio Bistolfi, Liana midió de pies a cabeza a la mujer, que venía esplendorosa y llena de mohines.

¿Sería esa la mujer que oyó ponderar a Mario y a su padre la noche anterior?

Mario, que notó aquel recelo de la joven, le dijo en voz baja:

—¿Quieres ver tu retrato pintado por Mistral?

—¿Por Mistral?

—¡Sí!

Fueron los dos a la pieza contigua, que era el escritorio. El tomó un libro y en un sitio marcado con lápiz la hizo leer.

—Lee más fuerte, Liana; quiero oírte.

Y la niña leyó: “Mireya estaba en los quince años. Cuestas azules de Fuente Vieja, colinas de Baus, llanuras de la Crau, vosotras no habéis visto jamás otra niña tan linda... Su rostro cándido y fresco tenía un hoyuelo en cada mejilla; y su mirada era un rocío que disipaba toda pesadumbre, más pura y suave que la luz de las estrellas... ¡Ah! Si dentro de un vaso de agua hubieseis visto tanta gracia, toda de un sorbo os la habríais bebido!”

Ana Lía alzó los ojos y preguntó sonriendo.

—¡Te parece que yo soy así?

Mario le tomó el libro y con casta emoción la besó en la frente.

—¡Vamos! — le dijo sintiéndose purificado por aquella dulzura... — ¡nos están esperando!

Esa noche Liana se durmió tarde, cuando su estrella declinaba en el cielo purísimo. Cerró los postigos, para que la luz del alba no la despertase demasiado pronto, y se entregó al sueño, que poblaría su cabeza de visiones imponderables.

VI

Amor dulce y fuerte

Misia Presentación con un mate de plata en la mano, se asomó a la puerta de calle, en chancletas, despechugada, las mechas al viento, las carnes blanquísimas sin mayores reparos, el batón nada católico, con evidentes señales de que andaba en trajines domésticos.

—¿Qué haces Pedro?

—Estoy barriendo la vereda.

Don Pedro se levantaba con el sol, se ponía un saco de lustrina sobre la camiseta, y en zapatillas, sin medias, salía con la escoba.

De cuando en cuando se detenía a tomar un mate, que le alcanzaba la chinita, o la misma misia Presentación, cuando quería echar un párrafo con su esposo.

Don Pedro no se entraba hasta que el repartidor le traía su diario, que era su desayuno espiritual. Lo tomaba, lo husmeaba, pero tenía la fuerza de voluntad de no abrirlo, porque todavía le quedaban por leer un par de centenares de números atrasados. El nuevo iba al montón, y salía el de más aba-

jo, al que le tocaba el turno de ser leído en ese día. A veces don Pedro se despachaba concienzudamente dos diarios en veinticuatro horas, y eso lo complacía, aproximándolo a la edad contemporánea.

—¡Si tuviera más tiempo! — suspiraba.

—Tomá tu mate, Pedro — le dijo misia Presentación, desde el umbral de la puerta — ¿no está muy dulce?

Don Pedro suspendió el barrido y dió unas cuantas chupadas.

Era petizo, gordo, con carnes frías y lustrosas. Para salvarse de la calvicie que lo amenazaba, siempre se pelaba al rape, con lo cual su cabeza parecía una bola de cera, perforada por dos cuentas azules.

—Está en su punto; — dijo don Pedro concluyendo su mate.

—Pues sabrás, Pedro, que hay moros en la costa.

—¿Moros en la costa?

Don Pedro miró a uno y otro lado, sin entender la metáfora.

A esa hora marchaban apresuradamente a sus talleres o a sus oficinas los obreros, los empleados, las muchachas, con las caras regocijadas por el esplendor del día.

Las campanas de la iglesia llamaban a misa, y las palomas de la torre, volaban a posarse en mitad de la calle.

Una vaca suelta caminaba por la vereda, oliscan-

do las ramitas de los ligustros, que florecían a lo largo de las aceras.

—¿Dónde están los moros? — preguntó don Pedro, y misia Presentación tomándole el mate, dió el chupetón de gracia, para agotar lo que él hubiese dejado, y se sonrió con malicia.

—¡Parece mentira que estemos en Buenos Aires! ¡Una vaca suelta! y allá cuatro o cinco ovejas durmiendo al sol en medio de la calle.

—¿No te agrada eso? ¿no te recuerda los barrios de nuestras ciudades provincianas? En Barcelona circulan cabras lecheras por las calles centrales, y en otras ciudades de Europa majadas de pavos conducidos por una pastorcita. ¿No es poético eso? Yo no he estado en Europa, pero...

Misia Presentación le cortó la palabra.

—¿Entonces deseas saber dónde están los moros? ¡En tu casa hijo! He sorprendido una conversación de Link con Laurita. Parece que Mario Burgueño, ese joven que conocieron vez pasada en lo del conde Bistolfi se interesa por ella; y él se lo quiere traer...

Don Pedro se quedó con la boca abierta.

—Dicen que es muy rico: ¿no?

—¡Muy rico! — asintió misia Presentación, cerrándose el escote, porque pasaba un grupo de obreros.

—¡“La Prensa”!, ¡“La Nación”! — voceó un vendedor de diarios, y don Pedro recogió el suyo que olió con verdadera gula.

—...y parece muy entusiasmado. Link se lo decía anoche a Laurita.

—¡Muy entusiasmado! — repitió don Pedro, reconstruyendo en su memoria la figura de aquel buen mozo que una tarde llamó a la puerta de su casa, buscando a Link, y provocó los apuros de misia Presentación, que corrió a descolgar la ropa tendida en la cuerda, y a quitar del paso una media tina con agua de jabón.

Pero esa vez Mario no fué de visita y se retiró dejando un mensaje para Carlos Link, en cuya amistad andaba.

—¿No es verdad, Matilde, que Mario Burgueño está muy entusiasmado con Laurita?

Matilde salía en ese momento, apurada a tomar su tren. Todavía aguardaba el nombramiento, pero ya había dejado de pensar en él, y los viajes los hacía con ese pretexto, pero en realidad para encontrarse con Mario en la estación del Retiro, donde cambiaban algunas palabras.

Ante la pregunta de su madre, se puso colorada.

—¡Yo qué sé, mamá!

—¿Sabes que va a venir de visita?

Los labios de la muchacha temblaron visiblemente, al preguntar.

—¿Cuándo?

—Guárdame el secreto: anoche tu novio le contaba a Laurita que se lo iba a traer... ¿Pero cómo no vas a saber esto?

—De veras, mamá, no sabía.

Don Pedro miró a su hija guiñándole el ojo:

—Déjala irse; tiene apuro; estas cosas no le interesan, porque ella está segura ya.

Matilde cruzó la calle apresuradamente, ansiosa de escapar a las miradas de sus padres, que de haber sido más observadores, habrían notado el cambio producido en sus costumbres, y hasta en su físico.

Laura parecía haber visto algo, pero una extraña reserva la mantenía silenciosa, y Matilde la sentía que estaba alerta y que no habría podido engañarla.

Linck no veía nada. Ciego de amor, quería que en la casa de su novia todos fueran tan felices como él y Mario Burgueño, su amigo reciente, le pareció un candidato escogido para Laura, por la que le había manifestado interés.

La noche antes anunció a la joven que él se lo traería de visita, y Laura recibió con inexplicable frialdad aquel anuncio:

—¿No le gusta?

—¿Por qué había de gustarme?

—Es un buen mozo; es rico, es serio...

—¡Vaya uno a saber si todo lo que relumbra es oro! Tenga cuidado Carlos; por mí no lo traiga a casa...

Laura no dijo más y Link no halló en sus palabras ninguna intención. Laura no se animaba a decirle que más de una vez Matilde había vuelto de la calle con un ramo de violetas, iguales a las que un

día despertaron sus primeras sospechas. “Me lo ha dado Noemí” — explicaba; y como Laura sabía que la chicuela de la estación no regalaba sus flores, comprendió que su hermana había aprendido a mentir.

Ese fué el comienzo de la culpa de Matilde: esconder sus pensamientos de las personas que la amaban y podían alumbrarle el camino.

Pero ¿cómo habría podido decirle a Link: “Olvídemme, porque nunca podré quererlo como usted me quiere”? ¿Cómo habría podido contar a su madre que aquel mozo, cuyas visitas anunciaban, no iría por Laura, sino por ella? ¿Y cómo habría podido confesarles que lo que estaba ocurriendo en secreto, lo que ellos mirarían como una traición, era la ilusión ardiente de toda su vida?

¿Pero era realmente una traición? ¿no era libre de amar a quien ella quisiera? ¿qué culpa tuvo, pues, en abrir su alma virgen a aquel amor novelesco y dominador?

Hacía mil años que aguardaba una de aquellas palabras de amor que Mario le dijo, sin que ella encontrase respuesta.

Se sintió transfigurada, como una tierra nueva abierta por el arado, y puso todo su empeño en impedir que él adivinase hasta qué punto la conquistó.

Cada mañana, Noemí le entregaba un ramito de violetas, sin añadir palabra, pero sonriéndose con malicia; y ya sabía ella que esas flores eran el pensamiento cariñoso de Mario.

—¡ No digas nada, Noemí !

Subía a su tren, huyendo de las miradas de las gentes. Se acusaba de escandalizar aquella alma tierna ; pues si Noemí hacía misterio, era porque adivinaba un amorío que debía esconderse.

Su propia mentira, engendraba otras mentiras en las almas ajenas. A veces, volviendo a su casa, arrojaba las flores por la ventanilla, procurando que cayeran en sitios donde las hierbas crecían frescas y tupidas, y hubiera otras flores, para que su pobre ranito no se marchitara tan pronto.

Pero otras veces, no se animaba al sacrificio, y llegaba turbada y ruborosa, excusándose: “me las dió Noemí”.

Comprendía que Laura dudaba. Quizás estaba celosa.

La idea de que Laura podía enamorarse de Mario encendía más su escondida pasión y la obligaba a mayor disimulo.

¿ A dónde iba por esos caminos tortuosos ?

Ignoraba su destino. Era como una hoja muerta en alas del viento. A veces creía en Mario ; a veces dudaba. ¿ Por qué la había elegido, él que era dueño de amar a las brillantes muchachas del gran mundo ?

¿ Sería para elevarla hasta él, según había soñado ? ¿ sería para perderla ? Ahuyentaba de su espíritu estas cuestiones, porque su conciencia, implacable y nítida, le respondía condenando su secreto: “¡ Habla ! Confiesa tus angustias a tu madre, a

tu hermana, a tu pobre novio, que se mira en tí!"

No tuvo ánimo; era tímida y le dolía hacer padecer a otros .

Comprendió que nunca se atrevería, y que su miserable comedia terminaría en un gran dolor. Llegó hasta pensar que si contaba a Mario sus torturas, tendría lástima de ella, y se alejaría para dejarla que se cumpliera su vulgar destino, y se seguirían amando de lejos.

—¡Qué dulzura encontraba en esta solución! ¡Amarlo siempre, ya que no era dueña de olvidarlo, y saber que él también la amaba en silencio, y que a toda hora su pensamiento podría confundirse con el de él! ¡qué dulzura!

Casi todas las mañanas hallábalo en el tren, en la estación o en alguna calle vecina al Retiro. El se le aproximaba sonriendo, y ella lo aguardaba temblorosa.

Cambiaban algunas frases triviales y precipitadas y se alejaban como dos cómplices, que fraguan un delito. A ella la emoción le cortaba la palabra. Lo que ella le hablaba podía oírlo todo el mundo; sólo debía esconder lo que sentía, aquellas sensaciones misteriosas que la desvelaban, y la tenían horas fingiéndose dormida.

Minutos después, esa mañana, lo halló.

—Carlos Link me ha comprometido a ir a su casa.

—Ya sé; mamá acaba de contármelo: ¿de veras va a ir?

—Voy a ir.

Matilde se puso pálida.

—Creerán que es por Laura, — dijo, mirando a otro lado.

El sintió en su voz una puntita de celos, y se alegró, porque adelantaba un paso en aquella alma sentimental y delicada.

Su instinto le advertía que esa conquista no era hazaña vulgar; no bien se dejara sentir impaciente o grosero, perdería irreparablemente todo lo ganado.

Más que enamorada, veía a Matilde aturdida y alucinada, que como una sonámbula íbase aproximando a él.

—Iré por usted; por hablarla, por tenerla cerca una hora, para que sienta mi amor, ya que no cree en él...

—Sí, creo, — murmuró ella con tristeza.

—Y si piensan, — prosiguió él, — que voy por Laura, mejor...

—¿Vamos a seguir mintiendo? — interrogó ella.

Mario jugó entonces una carta de valor, con la serena audacia de la experiencia.

—Si usted quiere, — le dijo mirándola con firmeza, — dejaremos de mentir; iré a su casa, no con Link, sino solo, y pediré su mano...

Matilde lo miró deslumbrada, como si el sol le bañase el rostro.

—¡Dios mío! — exclamó.

Mario con alguna vacilación repitió su frase, temiéndole que ella aceptara la propuesta.

La muchacha tardó un rato en contestar. Recordó que en los primeros tiempos, Laura tuvo la ilusión de que Mario la festejaría; y que ella misma, por quemar sus naves y cerrarse la puerta de toda esperanza, la indujo a creerlo.

Se imaginaba la sorpresa de su madre y el sarcasmo con que Laura acogería la noticia de que Mario iba ahora a su casa por la que tenía en el dedo el anillo de Link; adivinaba el infinito dolor de su novio, y no tuvo corazón para aceptar.

—¡No vaya! ¡Todavía no vaya!

Mario sonrió, como un jugador que ha ganado una buena partida.

“Todavía no”, dijo la joven, dándose un nuevo plazo, esperando que el tiempo le traería la solución. Ignoraba cómo; y aún si se ponía a pensar, descubriría las complicaciones que cada minuto aportaba a su problema.

Pasaba por impetuosa y resuelta; su madre decía de ella que era un torbellino; sus modales decididos, su cabeza altiva, su palabra sobria y clara, denunciaban una voluntad consciente y firme.

¡Nada de eso! Era cobarde y tímida. Para avanzar en los trances difíciles, necesitaba que una gran pasión le vendase los ojos.

—Iré a pedirla, — dijo Mario — cuando usted me mande.

Se despidieron, y ella cruzó la plaza del Retiro,

sin saber adónde se dirigía, cegada por la luz de aquella promesa, agitada por el dolor y el amor, pero, en medio de todo, feliz, creyendo que estaba en su mano la clave de sus ensueños.

Llegaría, pues, una hora feliz en que las puertas del mundo se abrirían ante ella. Sabría lo que había más allá de su horizonte, más allá del amor de su casa, más allá de la pasión serena y limpia de su novio.

Ese día, en el almuerzo, su madre, que no cabía de entusiasmo, volvió a anunciar la visita de BURGUEÑO.

Matilde no alzó los ojos del plato, por miedo de hallar los de Laura.

Pulgarcito le dijo en secreto, con risita mordaz:

—Matildita ¿no es cierto que toda buena acción merece recompensa? ¿Qué le vas a dar al gringo Link, si te lo trae?

Matilde se puso colorada; su hermano había adivinado su aventura. Cuando se levantaron de la mesa, le suplicó:

—¡Por Dios, Pulgarcito! ¡no me hagas esas bromas!

—¿He dado en el clavo, hijita? Por mí nadie sabrá nada. Yo guardo los secretos ajenos, para que otros guarden los míos. “Con la vara que midiéreis seréis medidos”. ¿Qué santo ha dicho esta verdad tan profunda?

Matilde sonrió tranquilizada y contenta.

—¿Qué secretos tienes, Pulgarcito?

El mozo espío a su alrededor, y viendo que nadie podía escucharle, dijo:

—¿Quiéres que salgamos una tarde en automóvil?

—¿Los dos? ¡encantada!

—¡No! ¡Los cuatro! ¡Tú, él yo y *ella*...

Matilde se puso seria, y cortó allí la conversación:

—¡No seas loco!

Se quedó preocupada: ¿quién sería *ella*? Recordó a Mariana Bistolfi, que coqueteaba con Pulgarcito y se horrorizó de que en el corazón de éste hubiera llegado a engendrarse el deseo de asociar a su hermana en la culpa de tal conquista.

Eso le produjo un desencanto. Pulgarcito tenía una brutal experiencia de la vida, y crudamente la había puesto en presencia de la realidad. No se le ocurría que Mario Burgueño pudiera buscar a su hermana, para otra cosa que para una aventura pasajera; y si no se rebelaba contra semejante pensamiento, era porque el mundo estaba hecho así.

Y todos los que la miraban con la emoción que suscitaba su belleza, pensarían de ella lo mismo que Mario Burgueño, lo mismo que su propio hermano. Le entró un infinito deseo de llorar, y de confiar sus inquietudes a alguien. Se fué a su cuarto y se sentó en un rincón. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. Oyó los pasos de Laura y se enjugó los ojos. Si su hermana la hubiera hablado con cariño

le habría contado lo que estaba ocurriendo. Pero Laura parecía resentida y sus palabras la hirieron.

—¿Siempre te da violetas Noemí?

Matilde no contestó y su corazón se cerró a la confianza. ¿A quién se volvería, cuando se cansara de la soledad en que debía librar su batalla? ¡A nadie! Porque la primera palabra de todos los amigos, no sería un consuelo sino un cargo.

Pasó algunos días sin ver a Mario Burgueño. Huía de los sitios en que solía encontrarlo, y su espíritu se pacificaba.

Una mañana que necesariamente debió ir al centro, procuró la compañía de su novio.

—¿Irá hoy al Retiro, Carlos?

—Sí. ¿Tiene algo que mandarme? Ya sabe con qué gusto la obedezco.

En cualquiera palabra de Link, por insignificante que fuese, Matilde sentía vibrar el amor, como una campanita de oro purísimo.

“No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más cierta, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra...”

Esto había leído en su Kempis, y penetraba su emocionante verdad cada vez que su novio la hablaba.

—Quiero ir con usted, — le dijo afectuosamente. — Todavía está verde mi nombramiento; pero sabré de cierto alguna cosa.

Salieron juntos. El era basto, pesado, y cami-

uaba absorto en sus preocupaciones; pero al lado de ella se transfiguraba y hasta parecía elegante.

Noemí los vió llegar, y no se les aproximó. Con eso Matilde experimentó el remordimiento de haberla hecho su cómplice en una falta.

Se sentaron juntos, el tren partió, y Carlos Link empezó a hablarle de cosas que no fijaban la atención de su compañera.

En el río terroso, ancho como un mar, las olas picadas por la brisa, reventaban en rulos de espuma; y en las toscas de la orilla, las gaviotas se espulgaban al sol.

Las miradas de la joven rodaban melancólicamente sobre las aguas.

Oía con indiferencia las palabras de su novio. La gratitud la conmovía un momento, y luego su espíritu se llenaba de visiones extrañas. Sus ilusiones de niña, vagas como la pintura de un sueño, se perseguían ante sus ojos, en la infinita llanura... ¿Cuándo las alcanzaría? ¡Estaba quizás de Dios que no fuese nunca!

¡A ratos comprendía esa verdad! ¡Si pudiera matar su imaginación, y sumergirse en las realidades humildes, para las cuales había nacido porque era pobre!

El tren enfiló un viaducto. Divisábase en el bajo las calles asfaltadas, más negras que de costumbre, los techos de las casas, brillantes al sol, las huertas remozadas, y en los jardines las hojas de las primeras rosas sembradas al pie de los rosales.

—Ha llovido toda la noche, — dijo Link. — Cuando era chico, la lluvia me adormecía; ahora me desvela y me hace pensar en usted.

Estas palabras susurradas a su oído, estremecieron a la muchacha. A ella también la despertó la lluvia; durante horas sintió la música del agua en el patio, en los caños, en la calle, transformada en un torrente; pero su pensamiento vagaba lejos de su novio.

No obstante quiso halagarlo y respondió:

—Yo también me desvelé...

No se animó a proseguir, lo miró cariñosamente, una mirada suplicante, para que no la obligara a engañarlo. Pero él no podía comprender, y quiso recoger de sus labios palabras más dulces.

—¿Y en quién pensaba?

Matilde lo miró de reojo.

—¿En quién había de pensar?

—¿En mí?

—Es claro.

—¡Oh, Matilde! No puede imaginar lo que me impresiona esa palabra tan simple, y cuánto más la quiero. Todas mis luminosas fantasías de niño son turbias, como el humo, al lado de usted, que es mi resplandeciente ilusión.

—¡Pobre Carlos! — exclamó ella palmeándole la mano.

—Realmente: hay quien piensa que un gran amor es una gran desgracia.

—No dice eso el Kempis, — replicó ella son-

riendo. — “No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más cierta, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo, ni en la tierra...”

El la escuchaba embelesado describir el amor con aquellas vehementes palabras; y ella que lo vió trémulo de pasión, le preguntó:

—Si usted cree que un gran amor es una gran desgracia ¿por qué me quiere así?

—¡No sé! Es la más bonita de cuantas mujeres he visto; pero ~~no~~ la quiero por eso. Ni porque es la más dulce, y la más fina y triste...

—¿Triste? — interrumpió ella sorprendida. — ¿me halla triste?

—Si, siempre, un poco triste. ¿Por qué?

—Yo no sé.

—Pero no la quiero por eso, que es una gracia más; ni la quiero por su cordura, ni por su resolución, ni por su bondad; ni por lo que todos ven en usted que vale, y que yo veo más que ninguno...

—¿Y por qué me quiere, entonces?

—¡He nacido para ello! Un amor tan grande no tiene razón.

—“¡Amor dulce y fuerte!” — repitió ella. — “No hay nada mejor en el cielo ni en la tierra”; — y preguntó con ansiedad. — ¿Me querrá siempre?... ¿Cualquier cosa que suceda?

—¡Matilde! Rodaría hasta el fondo del abismo, donde caen las mujeres que se pierden y yo iría a buscarla.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—¡Yo desearía quererlo así! — dijo con emoción.

—¡No! porque sufriría. Para otros un gran amor es una gran desgracia. Para mi es un don de Dios. Todo me parece falso y ridículo al lado suyo, que es mi única verdad. La quiero por encima de todas las realidades y de todas las ideas. Por encima de la idea de la gloria y de la idea del honor...

—¿Del honor? — preguntó ella anhelante, y él no advirtió que su frente se obscurecía, como con la sombra de un presentimiento.

El tren cruzaba el cenagoso pantano del Parque, lleno de recuerdos, donde se pudrían los árboles plantados por el tirano Rosas. El cielo se nublaba y el río se ennegrecía como un campo arado.

Matilde estaba nerviosa: nunca las palabras de su novio la habían impresionado así.

Y sin embargo, sentía que ellas no germinarían en su corazón calcinado por otro amor.

Debía ser leal con él y despertarlo de su sueño, sacudiéndolo como a un niño perezoso.

Pero fué cobarde, por no matarlo con la revelación, y hasta premió con una sonrisa sus últimas palabras.

—Todo podría cambiar, Matilde; todo, menos yo, porque su amor ha entrado en mi sangre como un veneno...

Llegaban al Retiro, y se bajaron, perdidos en

la ola de gente apresurada que cruzaba el hall sonoro de la gran estación.

Afuera el cálido bronce de la Torre de los Ingleses forjaba las horas, desparramando sobre la ciudad la vibración de sus armoniosos martillazos.

VII

La senda torcida

Llegó al colegio deslumbrada aún por las ardientes palabras de Link. ¡Quién pudiera incendiarla con un amor dulce y fuerte!

Pero un encuentro casual, bastó para poner de nuevo su corazón en la pendiente de los anhelos culpables.

Conversaba con Velarde en la secretaría. No había buenas noticias para ella, y él le infundía esperanzas con palabra afectuosa.

—Su nombramiento, señorita, no aparece. Pero tal vez no tardará.

Matilde no contestó y él compadecido, se animó a decirle:

—Hay una vacante de dactilógrafa en mi secretaría; ¿si usted la quisiera...?

Matilde se ruborizó, y contestó con dolor:

—¡Démela! ¡Ya sé para qué sirve mi diploma!

—El mundo está mal hecho, señorita...

—¿Cuando puedo ocupar esa vacante?

—Hoy mismo; ayer se produjo y si tardara, se

difundiría la noticia y tendríamos cien pedidos de ese puesto.

—¿Tantas hay como yo?

—¡Miles y miles! Este es el aspecto más extraño de la cuestión social; el desamparo y la miseria de los intelectuales.

Velarde producía la impresión de un alma desencantada del ideal, que adivinaba y compartía las penas de los otros.

—Cuando usted quiera, señorita, podemos comenzar.

Matilde se quitó el sombrero y los guantes y se sentó delante de la máquina de escribir.

En ese momento el ordenanza anunció un visitante.

Velarde la leyó en voz alta: su tarjeta:

—¡Ana Lía Fraser! — Miró a Matilde, que al oír ese nombre alzó rápidamente la cabeza. — ¿La conoce?

—A ella no, señor; conozco al doctor Fraser...

—Debe ser hija de él. Hágala pasar, — dijo al ordenanza.

Entró Liana turbadísima, balbuceando un exordio, visiblemente preparado, para excusarse por venir sola, a una diligencia que sorprendería al señor secretario.

Este la atendía de pie, y Matilde, sentada ante su máquina, no perdía ninguno de los gestos de la joven.

—Con su permiso, señorita Garay; venga conmigo, señorita Fraser.

Liana, que no se había fijado en Matilde, al oírla nombrar, la miró intensamente, y se turbó tanto, que no encontró respuesta; y siguió hasta la pieza contigua.

¿Con que era la Garay, cuyo nombre oyera en labios de su padre y de Mario?

Hacía tiempos que ninguno de los dos la mencionaba en su presencia, pero Liana conocía que pensaban siempre en ella.

Había ansiado conocerla, y el azar se la ponía delante. ¿Por qué su padre le había ocultado que estaba empleada en su mismo colegio?

—¿En qué puedo serle útil, señorita? — le preguntó el secretario, invitándola a sentarse.

Liana dominó sus nervios, y dijo:

—Mi padre, que es profesor aquí...

—¿El doctor Fraser?

Liana asintió con leve sonrisa orgullosa: tenía la convicción de que cuantos conocían a su padre eran sus amigos y lo estimaban.

—El me ha dicho que hay un empleo vacante y que usted, señor secretario, puede darlo, y vengo a ofrecerme. Quiero ayudarlo a papá...

En aquellas palabras simples y claras, adivinó Velarde la voluntad decidida de la joven, como acababa de sentir la virginidad de su corazón en su inquietud ya disipada.

Ambas cualidades debían ganar su simpatía, y preguntó con interés:

—¿Su papá la ha autorizado a esta diligencia?

—No, señor; papá nada sabe.

—¡Ya me parecía!

—¿Por qué?

—Porque de ser así, él que hace una hora entró a dar clase, me habría advertido; y usted señorita, no habría llegado tarde...

—¿Tarde?

—Ya la vacante está llenada, — respondió Velarde pesaroso; y Liana no fué dueña de su gesto.

—¿Esa muchacha... es la nueva dactilógrafa?

—Sí.

Liana se puso de pie. El secretario quiso alentarla con una palabra amistosa, pero nada se le ocurrió. El parecía más intimidado que ella.

—¿Y si llegara a producirse otra vacante?

Velarde movió la cabeza.

—¡No digo hoy! — agregó apresuradamente la joven. — Ni hoy ni mañana. Yo no tengo apuro... Si más adelante, cualquier día, se produjera otra...

—Yo le haría avisar con su papá, — respondió el secretario.

—¡No, no! El no vería bien mi pedido. Me pondría trabas; tal vez se olvidaría, y yo volvería a llegar tarde...

—No me imaginaba, — respondió sonriendo el

secretario — que el doctor Fraser fuera un hombre de prejuicios.

—Así es.

—Pero no importa. Si ocurriera una vacante, yo mismo iría a avisarle.

—¡Bueno! — exclamó Liana tendiéndole la mano, para sellar el pacto.

—¡Valiente muchacha! — pensó Velarde viéndola salir; y volvió junto a Matilde.

También ésta había oído el nombre de aquella joven en boca de Mario y de Fraser; y hasta de Laura, que un día la vió acompañada de su padre.

Matilde recordó la malicia con que su hermana le dijo:

—Se llama Ana Lía y le dicen Liana; te prevengo que es muy bonita.

—¿Por qué me lo previenes? — se atrevió a contestar; pero Laura se puso a reír y no se explicó.

Aun antes de saber como fuese la hija de Fraser, ya Matilde sentía contra ella una mezquina prevención. Comprendía que la repelía sin motivo. Liana era tan pobre como ella, y quizás más humilde; pero al conocerla, hallóla digna de Mario, y comprendió que podía disputárselo. Y con esto se desvaneció su propósito de romper la peligrosa amistad de aquel hombre.

La mirada que Liana le dirigió, cuando Velarde la llamó por su nombre le reveló que la conocía.

¿Pero quiénes hablaron de ella? ¿Mario o Fraser: ¿y qué dijeron?

Matilde estaba segura de haber sorprendido en los ojos de Liana, una luz de admiración y de celos...

—Señorita Garay... ¿está distraída? Dos veces le he dictado la frase y no la ha escrito.

Estas palabras del secretario la volvieron a la realidad. Abandonó los pensamientos ociosos y malsanos y se puso a trabajar.

Cerca de mediodía entro el doctor Fraser, que se quedó sorprendido, viendo a la joven ante la máquina.

—¿Usted aquí? ¿Ya la nombraron? ¿Se ha equivocado el ministro y la ha hecho dactilógrafa en vez de maestra? Consuélese, Matilde; no es lo peor que podía sucederle. Habrá quienes la envidien.

Matilde sonrió sin atreverse a contestar, y se levantó, porque la campana anunciaba la hora de salir.

Pocos minutos después, se mezcló animosamente en la turbulenta multitud de niñas y de muchachos que llenaban patios y galerías.

—He estado a punto de tomar otra dactilógrafa, doctor Fraser — dijo el secretario, no bien la joven se fué.

—¡Ninguna mejor que ésta! — exclamó Fraser con extraño fervor. — Necesita el puesto, y en parte alguna estará mejor que a su lado. Usted

sabrá respetarla y tendrá el premio de verla siempre y hacerle un bien.

Velarde lo miró, temeroso de que esas palabras envolvieran una ironía, pero la cara de Fraser era seria y triste.

—El mundo está mal hecho, como afirma usted, amigo Velarde. A esta pobre criatura, durante años la han atiborrado de esperanzas; le hicieron creer que era una rueda del Estado, y ella habrá visto ya que es apenas un granito de arena entre las demás ruedas. Menos mal que no haya perdido las ganas del trabajo humilde.

—Se ha ido contenta, — dijo Velarde — pero si hubiera tardado un cuarto de hora en llegar, se habría ido apenada.

—Eso quiere decir que alguna otra llegó tarde, a pedir ese puesto. ¡Pobrecita! ¿quién era?

La señorita Ana Lía Fraser.

—¿Mi hija?

—¡Sí!

Fraser se puso colorado; pero logró contenerse, y se echó a reír.

—Me alegro de la tardanza. Yo le había contado que existía esa vacante: no me imaginé que la pretendiera. ¡Pero qué hombre de suerte es usted! ¡Las dos muchachas más lindas de Buenos Aires venir a pedirle un favor!

Fraser tenía por el secretario ese respeto que los viciosos de buena índole tienen por los idealistas sinceros, que acomodan sus acciones a sus doctri-

nas, por erróneas que sean; y gustaba de salir con él, después de las clases.

Velarde recogió sus libros que hojeaba en el tranvía. Fraser miró los títulos.

—¡Siempre con Rusia!

—¡Allí está la aurora del mundo!

—Aurora boreal — replicó Fraser. — Llamas en medio de la noche. El oso cambiado de dueño, pero lo conducen con el mismo bozal y el mismo látigo del “Padrecito el Zar”.

—Es un terrible experimento, doctor Fraser. Pero de todo ese dolor saldrá la verdadera igualdad.

—¡Ah! ¡Sí! ¡La igualdad del hambre. ¡Cien millones de mendigos, que tienden las manos al mundo, sería una indiscutible expresión de democracia, si no supiéramos que sus amos se enriquecen.

—Desgraciadamente es así — respondió Velarde. — Nuestras ideas no han engendrado ni un Francisco de Asís, ni un Padre Damián. La bandera roja cubriría el mundo, si tuviéramos un solo santo. Pero a nuestros apóstoles los seduce un banquero, cuando no los engatuzan una bailarina.

—¡Busque la razón! — contestóle Fraser. — Alguna causa tendrá ese fenómeno.

Salieron juntos. El día era húmedo y tibio. La lluvia de esa noche había lavado el asfalto de las calles, y formaba charquitos en las depresiones del terreno, en aquella vieja plaza remozada por la primavera. Las moscas volaban en las manchas de

sol, bajo los árboles, y en los senderos de los jardines los caracoles trazaban su huella plateada.

Gritos de niños y cantos de pájaros animaban la calle.

Velarde aspiró con gusto el ambiente sutil y perfumado, su imaginación asoció la hermosura del día a la paz de su conciencia; pensó que el mundo sería un paraíso cuando todos creyeran lo que él creía, y miró con amor la pesada mole del edificio, donde quería enseñar la nueva religión.

Apretó el brazo de Fraser, y le dijo señalándolo:

—¿Como puede ser escéptico o pesimista un maestro honrado?

—Yo no soy un maestro honrado; — respondió Fraser — yo soy un maestro Ciruela.

—¡Usted no cree en la escuela! Ya no es la fe la que transporta las montañas. Es la escuela. La nueva humanidad todo se lo debe al maestro.

Fraser acogió con una sonrisa complaciente aquel lirismo.

—Todavía usted no conoce la vida. La *humanidad nueva* tiene la edad de Babilonia. Todo lo que usted siente de bueno, ya lo sentía el Rey David; y lo que yo siento de malo, sentíanlo mis abuelos antidiluvianos, de cuyas culpas Dios tuvo que lavar al mundo. ¡Todo es tan viejo!

—¡La escuela es nueva! — replicó Velarde. — No la escuela de Pestalozzi deísta, ni de Sarmiento que iniciaba sus clases con un padre nuestro, y ordenaba a los maestros que enseñaran a los me-

jores alumnos a ayudar a misa. Lo nuevo es la escuela atea, que nos dará la verdadera libertad espiritual.

—¿La libertad de Trotsky y de Lenín? — dijo Fraser guiñando el ojo. — Déjeme preferir la Inquisición!

—Cuando la luz se haya hecho en todos las ciencias, todos tendrán la misma fe y el mismo ideal. El maestro moderno renovará la faz del mundo y nos dará la paz.

—¡Yo no creo en los pedagogos! — replicó Fraser. — Saben cuántos decímetros cúbicos de aire puro necesitan los pulmones de un niño en cada aula, pero no saben lo que necesita el alma de ese niño. Los pedagogos han muerto la alegría, porque la alegría es hija de la humildad, y el pedagogo es fatuo.

Fraser hablaba con una contenida irritación, molestando por la noticia de que Liana había ido a gestionar un puesto, revelando así las apreturas en que vivían, por culpa de él.

Se detuvo y dijo golpeando a Velarde, amistosamente en el hombro:

—¿Qué habrá pensado usted de la gestión de Ana Lía?

—Que es una muchacha de criterio y valiente.

—Y de mí, ¿qué habrá pensado?

—¿Qué podía pensar, si ella me contó que usted ignoraba su diligencia?

—Liana es como todas las mujeres; quiere te-

ner sus fondos propios. Tendré que aumentarle el presupuesto de alfileres.

Con aquella explicación y sin mirar a su amigo se despidió Fraser, y se fué a su casa.

Liana tendía la mesa, y no lo sintió llegar.

El se le acercó de puntillas, por la espalda, le aprisionó dulcemente la cabeza y la besó en los cabellos.

—¿Por qué fuiste a mendigar ese puesto, Liana? ¡qué habrán pensado de nuestra pobreza! Esa ocupación no es para una niña de tu rango...

—¿Qué habrán pensado?... ¿mi rango? ¡Bah! cambiaría mi rango por el de esa señorita que...

Se calló, y su padre comprendió que se arrepentía de haber hablado, y que estaba nerviosa y triste.

—¿A quién te refieres? ¿A esa muchacha que llegó primero que tú?

— A Matilde Garay, — contestó Liana mirando a su padre.

Fraser no pestañó.

—¿Tú la conoces, papá?

—¡Sí!

—Mario también la conoce ¿no?

—Creo que sí.

—¿Crees que sí, nada más? ¡Yo estoy segura! La conoce y la trata. Hoy, viniendo a casa, me acerqué al Retiro a comprar una revista inglesa, cuando hallé a Mario. El no me vió; me daba la espalda. Parecía esperar a alguien. Yo lo hubiera

hablado, pero no me dió tiempo. La persona que él esperaba, acababa de llegar y él le salió al encuentro. Era Matilde Garay; hablaron un rato animadamente y tomaron el mismo tren.

Liana salió del comedor, y Fraser no la siguió, fastidiado con la noticia.

Cuando ella volvió, adivinándola apenada, le dijo amorosamente:

—¡Pobre, hijita mía! ¿querías trabajar por ayudarme?

Liana que tenía el pensamiento en otra parte, preguntó:

—Esa muchacha está de novia, ¿no es verdad?

—Creo que sí; con Carlos Link.

—¿Lo conoces a él?

—Sí, un poco.

—¡Papá!

—¿Qué?

—No le cuentes lo que he visto...

—¡No, no!

—¡Ni me hables a mí nunca más de Mario!

Fraser se puso a reír de esa espontaneidad, y para disipar el malhumor de su hija la besó en los ojos llenos de lágrimas. Pero quedó preocupado y pesaroso de haber puesto a Mario Burgueño en los caminos de Matilde Garay.

La noticia de Ana Lía no era la primera que llegaba a sus oídos. Demócrito Cabral aseguraba haberlos hallado en el tren con caras de cómplices, y si Fraser resistióse a creerlo, ahora tenía que rendirse a la verdad.

Su larga experiencia no lo dejaba ilusionarse, acerca de los propósitos de Mario y del probable final de la aventura. El creía conocer a fondo a Matilde, habiéndola encontrado varias veces en casa de Bistolfi. Estaba seguro de que su voluntad no era firme y entera, según parecía, y que sus ímpetus y sus resoluciones, eran resultado de su imaginación ardiente y de su temperamento mórbido. Estaba también seguro de que ella misma ignoraba su flaqueza, porque todos ponderaban su valentía para afrontar la vida; y esa ignorancia agravaba el peligro.

Conversando con ella, había observado la falla de su educación.

Era aún como un vaso de agua cristalina que un hombre honrado podía beber; pero su espíritu empezaba a enturbiarse con el humo de las vanidades.

Ya se iba cansando de mendigar aquel nombramiento que nunca llegaba.

Su corazón estaba tendido como un arco hacia los goces del mundo.

¿Quién podía echar sobre ella toda la culpa, si en ese estado espiritual una mano audaz tocaba el arco y soltaba la flecha?

Esa tarde, a la hora de la siesta, Fraser fué a casa de Mario, resuelto a hablarle como un padre.

No quería ni pensar que Matilde podría maldecir un día las palabras con que él habría ponderado su gracia.

Mario vivía en una calle transversal, arbolada de tipas, cuyas ramas se entrelazaban de vereda a vereda.

A su sombra se sentía el perfume de un bosque, pero Fraser, que envidiaba a Mario su calle, ese día no le prestó atención.

Estaba en la puerta Dositeo, el gallego que servía de mucamo al joven.

—Creo que duerme. — dijo.

Toda la casa yacía en una reposada penumbra. Fraser llegó al escritorio, aguardó unos minutos, y cuando se iba a meter de rondón a las piezas interiores, como solía, volvió el criado con sus anchos mofletes rasurados, llenos de obsequiosas arrugas.

—Dormía de verdad, como que anoche se acostó muy tarde. Dice que tenga a bien aguardarlo.

Fraser giró sobre sus talones y se puso a examinar los cuadros en las paredes, pinturas triviales, caballos, perros, automóviles dirigidos por muchachas, una bañista sentada en la punta de un muelle, el "Vértigo" de Etcheverry, y cosas por el estilo.

—¡Nada ha aprendido! — murmuró Fraser, haciendo una mueca. — Lo que le gustaba a los diez y ocho años, es lo que hoy le gusta.

Pocos libros había en aquel escritorio de persona sin preocupaciones literarias. Fraser tomó uno en rústica, del hueco del sofá.

—¡Naturalmente! — exclamó. — Tenía que

ser Anatole France; pero no lo ha leído; dos pliegos cortados y nada más: ¡Cuántos hacen como él!

Por la puerta se veía el cristalero del comedor contiguo. Un haz de luz que llegaba hasta allí, hacía chispear las copas talladas. Fraser se dejó tentar. En un rincón, al alcance de su mano, estaba una licorera con cuatro preciosos frascos, encerrados en un marco de roble con charnelas. Conocía el secreto de la cerradura y lo abrió, y tomó del cristalero una copita en forma de adormidera, y se puso a beber a sorbitos el viejo cognac de Mario.

—Ha oído a qué vengo, — pensó Fraser, husmeando con deleite la copa. — Mejor. Así me será más fácil entrar en materia. La verdad es que siento una emoción desconocida.

Cuando se acordaba de Matilde la veía tal como la vió la primera vez en el tren, nunca de otro modo. Si se empeñaba en recordarla con otro vestido y en otro lugar, la imagen se enturbiaba.

—¡No he de ser yo el que contribuya a perderla! — se dijo enternecido, por la visión que parecía alzarse ante sus ojos en la dulce penumbra.

Mario se levantó disgustado, al saber que Fraser lo aguardaba en el escritorio.

Su antiguo tutor estaba lejos de ser un pudibundo, y no ignoraba algunas calaveradas del joven. Pero un respeto mutuo, marcaba un límite a las confidencias y hasta a las conversaciones sobre ciertos asuntos. Por eso, desde que Mario

sintió que en sus entrañas germinaba un mal deseo por aquella muchacha, no habló más de ella.

Dejó de ir, con la acostumbrada frecuencia, a casa de Fraser. Temía una pregunta ingenua de Liana, una sonrisa maliciosa, una mirada triste. La conocía muy sagaz, y no era imposible que algo supiera de su aventura. Tenía la sensación de que la hija de Fraser, trocaría su viejo cariño fraternal por el amor de novia, con sólo que él dijera una palabra. ¡Cómo le pesaba haber marcado su frente intacta con aquel beso que no era de hermano y que ella no olvidaría!

Ese pensamiento enfriaba sus bríos de conquistador, hasta que un día se encogió de hombros, y se dijo: “¡Cuánto se reirían de mí, si adivinasen que estoy como el burro de Buridán, que se murió de hambre y de sed por no saber decidirse entre un atado de pasto y un balde de agua!”

Y se largó cuesta abajo.

Era experto en tales campañas, y no tardó en observar el punto vulnerable del carácter de Matilde. A él que tenía todas las seducciones de su casta, de su posición y la sagacidad de aquel “sagrado egoísmo”, con que resolvía la cuestión; que hizo perecer al burro filósofo ¡qué fácil le sería entrar en aquella alma desorientada y novellesca!

El pudor cerraba los oídos de la joven, a toda palabra audaz; pero Mario se guardaba de pro-

nunciar las palabras audaces, que podían delatar su propósito. Era suave y gentilísimo, y el hastío de su corazón colmado, difundía en sus modales una tristeza distinguida, que lo hacía interesante como un misterio.

“Sus ojos — según las sutiles palabras del salmo — observan al pobre, y le arman emboscadas en secreto, como un león desde su escondrijo”.

En vano ella quiso disimular lo que sentía; sus mismos inocentes artificios, descubrieron su amor, y un día él tuvo la certeza de que los muros de Jericó habían caído, y que la invencible ciudad estaba a su merced.

—¿Y Fraser elegía aquella oportunidad para ir a verle?

No tenía duda: Fraser le hablaría de ella. Su primera inquietud, al recibir el anuncio de su visita, se había calmado, cuando salió media hora después.

Fraser dormía en el sillón, la copa vacía en la mano, y el cigarro apagado al borde del cenicero.

El joven se le acercó de puntillas. Habituándose a la oscuridad, surgieron ante sus ojos las líneas fatigadas de aquella fisonomía viril e inteligente. El labio inferior caía en un gesto cínico y doloroso; los párpados descoloridos, la barba mal afeitada, las mejillas flácidas, la frente hollada por los malos pensamientos, pero distinguida y con golpes de luz, eran el retrato de aquella alma extraviada, todavía con el cuño de Dios, como una vieja onza

de oro, que conserva la gastada efigie de un gran rey.

Mario tuvo lástima de su amigo, y lo palmeó cariñosamente, y lo reprendió, para desviar, si era posible, la conversación que temía.

—¡Qué noche habrá pasado, viejo!

Fraser abrió los ojos, confundido, y contestó amargamente:

—Hay noches que iluminan muchos días. Dime cómo pasas las noches y te diré lo que piensas.

—Pero ese principio suyo, no vale en su caso; porque usted vive abominado de sus obras.

—Porque yo no vivo como pienso. "*Deteriora sequor*".

—¿Y por qué no amolda sus costumbres a sus principios?

—¡Qué he de amoldar nada, hijo! ¡Me contento con salvar la ropa! Pierdo mi vida pero salvo mis principios.

—¡Qué bien hace su propaganda!

—Es el único orgullo que me queda. Mario; y no quiero perderlo. Eso significa que mi alma no está ciega todavía... ¿Y la tuya?

Mario se sentó en un sillón a tres pasos de Fraser, y con el silencio intentó demostrarle que no estaba dispuesto a las confidencias y menos a los sermones.

—¿Cómo está tu alma? — insistió Fraser.

—¿Está seguro, — contestó Mario con seque-

dad — de que tenemos alma? Porque hay muchos sabios que lo niegan.

—Si el teorema del cuadrado de la hipotenusa, acarreará ciertas obligaciones morales, muchos geómetras también lo negarían. ¡Cómo esos deben de ser tus sabios!

El joven no contestó, y se puso a silbar muy bajito con visible fastidio.

—Ya no pides consejos, Mario. Ahora los das.

—¿Para qué he de pedirlos, si no los seguiré? Prefiero hacer como otros, que los dan, y no los reciben.

—Entonces te has curado de un defecto. Antes los pedías, y causabas la impresión de un jabalí alimentado con flores.

—Pues bien, he cambiado de régimen, y estoy más gordo.

—Yo, en cambio, conservo esa mi única generosidad. Lo único que doy son consejos. ¡Nada hay tan barato!

—¡Para el que los da! — contestó con acritud Mario.

—Nunca los míos te han costado un real. Guarda tu bolsa, y óyeme.

—Habría que predicar con el ejemplo, doctor Fraser.

—Eso hacen los teólogos, y tú Mario no los quieres oír. Escúchame a mí, que no hablo en latín.

—La cuaresma está lejos, doctor Fraser.

Fraser bostezó. Se echó una copita de cognac, y encendió otro cigarro, que sacó de un armarito de caoba cuyos secretos conocía como los de la licorera. •

—La vida de un hombre de “esprit”... — dijo bostezando, y Mario cuyo fastidio crecía, lo interrumpió con sarcasmo:

—¡Como Ud!

—¡Sí como yo!... Sería tristísima, si no existieran los tontos.

—¿Los tontos como quién?

—¡Hombre! como tú, que nos divierten con sus salidas del pentagrama. ¿Con que ahora encuentras que a mi palabra le falta algo?

—Sí, la autoridad del ejemplo.

—Hay quienes tienen autoridad, teniendo defectos. Y hay quienes son unos infelices, a fuerza de perfección. ¿Te niegas a oírme porque no soy perfecto? ¡Pero alma de Dios! ¡Si no hablaré de mí!

—¿Qué va a decirme?

—Voy a hablarte de Matilde Garay.

Mario pestañó, como si recibiera una pedrada en el pecho.

—¿Qué tiene que decirme de ella?

—¡Ya lo adivinas!

—Si así lo cree, podría ahorrarse las palabras.

—Yo te puse en mala hora frente a ella. Después del dolor, no hay en la tierra nada tan santo

como la hermosura. Creía que tu corazón lo sentiría de tal modo, que se purificaría de toda torpeza.

—¿El suyo lo sentía así?

—Porque el mío lo sentía, y porque no creo que el tuyo sea peor, pensé que se levantaría siquiera una pulgada sobre el barro. Pero me equivoqué. Ni el sol, ni la hermosura, se pueden mirar sin peligro.

Mario no contestó. Recostado en el sillón, miraba el techo, alisándose con ambas manos el lacio cabello oscuro.

Fraser lo contemplaba con dolor, esperando una palabra que se lo mostrara, como lo creía, egoísta por pereza, pero no malo, y capaz de vibrar con una sincera emoción de justicia.

—¿Y a esto ha venido? — exclamó el joven, por fin.

—¡Creía conocerte mejor!

—¿Quiere que acabe por tenerle miedo a sus visitas?

—¿Y tú quieres que me remuerda eternamente la conciencia, por no haberte conocido, y por habértela presentado a esa pobre muchacha?

—¡Pobre, pobre! ¿pero qué está suponiendo ya?

—Si me equivoco en un ápice, rectifícame. Te ha gustado...

—¡Cómo no había de gustarme, si a usted...!

Fraser con un ademán de amargo desdén, le cortó la palabra.

—Te has dejado encandilar por ella, como una lechuga por la luz de un altar. ¿Qué piensas hacer?

—¡Nada! no pienso nada.

—¡Eso es cierto! Lo que he querido preguntarte es otra cosa. ¿Qué estás haciendo, sin pensar de tu vida y de la vida de ella? ¿Sabes adónde la llevas? ¡Qué has de saberlo, si ni siquiera sabes a dónde vas!

Mario se incorporó herido por el desprecio de tales palabras.

—Usted que viene a hablarme con el énfasis de un profeta...

—¡No! vengo a hablarte con la lealtad y la dureza de un padre. Si tu corazón no es como el de una momia, vas a sentirlo sangrar y vivir, y vas a comprenderme.

—Ya no estoy en la edad en que...

—¡Pobre niño!

—No estoy dispuesto para los consejos de nadie.

—Es que debes estarlo, si has de seguir viviendo en el mundo.

—¿Y si no quisiera oír los de usted?

—Sería porque estás resuelto a una infamia.

—¡Crea de mí lo que quiera! Yo no debo cuentas a nadie; soy libre, y si en mis relaciones con esa muchacha llegase a todo...

—¿A qué llamas *todo*? ¿a casarte con ella?

—¡Ingenua pregunta!

—No debe de ser tan ingenua cuando no la contestas.

—Pues bien, no pienso casarme. Pero no por eso será ella menos feliz conmigo. La naturaleza tiene sus leyes, y son una religión no inventada por los hombres.

—¡Inefable pamplina! ¡Ya conozco esa hipocresía! ¡La Historia Natural en lugar del Catecismo! Excúsate, si puedes, pero no excuses tus vicios. ¡Salva siquiera el ideal! Cuando un hombre eleva su capricho a la altura de una religión, aunque sea poniéndole por peana veinte tomos de Historia Natural, es seña de que ha perdido la conciencia...

Mario no contestó. Por más que se rebelara contra Fraser, sus palabras le mordían las entrañas, y al replicarle con violencia, parecía que levantaba la mano contra su padre.

El mismo se había planteado aquellas cuestiones, abandonándolas luego sin resolverlas. Con dos o tres frases ineptas acallaba la voz de su corazón, y huía de su propio pensamiento.

Largo rato le habló Fraser. De vez en cuando el joven arriesgaba alguna excusa, que el otro desbarataba de un manotón.

—¡El derecho a la felicidad! — murmuró una vez Mario, y Fraser le replicó con lástima:

—Escucha a mi experiencia; por ese camino no vas más que al aburrimiento y al crimen. La feli-

cidad de un hombre no se amasa con la desgracia de cien mujeres.

Por cobardía y desdén hacia las cuestiones que le obligaban a un esfuerzo, Mario no quiso discutir más.

—¡ Tiene razón! — exclamó con una voz en que Fraser no percibió un timbre de impenitencia. — ¡ Soy un bribón! ¡ qué le voy a hacer!

—¡ En buena hora esa confesión, hijo! — respondió Fraser enternecido — Tu alma sangra; tu conciencia está viva.

Y le tendió los brazos. El joven se dejó abrazar sin efusión, y agregó:

—Hace un año que preparo un viaje a Europa. Me mandaré a mudar . . . ¿ no le parece?

—No hallarás nunca mejor oportunidad — exclamó Fraser encantado.

—¡ Bueno! ¡ ya está resuelto! Antes de quince días estaré a bordo.

VIII

¡Cuéntame algo de mamá!

Liana había observado en su padre una singular inquietud, que databa de un mes atrás, desde un día que recibió una carta del extranjero. Ella ni siquiera alcanzó a ver la estampilla.

Qué noticias le trajo aquel sobre, o qué documentos vinieron en él, la muchacha no podía ni siquiera imaginarlo.

No sabía que su padre tuviera negocios con gente de otros países.

Cada vez la existencia de los dos se iba reduciendo; ella tenía pocas amigas, y ningún pariente; y él, se encontraba con muchos hombres al día, pero en su corazón no les guardaba afecto.

¿Quién podía, pues de lejos influir en el ánimo de su padre tanto como para que perdiera su buen humor?

Aunque su fortuna no daba indicios de mejorar, no eran asuntos de dinero los que preocupaban a su padre; esto lo veía en el despego con que él manejaba sus recursos, como si hubiera perdido la noción de su valor o la ilusión de vivir.

—¿Qué te pasa, papá? — le dijo un día — ¿estás enfermo?

—No, hijita.

—¿Estás más pobre entonces? ¿quieres que busquemos una casita más barata?

Fraser acarició a la muchacha; se sentó reteniéndole la mano, y le dijo mirándola en los ojos:

—¿Quieres mucho a tu padre, Liana?

—¡Oh, papá! ¡mucho!

—Y si tu padre te hubiera hecho vivir bajo la sombra de una mentira atroz, y un día descubrieras la verdad ¿lo seguirías queriendo?

Liana pensó que aquellas palabras incomprensibles podían referirse a su madre; pero no se atrevió a aludirla, y respondió temblando:

—No te comprendo, papá; la verdad verdadera es que te quiero con toda el alma . . .

Fraser la oyó con lágrimas en los ojos, le besó las manos, y no habló más.

Cuando llegó el domingo, Liana fué a misa a la hora en que solía ir la anciana, que una vez dijo, delante de Soledad, la extraña frase: “¡Si su madre la viera. . . !”

Al salir de misa, Liana la halló algunas veces, sin atreverse a saludarla, para entrar en relaciones. Se imaginaba, sin embargo, que ella conocía algo de su vida, de su niñez, de los años que aparecían en la memoria de Liana como envueltos en una nube. Pero ese domingo no la encontró y lamentó su ausencia. Una muchacha amiga se le acercó:

—Liana ¿quieres ir con nosotros a las carreras esta tarde?

Aceptó, segura de que su padre se alegraría, como ocurría cuando la llevaban al teatro o a reuniones sociales. Y en efecto, Fraser se apresuró a levantarse para almorzar temprano, y darle tiempo a vestirse.

Liana buscó en el diario los caballos que corrían.

—Papá, mi favorito en la quinta es Flambeau. ¿quieres que le juguemos?

Fraser que se estaba afeitando, volvió bruscamente la cabeza:

—¿Quién te ha hablado de Flambeau?

—Papá, todo el mundo habla. Es el caballo del conde Seguin, ese francés...

—Liana... ¿quién te ha hablado del conde Seguin?

—¡Nadie! He visto en los diarios que ha venido. Tiene fama de millonario.

—¿Que ha venido, dice?

—Sí, papá en el "Tubantia", el viernes...

—Pero ¿dónde vivo yo que no sé nada?— exclamó Fraser con cólera.

La mano con que sostenía la navaja, le temblaba y su hija lo observó.

—¿Almorzamos, papá?

Fraser no oyó la pregunta. Seguía ante el espejo, y parecía absorto en lejanos pensamientos.

—Va a ser la una, papá, insinuó tímidamen-

te la muchacha. — Si queremos llegar temprano a las carreras . . .

—No quiero que vayas — le contestó él con inexplicable terquedad.

—¡Papá!

—No quiero que vayas. Irás otro día.

—¿Qué dirán de mí? Me aguardarán . . .

—Avísales que no vas a ir.

El tono, los gestos, la mirada, el calor encendido, mostraban que en aquel hombre acababa de producirse un cambio fundamental y violento.

—¡No quiero que vayas! — repitió dos o tres veces más, y como Liana corriera a su “palomar”, y se echara llorando en la cama, herida por aquella cólera sin sentido, él no la detuvo y se sentó solo a la mesa.

Al día siguiente él parecía no recordar la escena; pero ella permanecía triste y amedrentada.

Los afanes y las preocupaciones de que estaba llena su vida, hubieran concluido por disipar en la mente de Liana lo ocurrido; pero otro suceso fijó su atención en aquel apellido francés que su padre parecía conocer y odiar.

Subía ella en el ascensor de una gran tienda, cuando observó que una señora, arrogante y hermosa, la miraba intensamente.

¿Dónde había visto Liana aquellos ojos?

Instintivamente la siguió. La dama pareció olvidarse de ella, y se dedicó a sus compras; pero

Liana no acertaba a alejarse, absorta en su pensamiento: ¿La conocía de antes? ¿Dónde la había visto?

No; estaba segura de verla por primera vez, y, sin embargo, ella había soñado con aquellos ojos, con aquella cara. ¿Pero acaso podían realizarse los sueños? Y siendo como fuese, soñado o real, la visión anterior que tenía de aquella persona ¿por qué la impresionaba tanto su presencia? ¿Era simpatía? ¿era miedo?

Dió dos o tres vueltas, sin alejarse mucho. Al pasar por frente de un espejo, vió su propia imagen reflejada, y se echó a temblar.

—¡Dios mío!— exclamó. — Yo no he soñado su cara, ni sus ojos. ¡Los he visto! ¡son los míos!

Era demasiado grande el pensamiento que con esa revelación entró en su alma. Se ahogaba; parecía que una densa neblina envolvía todo lo que miraba.

—¡Voy a enloquecerme! ¿Por qué se me ocurre que esa mujer es mi madre?

Pasó de nuevo cerca de ella, en momentos en que daba su nombre al empleado, para que fuese anotado en la factura.

Una invencible curiosidad impulsó a Liana, que quiso oír su nombre.

—Condesa de Seguin, — dijo la dama, con un acento marcadamente francés, y Liana sufrió un desencanto, que serenó su corazón.

No obstante quedó pensando que su padre te-

nía noticias de esa gente, y recordó la voz alterada con que le hizo la pregunta: "¿Quién te ha hablado, Liana de Flambeau?"

Para disipar sus preocupaciones nada más franco y breve que interrogarlo, pero aquella escena le hizo perder la confianza en su padre. Tenía miedo hasta de pronunciar el nombre de Seguin, y leyendo en alta voz las crónicas sociales en los diarios, lo había salteado algunas veces.

Se decidió a hablar con Mario, mayor que ella seis o siete años, que debía acordarse de los tiempos en que fueron ricos y vivía su madre.

Pero Mario no la visitaba ya. ¿Qué intereses o qué pasiones desviaban de ella su pensamiento y su corazón?

—¿Por qué no viene Mario? — preguntó un día a su padre: y éste sin darle otras explicaciones, le contestó redondamente:

—Porque tiene cola de paja.

El despego desdeñoso que vibraba en esas palabras, la apenó, sin resentirla contra el joven. Ella no sería juez de Mario, cualquiera que fuese su culpa. Los hombres tenían historias oscuras, que no debía escudriñar; pero él era su hermano, y debía atraerlo a su casa.

Como una pintura que se destiñe, se había borrado en su memoria el recuerdo de aquel retrato de Mireya, con quien él la comparó una noche. Cosas más graves la absorbían. A toda costa que-

ría saber quién era aquella familia Seguin, y qué relaciones había tenido con su padre.

Escribió una tarjetita llamándolo, y esperó su visita un día y otro día. Ignoraba cómo empezaría sus preguntas y con qué razones justificaría su curiosidad. No podía manifestar a nadie sus cavilaciones, por temor de que se rieran de ella o la desencantaran con alguna dolorosa verdad.

Mario no fué, y al cabo de muchos días, ella contó a su padre lo que había hecho:

—Lo he invitado a almorzar y no ha venido.

Fraser le tomó las manos y se las acarició.

—Perdónalo, hijita, porque no sabe lo que hace.

—¿Te has peleado con él, papá?

Fraser se echó a reír.

—¡No, no! Yo te lo traeré, si te interesa verlo; pero mejor es que no te acuerdes de él.

Liana se ruborizó pensando que su padre la creía enamorada.

—Es mi hermano, — respondió — ¿vamos a dejarlo que se pierda de la casa?

—¡Ya volverá! Un día volverá a pedirte perdón, Liana.

—¿A mí? ¿por qué?

—Cuando haya bebido en todas las fuentes turbias del mundo, volverá, a tu puerta. Prepárate para abrirle entonces.

—Es mi hermano; — repitió ella — ¿por qué tú no me diste otro para mandarlo en su busca?

Dijo esto con tono mimoso, y sintiendo como

un vértigo que la hacía hablar sin querer de las cosas que le llenaban el pensamiento; murmuró al oído de su padre:

—¿Por qué no tengo hermanos? ¡Yo quiero que me cuentes algo de mamá! Y se sentó a sus pies, en una butaquita, aguardando la repuesta.

Fraser palideció. Oprimió entre sus manos aquella cabeza, que se apoyaba en sus rodillas, y comenzó a contarle viejas historias, a hablarle de su madre con fervor, con abundancia, con indisimulable pasión.

—¡Ya sé, ya sé! — exclamaba ella. — Hace años me has contado eso. Cuéntame otras cosas.

Y él seguía hablando, los ojos llenos de lágrimas. y el corazón lleno de miedo de que Liana alzara la cabeza, y le dijera: ¡Mientes! ¡mi madre está viva!

La noche invadía la habitación. Sentíase afuera el rumor de los pasos de Soledad y los gritos del niño. Una brisa del mar lejano refrescaba el ambiente.

Fraser seguía hablando, en tono más bajo; Liana cerraba los ojos y concluyó por adormecerse.

El observó que se dormía, y como si arrullara aquel sueño siguió relatando sus mentiras.

¿Podría salvarla siempre de la verdad? ¿No habría ya vislumbrado algo de ella?

¡Y hablaba, hablaba! Temía que al callarse, Liana abriese los ojos y le pidiera cuentas. ¿Por qué me engañas? ¿por qué no me has dicho que mi

madre vive, que nos dejó, que se fué a Europa, y hace unas meses se divorció de tí y se casó con el conde Seguin, y es esa mujer que mencionan las crónicas sociales, y que se ha olvidado de su nombre y de su hija?

Había criado su rosa }rodeándola de espinas, para que nadie llegara hasta ella. Había urdido un romance, le había inventado una vida, para que su pensamiento no se hallara tan solo y para que su corazón no ignorase la dulzura de los santos amores; y le había enseñado a amar como a su madre a un fantasma creado por él.

Quería salvarla de la vergüenza y del mal ejemplo; y cuando empezaba a creer que podía descansar, veía amenazada su obra de quince años por el capricho de aquella mujer que volvía a su patria.

Ya no era él solo dueño de su secreto. Ahora todo Buenos Aires podía mirar la frente de su hija, buscando la sombra de aquella aventura.

Sonó el timbre de la calle, y salió Soledad a ver quién llamaba. Fraser pensó en Mario. No lo veía desde hacía un tiempo; sabía que se había hecho humo el proyecto del viaje a Europa, y suponía que todos los buenos propósitos del joven habían corrido igual suerte. Estaba seguro de que seguía encontrándose con Matilde, a escondidas, avergonzado él mismo de su debilidad; y que por esa claudicación no se atrevía a visitarle.

Pero Fraser estaba tan lleno de sus propias angustias, que no hallaba interés en las vidas ajenas.

Volvió la sirvienta, y anunció a Velarde, el secretario del colegio normal.

—¡Liana! ¡Allí ésta Velarde!

Segundos después entró el visitante, que venía a devolver un libro prestado.

Liana con la tez encendida y los ojos dilatados por el esfuerzo que hacía para espabilarse, y los cabellos esponjados, causaba una deliciosa impresión de llaneza y de amistad.

—Vea cómo lo recibo, — dijo a Velarde tendiéndole la mano.

Era la tercera vez que lo veía, y ya parecían viejos amigos. Pero la franqueza y la cordialidad estaban en ella más que en él, intimidado por su presencia. Fraser los dejó solos un momento, y fué a traer unos papeles. Velarde se animó entonces a confiar a Liana el verdadero objeto de su visita.

—No he venido sólo a devolver ese libro a su papá.

La muchacha lo estimuló con una sonrisa, y él agregó:

—He venido a decirle que antes de un mes habrá una vacante en mi secretaría. Matilde Garay se casa.

—¿Sí? ¿con quién? — pregunto Liana, sintiendo que el corazón se le agitaba en el pecho.

—No recuerdo el nombre que ella me ha dicho...

—¡A ver, a ver! piense...

—Apenas presté atención. Es un médico.

—¡ Ah! — exclamó ella aliviada.

—Y si usted quiere, señorita Ana Lía, yo la propondré...

Al decir estas simples palabras se turbó tanto, que Liana se contagió con su timidez, y sintiendo los pasos de Fraser, le respondió precipitadamente:

Todavía no sé qué resolver. No hable de esto con papá.

IX

Por la una o por la otra

Bistolfi sostenía que Pulgarcito era un encanto. —¡Qué muchacho vivo y servicial!

No bien llegaba de visita, observaba las paredes, pedía un martillo, aseguraba los clavos flojos, enderezaba los cuadros torcidos, y si Mariana hacía algún paquete o arreglaba un florero, precitábase a ayudarla, o la suplantaba en su tarea.

¡Qué paquetes, qué ramos los de Pulgarcito! Y no se limitaban sus actividades a las menudencias decorativas; podía confiársele cualquier diligencia. Un día dijo Bistolfi:

—Estoy cansado de mi "limousine". Si hallase un auto abierto...

Era un deseo sugerido por Mariana, y que respondía cabalmente a los planes de Pulgarcito.

No acabó el esgrimista de exteriorizar el vago propósito, cuando el joven pidió un diario y empezó a tomar nota de los automóviles que se anunciaban; y cuando el otro acordó, ya no le quedaba más que limitar el precio; hasta la marca estaba elegida.

Naturalmente, Pulgarcito que era un diestro chofer, llevó hasta la casa el auto buscado, y Bistolfi no pudo sacárselo de encima.

Pulgarcito se prometía grandes programas con el auto guiado por él mismo. Lo único que acortaba sus vuelos era la crónica escasez de su bolsa, que no remediaban sus relaciones, aunque hablase de todos los personajes del Jockey Club como de íntimos amigos.

Cuando Mario prometió concurrir a *los jueves* de su padrastro, quiso cultivarlo, y no tardó en maliciar que el mozo estaba en secretas inteligencias con Matilde, por mucho que aparentase festejar a Laura.

Como hermano celoso y fiel, resolvió hacerle pagar cara su hipocresía. Pero en breve Mario dejó de asistir a las reuniones, y Pulgarcito lo perdió de vista.

La actitud de su hermana le infundió la sospecha de que se veían en otra parte, y se dispuso a intervenir.

—Mejor para ella y para mí, será que yo tenga las riendas de este asunto — pensó.

Y se fué a casa de Mario, que lo recibió estupefacto.

—Como la montaña no se acerca a nosotros, yo me acerco a la montaña — le dijo. — ¿Por qué tan perdido? En lo de Bistolfi se pregunta si se ha embarcado para Europa. Y en casa, las chicas...

—¿Qué dicen las chicas? — preguntó Burgueño recobrando su aplomo.

—Link les anunció su visita; y ellas se han quedado compuestas y sin usted.

—Es verdad; un día hablamos con Link de eso. Quedó de venir a buscarme, pero no ha venido.

—¿Y usted no sabe el camino de mi casa; ¡Vaya hombre! Papá quiere echar un párrafo, y mamá desea conocerlo. Y las chicas. . .

—¿Las chicas qué? No me dirá que a sus hermanas les va a interesar que vaya a hablar de política con su padre, o de carreras con usted. . .

—¡A ellas les hablará de otra cosa, pues!

—Vea Pulgarcito, esto para los dos: me parece que el novio de Matilde ha desistido de invitarme, porque es celoso.

—¿Celoso el gringo? ¡Ni lo piense! Es persona sin cosquillas. Si no ha venido, será por otra cosa.

—¿Que otra cosa?

Pulgarcito se puso a observar los cuadros de la salita. Allí no era como en lo de Bistolfi, donde cada vez que la sirvienta les pasaba el plumero, los dejaba haciendo muecas en las paredes. Mario tenía bien puesta su casa, y todos los detalles revelaban la holgura de su bolsillo.

Mario pensaba en Matilde.

¡Cómo había cambiado aquella criatura! Costábale un triunfo hallarla y notábala impaciente y nerviosa.

Se imaginó que temía haber ido demasiado lejos, y quería sostenerse, y si era posible hacerse olvidar del que la había turbado. No creía que hubiese revelado a nadie, la entera verdad; mas, tal vez para acumular obstáculos entre ella y él, hubiera suscitado en su contra la antipatía de su novio. Él era su refugio, y al acrecentarse el peligro se aumentaba su ficticia ternura hacia el pobre Link.

—¡Bueno! — exclamó Burgueño excitado por sus pensamientos. — Mañana iré a visitar a su padre.

Lograr eso no era más que la mitad de la tarea, y Pulgarcito abordó resueltamente la otra parte del asunto.

—Le voy a contar, Burgueño, el compromiso en que me he metido. Se le había antojado a Mariana un automóvil *doble feaón*. Yo supe de uno que estaba en venta, y se lo propuse a Bistolfi. Regateó como un judío de la calle Talcahuano, y por fin me autorizó a comprarlo, siempre que le diesen por el mismo precio una rueda de repuesto. Se la prometí, para que de una vez acabara el negocio; y acepté el encargo de llevar el coche hasta su casa. “¿Y la rueda?” — me preguntó al verme llegar. — La dejé en el garage, le dije; mañana se la traeré. — Y aquí me tiene, amigo, obligado a llevarle una rueda, que vale doscientos pesos, y sin un cobre...

Desde el comienzo de la exposición de Pulgarcito, Burgueño echó mano al portamonedas, aguar-

dando la cifra. Y no pestañó cuando el otro la soltó, arqueando los labios, con displicencia, como si se tratara de unos ochavos.

—¡Mamá! — dijo esa tarde Pulgarcito a misia Presentación. — Mañana va a venir de visita Mario Burgueño. Ese muchacho vale la pena...

La dama empezó a agitarse y a mirar los rincones, y a acomodar las sillas.

—Tienes tiempo, mujer, para prepararte; — advirtió don Pedro, que se aproximó oyendo las exclamaciones de Pulgarcito. — ¿Y a qué viene ese joven?

—A visitarte, papá. Mejor dicho a visitarla... a ella...

—¿A cuál de las dos?

—A Laurita, — dijo misia Presentación.

—¿Desde cuándo la festeja? No había oído nada. Pulgarcito hizo un gesto.

—Propiamente no la festeja todavía, pero la mira mucho...

—Entonces me parece que es madrugar un poco — observó don Pedro, — el largarse de visita, sin que haya nada... Aunque a la verdad, nuestras costumbres sociales son en esto muy atrasadas. Por ejemplo en Noruega, no es necesario estar de novio, ni siquiera ser festejante, para visitar a una muchacha.

—¡Ni en Groenlandia tampoco, papá! — aseguró Pulgarcito.

—¿Tampoco en Groenlandia? Bueno, yo no he

estado en Groenlandia ni en Noruega, pero eso ocurre. Así que no hallo mal la visita de Burgueño.

Misia Presentación le tomó de las manos el diario que leía.

—¿Lo has leído ya, Pedro? ¿me lo prestas?

—Sí, mujer...

Don Pedro aguardó que su hijo se alejara y dijo a su consorte:

—No te ilusiones mucho. Esos mozos porteños, de la *crème*, no son novios para las niñas pobres, de casas humildes. . .

—¿Humildes? — rugió misia Presentación. — Yo soy Troncoso, de las familias de abolengo de Santa Fe, y tú eres Garay, descendiente de don Juan de Garay el fundador de Santa Fe y de Buenos Aires... Es lo primero que le diré, para que no crea que somos humildes.

Puso a la chinita a refregar los pisos de baldosa, y a barrer el jardín, y ella se enfrascó en la lectura del diario, para tener temas de conversación, que no desmerecieran de su abolengo. Cuando algún quehacer la reclamaba, prendía un alfiler en el sitio a donde llegaba su lectura, y más tarde volvía a tomar el diario arrancando desde allí, olvidada por cierto, de lo ya leído.

Cuando regresaron las muchachas de sus empleos, les dió la nueva.

—Mañana traten de llegar temprano; tendremos visita de copete.

—¿Quién?

—¡Mario Burgueño! — y guiñó el ojo a Laura. Matilde se ruborizó, y sin decir palabra, se metió adentro.

Laura observó sus ademanes, y dijo:

—¿Pero crees que vendrá por mí?

Matilde alcanzó a oír aquella pregunta y sintió una gran cólera contra su hermana. Pero ésta no agregó ninguna explicación.

Desde muy temprano, al otro día, misia Presentación comenzó a adecentar la casa; y cuando Pulgarcito, que dormía en el comedor, se hubo levantado, sacó su catre y mandó esconderlo en el cuarto de Link.

Después colocó una alfombrita a los pies del sofá esquinado, y ató un moño de tul violeta en la tulipa de la luz; y en la galería colgó dos globos de vidrio tornasolado, en que se reflejaban los rosales, cubiertos de rosas.

—Ahora puede venir cuando quiera, — dijo complacida de la limpieza que reinaba en su casa, y del buen gusto de los adornos; y volvió a sumergirse en la lectura del diario, a partir del alfiler.

De vez en cuando comentaba con un rezongo lo que iba leyendo.

—¡Qué iniquidad! ¡A estos cordobeses le dicen doctos, pero no tienen ninguna cultura! ¡Ni entre los indios un crimen así!

Mario llegó, a eso de las seis, hora en que solían estar de vuelta las muchachas.

La tarde se disolvía en un perfumado crepúsculo. Misia Presentación aguardaba al visitante sentada,

muy oronda, en el comedor, que era su sala de recibimiento. Por la puerta y la ventana abiertas de par en par, veía un sector de la calle, donde los muchachos jugaban al football.

En las veredas de ladrillo, se paseaban del brazo algunas jovencitas, con trajes veraniegos, de esquina a esquina. Varios mozos las esperaban allí, y cambiaban con ellas frases intencionadas.

Aquella calle de Migueletes, tenía aires provincianos.

Al sentir la voz de Pulgarcito, que acompañaba a Burgueño, el corazón de la señora palpitó con violencia. ¡Ese novio sí que valía la pena de ser atrapado! ¡Lástima que las muchachas no estuvieran de vuelta ya!

Repasó mentalmente las cosas leídas en el diario, y permaneció atornillada en su asiento, y cuando entró Mario, saludándola con profunda reverencia, ella le dió una mano inerte, como una tableta sanjuanina.

—Todavía no está muy oscuro; es mejor no encender la luz, porque atrae bichos... ¿no le parece?

—Así es, señora — contesto Mario, sentándose en forma que pudiera ver llegar a las muchachas.

—Las niñas no han venido todavía... — se anticipó a explicar la dama, para tranquilizarlo.

La silueta negra de Saturnina apareció en la galería, gesticulando.

—¡Niña Presentación, venga! . . . ¿qué hago para esta noche?

Sabia muy bien cuál era el programa culinario de todas las noches, pero había querido conocer al mozo de quien tanto hablaban.

—¡Estas sirvientas criadas en las casas de uno, se toman una confianza atroz! — protestó misia Presentación ruborizada, y se levantó a dar un reto a la negra, y se asomó a la puerta de calle, a ver si venían sus hijas.

Volvió rezongando por su demora.

—Aunque nosotros hemos venido a menos, somos de muy buena casta.

—¡Oh, se conoce! — respondió Mario.

—El es Garay y yo soy Troncoso. Media provincia, lo mejor y más tradicional, descende de nuestros abuelos. Usted habrá oído hablar de don Juan de Garay ¿no es verdad?

—Sí, mama — interrumpió Pulgarcito fastidiado; — y — de don Pedro de Mendoza. Burgueño es muy instruido en historia.

—No hay estudio más provechoso — manifestó don Pedro. — Pero en nuestro país no se enseña bien la historia. En Estados Unidos es otra cosa. Yo no he estado allí, pero me han dicho que en las universidades norteamericanas...

—¡Sí, sí! ¡cómo no! ¡es claro! ¡naturalmente! — exclamaba Mario. Y de pronto como la dama insistiera en que ella era Troncoso y su marido Garay, le dijo:

—La nobleza de la estirpe, señora, se le conoce en el rostro. Tiene el perfil nobiliario de María Antonieta.

—¡Ah, María Antonieta! — exclamó emocionadísima misia Presentación, echando sobre su marido una mirada, que era un llamado de auxilio.

—La reina que guillotinaron los socialistas en Francia, en tiempo de la Comuna. La esposa del Rey Luis Felipe...

Misia Presentación quedó encantada de los conocimientos históricos de su marido, mientras que Burgueño se esforzaba en no reírse.

Don Pedro juzgó conveniente explicar por qué sabía tanto, cuando en su casa no se veía un libro.

—Yo no soy partidario de los libros; pero leo los diarios con la mayor atención; y tengo muy buena retentiva.

—Sí, se le ve; — respondió Burgueño.

Se hizo un silencio, Don Pedro se hamacaba en un sillón; Pulgarcito estaba fastidiado por la tardanza de las muchachas, y misia Presentación embriagada todavía con el descubrimiento del regio perfil, quiso mostrar el resultado de sus recientes lecturas.

—¿Pero ha visto la tragedia ocurrida en Córdoba?

—No, señora...

—¿No ha visto? ¡Un crimen político espantoso! Lo han asesinado a Justiniano Posse...

—¿Cómo? ¿cuándo? — exclamaron a la vez Mario Burgueño y Pulgarcito.

—Está en el diario de hoy.

—¡No puede ser! — rectificó Pulgarcito; yo lo he visto ayer a Justiniano Posse, en la biblioteca del Jockey.

—En el diario está . . . Lo han muerto a balazos en la plaza pública...

Y voló a traer el diario.

—Yo les diré, — manifestó don Pedro — no es el diario de hoy el que va traer, sino el de hace seis meses. Como estuve enfermo un año entero, me retrasé en la lectura, y no quiero perder...

Llegó misia Presentación con el diario, rebo-sante de orgullo, por ser la única sabedora de aquella trágica noticia.

—Aquí está — dijo mostrando el sitio donde aparecía el artículo.

Pulgarcito se apoderó del papel, y leyó en alta voz: "Archivo del General Mitre. Año 18. . . Asesinato del doctor Posse..."

—¿No ven? — exclamó la dama — ¡estos cordobeses!

Pulgarcito la palmeó en el hombro.

—Ya se ha secado la sangre; es el archivo del general Mitre, que está apareciendo a retacitos. Son sucesos de hace cuarenta años. Los cordobeses de ahora son muy buena gente.

—¡Pero estas muchachas que no vienen! —

exclamó misia Presentación, desentendiéndose del asunto y yendo de nuevo a la puerta de calle.

Don Pedro se engolfó en explicaciones sobre su situación en Buenos Aires. Hacía años que esperaba el cumplimiento de una promesa.

—Lo mismo que Matilde... Allí está su diploma.. ¡para lo que le sirve!

Mario que deseaba ganar la buena voluntad de Don Pedro, le prometió hacerlo emplear.

—¿Qué le gustaría a usted, señor Garay?

—Un puesto livianito, con un sueldito regular...

—Marrano gordo y que pese poco... — dijo Pulgarcito.

—Un puesto municipal, entonces; por ejemplo inspector de cinematógrafos; ¿qué le parece, señor Garay, una inspección de cinematógrafos?

Don Pedro creyó desvanecerse de alegría.

—¡Es mi sueño dorado! Yo voy todas las tardes al cinematógrafo. Uno se instruye mucho allí. Conoce las costumbres de otros pueblos. Yo, por ejemplo, sé como roban los ladrones en Norte América; van de gorra; llevan una linterna eléctrica, y un mazo de llaves... ¡Y yo no he estado en Norte América!

—Bueno, pues, cuente con ese puesto.

—¡Y estas muchachas sin venir! — repitió misia Presentación, encendiendo la luz del comedor.

Sólo entonces observó Mario la pobreza del mobiliaje, a pesar del trozo de alfombra puesto al pe-

del sofacito de Viena. Y se alegró de ello, suponiendo que esa penuria facilitaría sus planes.

No le importaba gran cosa no haber visto a Matilde. Hallaría pretextos para volver, y alguna mentira para salir airoso de la promesa hecha a don Pedro.

Media hora después que se marchó, llegó Laura y a los pocos minutos, Matilde.

Sin haberse convenido, las dos quisieron, por distintas razones, estar ausentes durante la visita. Laura pasó todo el tiempo en su escuela de labores, adelantando un bordado; y Matilde, se retiró en la iglesia cercana, silenciosa y fresca, a donde sólo llegaba el arrullo de las palomas de la torre.

Cuando cerraron la iglesia, se fué a vagar por la calles de Beigrano, entristecida, pero resuelta a no alejarse del amor de su novio, que había de salvarla de la tentación.

No le hizo bien aquel paseo por entre quintas, y palacetes senoriales.

Ella amaba el tumulto de la gran ciudad. Era su hija adoptiva. Todo lo que allí veía incendiaba su sangre con ambiciones de lujo y de fiestas.

Y tendría, antes de un mes, que dejarlo todo, para ir, con su marido a sepultar su juventud y su belleza en un pueblito dormido en la orilla de un riacho.

Ella misma acababa de quemar sus naves, fijando la fecha. El día anterior se lo comunicó a Velarde,

el secretario, para que con tiempo se buscara otra empleada. Pensó que la sucedería en su puesto aquella Liana Fraser, que una vez encontró allí, y le tuvo envidia...

Cuando volvió a su casa, misia Presentación la reprendió por la demora, como lo hiciera con Laura.

—Ya se fué Burgueño; nos ha hecho una larga visita; es un mozo muy fino.

—¡No venía por mí! — contestó excusándose; pero al entrar en su cuarto, se encontró con Laura, que en voz baja, como resentida, le dijo:

—¿Jurarías que ha venido por mí?

Matilde se encogió de hombros, y no habló durante toda la comida, ni siquiera con Link.

Pasaron varios días. Se aproximaba el plazo del casamiento. La escuelita de Laura se había cerrado, con lo cual la joven podía emplear algunas horas al día en preparar a las chicuelas del barrio para la primera comunión de la Navidad.

Pronto empezarían también las vacaciones de Matilde, pero antes se despediría de su colegio para no volver.

—¿Por qué no te lo traes a Burgueño el domingo? — insinuó a Pulgarcito, misia Presentación, cuyas simpatías se ganara el mozo con su descubrimiento del perfil. Don Pedro también lo echaba de menos, ansioso por tener noticias de la inspección de cinematógrafos. — Lo invitas a almorzar,

y le anuncias que tendremos unas empanadas de chuparse los dedos.

Y para justificar su insinuación agregó:

—¿Has visto qué tristona anda esa niña?

Pulgarcito se alarmó de que su madre pudiese haber advertido lo mismo que él, y preguntó:

—¿Quién? ¿Matilde?

—No hijo, Laura... Matilde no tiene por qué estar triste. Sin embargo, no la noto muy garifa.

¿Me vas a guardar el secreto, Pulgarcito? Sabes que alguna vez he creído que más feliz con Link habría sido Laura. La otra es más ambiciosa; se ha apegado a la ciudad, y le costará habituarse al campo.

—¡Imaginaciones tuyas, mamá! El gringo Link es una monada. Está enamorada hasta la raíz del pelo. Matilde va a ser muy feliz con él. Y acabará por instalarlo en Buenos Aires.

Pulgarcito, tenía un gran programa para el domingo, si Bistolfi le prestaba su auto.

—Yo te lo traeré a Burgueño mamá; no se lo anuncies a las muchachas, para que no le disparen, como la otra vez.

Misia Presentación corrió a prevenir a Saturnina.

—Para el domingo haceme unas empanadas, como las del ministro.

—¡Tanto que sirvieron! — contestó la negra chupando su cigarro de chala.

—Estas van a servir, si le caen en gracia al invitado, y quiere repertirlas todos los domingos.

—¿Hay moros en la costa, niña?

—Guárdame el secreto, negra.

¡Qué había de guardarlo! En cuanto Laura, una hora después, se puso a tender al sol unas prendas de ropa recién lavadas, Saturnina se le acercó haciéndole morisquetas.

—¡Vaya con tu lengüita de trapo! ¿Ya no sabés contarme lo que pasa, Laurita?

—¿Qué pasa, negra?

—¡Hacete la encandilada! ¡qué ojos estás abriendo! ¿No tenemos invitados el domingo?

—¡Qué sé yo la gente que invitan otros! — exclamó Laura sospechando de quién se trataba.

—¿No sabés que viene el mocito de la vez pasada?

—¡Que venga! ¡no es asunto mío!

—¡Ha de venir por mí!

—De veras, negra, yo no sé por quién viene; — contestó con más suavidad la muchacha, dejando la ropa y mirando a Saturnina. — Si yo he cambiado diez palabras con él, será mucho.

La negra meneó la cabeza, y se puso a ayudarla.

—¡Ha de venir por mí! — repitió Saturnina, resentida de aquellos tapujos.

Laura subió hasta el cuartito de Link, a arreglarlo, y se halló con Matilde, que desde hacía algún tiempo realizaba con más puntualidad la tarea.

Se miraron las dos, sorprendidas; y Laura habló desde el umbral:

—¿Quieres darme el florero?

Su frase no tenía ninguna escondida intención, pero Matilde se recostó contra la mesa, y cruzando las manos, dijo calmamente:

—¿Por qué no quieres que lo llene yo?

—¿Ah, lo vas a llenar?

—¿Te llama la atención? ¿será acaso la primera vez?

—Ya sé, ya sé; — respondió Laura con indiferencia, queriendo aplacar la repentina irritación de su hermana. — ni es la primera vez, ni será la última, me imagino...

Matilde no habría tenido celos de otra mujer; pero la exasperaba que Laura se interesase por su novio. Todo se le antojaba un mudo reproche de su conducta y una alusión a sus graves secretos.

Respondió con acritud:

—¿Quieres que sea la última vez? ¿quieres ser tú en adelante la que tenga el derecho de traerle flores a Carlos?

—¿De traerle flores?, repitió Laura, sin comprender.

—¿Quieres que te lo deje? ¡Has de haber creído que no he notado lo mucho que te gusta!

Fué un golpe certero, que hirió a Laura en su escondido sentimiento.

Se puso colorada, y no atinó a contestar una palabra.

Bajó la escalera, y como se hallara con su madre, que la miraba maliciosamente, sintió deseos de desquitarse y le preguntó:

—¿Es cierto que el domingo vendrá Mario Burgueño?

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Saturnina!

—¡Negra canalla! ¡estómago resfriado! — vociferó misia Presentación, mirando a la cocina, donde la negra corrió a meterse.

—¿Qué tiene de malo eso, mamá? ¿Le has advertido a Matilde que él viene?

—¿Por qué a Matilde? — dijo misia Presentación sorprendida del tono en que la interrogaban.

—Porque a ella le interesa la visita.

—¿Más que a tí?

—¡Infinitamente más! ¡Es raro que no lo hayas adivinado!

Desde arriba, Matilde alcanzó a oír su nombre, y se quedó temblando, al notar que Laura se reía con una risa forzada y maligna, extraña en ella, como si sus palabras la hubieran sacado de quicio.

Misia Presentación permaneció confundida un momento, y luego fué a consultar el caso con don Pedro.

—¡Pedro!

—¿Mujer?

—¿Estás muy ocupado?

—Sí, sí; estoy escribiendo a mi sastre.

Al liquidar sus asuntos para venirse de Santa Fe, había dejado por cobrar un préstamo, hecho años atrás a su sastre.

—Se lo pagaré con ropa, — le dijo el modesto industrial, y don Pedro aceptó.

Cada año le encargaba un traje, a cuenta de aquel piquillo, y le trasmitía prolijas instrucciones.

“He engordado; — le decía en la carta del año anterior — aumente, pues, cuatro dedos a la cintura, y démeles una cuarta más a las sentaderas. Los pantalones se usan acampanados, pero no exagere mucho eso ni el talle, porque no quiero parecer un *niño fifí*, como aquí dicen”.

El sastre interpretaba con la ayuda de Dios, las indicaciones de don Pedro, y tras un par de meses de concienzuda labor, le mandaba una inverosímil hopalanda, que hacía reír a carcajadas a Pulgarcito.

Era el caso que ahora don Pedro había enflaquecido, y tenía que calcular cuánto.

—¿Qué te parece, Presentación? ¿De dónde me he descarnado más?

Misia Presentación lo palpó minuciosamente y le aseguró que de la cintura para abajo estaba tal cual, pero que la barriga se le había bajado cosa de un jeme.

Don Pedro apuntó el dato y se dispuso a proseguir su carta.

—¡No, no! deja eso. Escúchame; esto es más importante. ¿A que no has caído en que Mario Burgueño puede no venir por Laura sino por Matilde?

Don Pedro se subió los anteojos hasta la frente, y miró a su mujer, mordiscando la punta de la lapicera.

—No se me hubiera ocurrido, lo confieso... ¿Pero eso te aflige mucho, mujer?

Misia Presentación meneó la cabeza.

—No es que me aflija; pero es bueno saberlo para no hacer una plancha. Lo he convidado para el domingo. Tendremos empanadas.

—¡Empanadas! — repitió don Pedro con deleite. Volvió a bajarse los anteojos, y dijo como final de la consulta.

—Yo no he de contrariar los gustos de mis hijas. Ese mozo es una perla. Que venga por una o que venga por la otra, ellas tienen la palabra. En Norte América las costumbres son así; a lo menos eso cuentan los que han viajado.

Y prosiguió su carta al sastre:

“De la cintura para abajo estoy tal cual; pero la barriga se me ha desinflado cosa de un jeme...”

X

Vanidad

De su antiguo esplendor financiero, quedábanle a Fraser algunas deudas, que iba empujando, como Sísifo su piedra, de trimestre en trimestre, a través de los bancos, amortizando un piquillo, o tapándola con ayuda de algún camarada, para volver a cavar el mismo hoyo, eternamente renovado.

Podía haberse echado a muerto, dejando que lo ejecutaran, puesto que su pobreza lo hacía invulnerable; mas halagábale conservar aquel resto de grandeza.

—“El que tiene deudas, no es un cualquiera. Dime lo que debes y te diré quién eres. No te consideran por lo que posees, sino por lo que debes. Más interesante que la salud del que tiene un millón, es para un banco, la salud del que le debe medio millón”.

Habría perdido el derecho a usar de estos aforismos, si hubiera dejado de cultivar aquella letra, que un día, peloteada de gerente a gerente, fué a caer en una sucursal de Belgrano.

Un incendio que arrasó media manzana, redujo a pavesas el banco, sus libros y sus cajas, ante la expectativa de sus deudores, que esperaban sacar del fuego sus nombres limpios, como la piel de Naaman después de bañarse en el río de Israel.

Fraser renunció a sus aforismos y deseó que su letra fuera más combustible que el fénix, y no renaciera de sus cenizas.

Por esos días aliviáronse sus preocupaciones, al saber que *monsieur* Seguin y su mujer habían partido para Norte América. Experimentó la alegría de haber rescatado a Liana, y volvió a interesarse por los asuntos de Mario, y de aquella muchacha a quien a menudo veía en el colegio.

Amaneció el domingo con deseos de ir a Belgrano, donde todavía humeaban los escombros del banco, y donde quizás podría averiguar la suerte definitiva de su letra, y descubrir las intenciones de su antiguo pupilo.

Esa mañana, representantes de la justicia, habilitando horas, para satisfacer la ansiedad pública, desenterraron la gran caja del banco, y procedieron a su apertura.

Fraser, en primera fila, entre los testigos, veía aparecer los documentos achicharrados, en fajos mensuales. No bien les daba aire, cada montoncito se pulverizaba en cenizas, entre los aplausos de los concurrentes...

Sólo una cartera de cuero con todo un trimes-

tre de pagarés habíase escapado de una total carbonización.

—Aquí hay algo que sirve, — dijo el juez que actuaba.

—Es mi trimestre, — murmuró Fraser asustado.

Media hora después estaba en casa de Mario ponderándole la profundidad de su aventura.

—La he errado por ocho días. Hasta el gerente se lamentaba de que mi vencimiento no hubiese caído una semana antes. Pero en aquella cartera estaba mi papel. Como los niños de Babilonia, envueltos por el fuego, resurgía sano y salvo. Se había quemado lo superfluo, las márgenes blancas, los adornos, el gorro frigio de un escudo nacional. Intacta la fecha, la cantidad y la firma. ¡Más vale así!

Mario escuchaba a su amigo sin mayor interés, desde la cama, donde fuera sorprendido. Y Fraser hablaba de su letra, como podía hablar de cualquier otra cosa, tanteando el camino para abordar tema de mayor importancia.

No pudo, por fin, contenerse, y le hizo bruscamente la pregunta:

—¿Has desistido de tu viaje a Europa?

—No hallé pasajes, cuando los busqué; y ahora no tengo ganas...

—¿Te habrás enredado en alguna aventura?

—¡Siempre bien pensado!

—Ya lo dijo alguien: piensa mal y acertarás.

—Pues conmiga no acierta...

—Me alegro; — respondió Fraser, sin convicción — me gustan los hombres que sin huír de las ocasiones, se mantienen en los buenos propósitos. Pero, francamente, no sospechaba tanta firmeza de voluntad en un buen mozo como tú.

Mario se dió vuelta en la cama, reteniendo una grosería a duras penas.

Fraser no quiso advertir su ademán descomedido, y prosiguió.

—Liana me encargó que te invitara a almorzar.

—¿Para cuándo? — preguntó con alarma el joven.

—Para hoy.. ¿tienes algún compromiso?

Mario tartamudeó una excusa.

—No... y sí... es decir...

—¿Sí o no?

—No es propiamente un compromiso...

—Pero se le parece. ¿Vas a almorzar con *ella*?

—Con *ella*, no, con *ellos* — replicó Mario incorporándose. ¿Para qué tanto disimulo? ¿quién podía tomarle cuentas de sus acciones?

—No comprendo... ¿Quiénes son ellos?

—Pulgarcito, su papá, su mamá, sus hermanitas y el novio de una de ellas...

—¡Toda la familia! Por lo visto, entras en su casa con todos los honores... *coram populo*. ¿Como novio? ¿de cuál?

—¡No, no!

—¿Como amante? ¿de cuál?

Fraser hizo las dos preguntas en el mismo tono, indiferente, apagado, y no obstante Mario percibió un zumbido de malicia en la voz.

—Ni como amante, ni como novio... como amigo de la casa...

—¿Algo? ¿de los viejos? ¿de Pulgarcito? ¿de las muchachas? ¡cómo te divertirás!

Mario comenzó a vestirse, lamentando interiormente haber hablado de más. Al cabo de un rato de silencio, se acercó a Fraser, que parecía absorbido en la persecución de una mosca pesada, y le dijo, poniéndole la mano sobre el hombro:

—Piense bien y acertará. Yo soy un hombre de honor...

—¿Sí, eh? — hizo Fraser con un gruñido, sin abandonar su mosca. La cara de Mario se inflamó de indignación.

—¡Un hombre de honor! — repitió con fuerza.

—Pero hijo mío, el honor es un prejuicio como las ideas morales o las ideas religiosas. ¿Dónde has visto el honor en la historia natural? No te ha faltado valor para declarar que no crees en Dios, ni en la moral fundada en su idea ¿por qué te falta para declarar que no crees en el honor? ¡Animo! y dí con lealtad y frescura: soy ateo, soy amoral y soy un bribón...

Fraser había abandonado la mosca, pero dijo esto con olímpica frialdad, como si no atribuyera a sus palabras ninguna trascendencia.

Mario se puso a silbar tratando de reírse, pero sin lograr disimular su fastidio.

Se envolvió en una toalla turca y se fué al cuarto de baño.

Cuando desapareció de su presencia, cambió la expresión displicente de Fraser; su rostro se ensombreció, y pasó un cuarto de hora, con los ojos entrecerrados, mirando un rincón de la pieza, sin ver otra cosa que la imagen de aquella jovencita a quien su indiscreta admiración había lanzado a una deplorable aventura.

Sin esperar a Mario, se fué al comedor, eligió unos cigarros, y se marchó.

Paso a paso, dos horas después, bajo la arca da umbrosa de su calle de tipas, gozando del día radiante y perfumado, se dirigió Mario a casa de don Pedro de Garay.

Por ser domingo era mayor el silencio de la ciudad, y se difundía alegremente el repicar de las campanas de aquella iglesia, donde ya dos veces había hallado él a Matilde.

Debía celebrarse una función, porque salían bocanadas de incienso por la gótica puerta.

Mario se detuvo en la esquina; tenía que esperar algunos minutos, si debía llegar a la hora anunciada.

Desde allí alcanzaba a divisar la puertecita de hierro de la casa de los Garay, como un hueco

abierto a escuadra en la gruesa y fresca pared de ligustros, recién podados, quizás en su honor.

Imaginábase Mario los ahogos de misia Presentación arreglando la casa y acomodando la mesa y talando el jardín, para llenar de flores todas las vasijas disponibles y atenuar en su visitante la impresión de pobreza.

Y oía su voz aguda repitiéndole para que no lo olvidara: "Yo soy Troncoso y él es Garay, de los fundadores de Santa Fe". Y veía a don Pedro, crédulo y bonachón, mirándolo con ojos de suegro, y recordándole discretamente su promesa de una inspección de cinematógrafos: "Los cinematógrafos son muy instructivos; pero hay que controlarlos. Debería dictarse una ley..." Y don Pedro exponía sus ideas acerca del punto, imaginándose que esas leyes existían ya en Inglaterra y en Estados Unidos.

—¡Pobres gentes ilusas! — se dijo Mario con perversa compasión.

Vió en ese instante que alguien salía de la casa, y reconoció a Link.

Siguió el estudiante la calle de la estación, mirando el reloj. Mario le salió al encuentro, con la mano extendida, y una sonrisa amistosa, que pareció alegrarlo, porque sus ojos claros chispearon detrás de los gruesos cristales.

—Voy a tomar el tren — dijo Link, sacudiendo vigorosamente la mano de Burgueño. — Allí lo es-

peran ya. Qué lástima no poder quedarme. Pero tengo un enfermo grave, y me acaban de llamar...

—¡Caramba! ¡lástima, de veras! — exclamó Mario esforzándose en disimular su regocijo.

—Otro día será... Porque usted vendrá con más frecuencia ¿no es cierto? . . . ¡Adiós!

Link se alejó corriendo y mirando el reloj, y Mario fué a llamar a la puerta de don Pedro de Garay.

Salió a abrirle la chicuela Virginia, que aún no la conocía:

—¿Qué se le ofrece, niño?

Desde el fondo de la casa pudo verlo misia Presentación, que gritó a la criatura:

—¡Déjalo pasar! ¡avísale a Pedro!

Se oyó un ruido de puertas que se golpeaban; se divisó la silueta de la dueña de casa, que cruzó como una exhalación, restregándose las manos en un repasador, y apareció primero que todos Matilde, pálida, confusa, incapaz de articular un saludo.

—¿Por qué se asusta así, Matilde? — le dijo él confidencialmente, dándole la mano con un ademán distinguido y cordial, que lo hacía muy simpático.

—¿Por qué ha venido? — le contestó ella, con expresión de angustia; y él oyéndola se alegró en sus entrañas, pues la queja era una confesión de debilidad.

Matilde dominó sus impresiones, y no bien apa-

reció don Pedro, abanicándose con el diario la faz sudorosa, los dejó a los dos y se metió en su cuarto. Frente a un espejo se puso a alisarse el peinado. Sin darse vuelta, vió reflejados en el cristal los ojos de Laura, solícitos y tiernos, como si adivinara que debía en ese instante deponer todo resentimiento, y aproximarse a su pobre hermana que corría un gran peligro.

—¿Buscabas algo, Matilde? ¿Qué quieres?

Pero Matilde no sintió gratitud por el afecto con que Laura la habló.

Al contrario, se le antojó que la perseguía y la afrentaba con sus sospechas, y se volvió furiosa a ella:

—¿Me estás espiando? ¿no puedo ni peinarme sin que te parezca mal?

Laura se mordió los labios.

—No hay cosa bien dicha, cuando es mal recibida, — replicó suavemente.

—¡Tienes el don de la oportunidad! — contestó con sarcasmo la otra.

—¿Por qué? ¿Acaso puedo adivinar que estás irritada o nerviosa? Si te ha molestado mi pregunta, no es culpa mía.

—¿De quién entonces?

—¡Tuya, hija, tuya! Si no te hablase te exasperaría mi silencio. Esa es la verdad; ¡explícatela como puedas!

Con esto Laura salió, sintiendo que su madre la llamaba.

—¡Niñas, vengan!

Burgueño la saludó amablemente, no pareciendo observar la reserva con que ella acogía sus palabras.

Le habían puesto una silla hamaca en la galería, sombreada por los rosales; y don Pedro alzaba la voz cuanto podía, para que él no advirtiese las andanzas de la cocinera, que a cada rato venía a comunicar el estado de las empanadas.

—Ya parece que están, ¡niña — anunció por fin.

—¡Gracias a Dios! — exclamó la dueña de casa — ¿quieren que nos sentemos a la mesa?

El comedor estaba fresco, pues desde temprano habían cerrado sus puertas para guardar el aire matinal; y la semioscuridad reinante, disimulaba la evidente pobreza del aparador de pino-tea, con sus hileras de tazas desorejadas, los infaltables cuadros representando el sempiterno asunto de la liebre cabeza abajo, de la fuente desbordante de frutas tropicales, de la sandía partida en tajadas.

Don Pedro admiraba sus cuadros. Encontrábalos “muy sencillos”, y aunque él no supiera a punto fijo qué debía entender por “sencillez” en materia artística, pensaba que era de buen gusto mostrarse aficionado a ella.

Hicieron sentar a Mario en la cabecera, poniendo a Laura a su derecha y a Matilde a su izquierda.

—Pulgarcito no tardará — dijo don Pedro, consultando un reloj de níquel, encerrado en el apagador. Ha ido a preparar el auto de Bistolfi para un paseo al Tigre...

—¡Qué muchacho! Ya lo maneja como si fuese propio.

—¿A quién, a Bistolfi?

Todos se echaron a reír de la inocente pregunta de Burgueño, que en el fondo sentíase contrariado por la seriedad de las dos muchachas. Parecíale que estaban entendidas con respecto a él, o por lo menos que se desconfiaban mutuamente, y ninguna quería demostrarle interés.

Tal actitud sorprendía a misia Presentación. No pudo más, y llamó a Laura y le dijo al oído:

—¡Vaya unos modales para atraer novio!

—Mamá, no podemos repartirlo entre las dos,— contestó la joven, saliendo del comedor, impaciente y avergonzada. ¿Cómo su madre no veía lo que iba a pasar? ¿Cómo Link tampoco lo advertía? ¡Ah! no era digna su hermana del corazón sin doblez que el destino le confió. ¿Pero debía ella revelar a Link la traición que iba amontonándose sobre su cabeza? ¿No creería el mozo que lo hacía para ganar su confianza, tal vez su amor?

En cuanto a su madre, no había que pensar. La llamaría envidiosa, y jamás creería que una criatura del temple de Matilde, podría ponerse en peligro. Por el contrario, se alegraría de saber fijamente a quién festejaba Mario.

—¿Qué anda haciendo la hijita? — le preguntó Saturnina. — ¿Por qué se ha salido del comedor? Se le va a resentir el mozo y no va a venir más...

Laura se encogió de hombros.

—¿Quién te ha dicho que él viene por mí? ¡ni por ella! — agregó para que la curiosa mujer no hallase en sus palabras una delación. — Viene porque es amigo de papá y de Pulgarcito...

—La inocencia te valga, hija. ¿Conque viene por tu padre o por tu hermano?...

Llegó Virginia con una fuente:

—Manda a decir la señora que le guarde la comida calientita al niño Pulgarcito, que va a tardar un poco.

Laura volvió al comedor. De la primera ojeada advirtió un cambio de expresión en Matilde. Esta-ba más risueña y respondía a media voz a Bur-gueño.

—¿No les parece que está muy oscuro? — dijo misia Presentación, levantándose a ensanchar la rendija de la ventana.

Mario recibía de Matilde un plato, y halló manera de oprimirle los dedos. Matilde se puso colorada, y como la luz diera en su rostro, aumentó su confusión.

—¡Criatura, estás punzó! — exclamó su madre.

—Has de tener los pies fríos — manifestó don Pedro. — La circulación de la sangre se hace mal cuando uno se alimenta. Ahí ha venido un sabio

francés a dar unas conferencias en la Universidad. Yo no he ido a oírlo; no tengo tiempo; pero he visto que trata de la circulación de la sangre y del abuso del corsé...

Sintióse el estrépito de un automóvil que se detenía a la puerta. Todos prestaron oídos. Calló el motor, y luego resonaron las voces alegres de Bistolfi y Mariana. Los dos y tras ellos Pulgarcito, con cara de inocente, entraron quejándose del calor.

—¡Tanto bueno por aquí, señor conde! — exclamó misia Presentación, encantada de que llegasen en tal oportunidad.

Aunque la sorprendía un poco la visita, pues sólo de tarde en tarde los Bistolfi se detenían a su puerta, para preguntar cómo seguía don Pedro.

El antiguo esgrimista resoplaba como una foca.

—No sé cómo se le ha ocurrido a Marianita que ha de dar un paseo hasta el Tigre, en plena siesta, y con la capota baja...

—Es claro... con la capota baja... para probar un medidor de velocidades nuevo, y ver cuánto corre el auto manejado por Pulgarcito... — manifestó candorosamente Mariana.

—¡Es tentar al cielo! — observó Misia Presentación. — Se les van a derretir los sesos, con este sol de justicia.

—¡Sí!... ¿no es verdad? — dijo Bistolfi, congestionado como un cangrejo cocido. — Lo que es yo...

—Bueno, porque tú eres propenso a la apoplejía, Pílates, — explicó Mariana.

—Sí, sí, desgraciadamente...

—Pero yo no soy sanguínea, como tú.

—Es verdad...

—Por qué no te quedas aquí, con estos buenos amigos.

Don Pílates la miró sorprendido; se atusó el ralo bigote, se bebió un vaso de agua que le trajo la negrita y dijo:

—¿Pero es forzoso probar el medidor a la siesta?

—Sí, porque a la siesta hay menos tráfico...

El pobre conde, que no tenía los conocimientos deportivos de su hermosa consorte, no halló qué contestar; y Mariana tomó su silencio como una aprobación, y se dirigió a las muchachas:

—¿Ustedes nos van a acompañar, no es cierto?

—Sí, sí, — exclamó alegremente misia Presentación; — no diga que no, Mario.

—No, señora, no digo que no; usted manda y yo obedezco, — respondió Mario, agradecido al travieso ingenio de Pulgarcito y de la Bistolfi, que habían hallado el pretexto del nuevo medidor para deshacerse del esgrimista.

—¡Yo no quiero complicarme la vida! — murmuró éste resentido; — ¡yo no voy!

Laura sacudía la cabeza.

—¿Y tú no vas? — preguntó Pulgarcito, con un resplandor alegre en la mirada.

—No.

—¿Por qué?

—No puedo faltar a la doctrina; dentro de seis días será la Navidad y harán la primera comunión los chicos del barrio. Muchos todavía no saben persignarse.

Matilde miraba el mantel, sin decir palabra. Parecíale que todos sentían los golpes de su corazón alterado...

El intenso rubor había desaparecido de su rostro. Estaba pálida, esperando y temiendo la resolución de los demás.

No se atrevía a negarse. Una fuerza tiránica doblegaba su voluntad, y la arrebatava como un huracán. Era una traición a su novio aquel paseo; y no habría aceptado si hubiera alzado la vista, y leído en los ojos de su hermana la advertencia y el reproche: "¿A dónde vas, pobre criatura? Yo no puedo denunciarte; no quiero perder tu cariño; pero sé cuerda y leal con el que te quiere... ¡no vayas!"

Pero Matilde no la miró, y sin decir palabra, como si obedeciera al destino, corrió a su cuarto y se puso el sombrero de paja, con jazmines, que a Mario le gustaba.

Había concluido el almuerzo y ninguno de los cuatro paseantes tenía deseos de perder un minuto.

Rugió de nuevo el motor accionado por Pulgarcito, que llevaría la dirección. A su lado sen-

tóse Mariana y en el asiento de atrás, Matilde y Burgueño.

—¡Que les vaya bien! — gritó misia Presentación.

El auto arrancó entre la gritería de unos pilluelos, y segundos después, a toda máquina corría por la avenida, camino del Tigre, envuelto en nubes de polvo.

Pulgarcito iba absorto en la maniobra y la Bisolfi se reía de su ceño fruncido.

Mario miró a su compañera, pálida de emoción, casi a punto de llorar, y tomándole la mano fría, le dijo con infinita dulzura:

—¡No tenga miedo de mí!

No tenía miedo de él, tenía miedo de ella... Veía claramente como escrito en la pantalla de un biógrafo, todo lo que podía ocurrir, la momentánea ilusión, el amor triunfante, el hastío, el arrepentimiento, la vida amarga para siempre.

El roce del mundo, la ardiente vorágine de la calle, donde exponía a diario su impresionante hermosura, le había dado una cruel experiencia. Sabía cómo empezaba la tentación de ser amada y de tener en su mano el corazón y la fortuna de un hombre; y sabía también hacia dónde caía esa pendiente.

¡Ay! pero tenía miedo de olvidarse de ello; tenía miedo de creer en las palabras de Mario, y tenía miedo de que el amor vendara sus ojos.

—¡Volvamos a casa! — exclamó de repente.

Mario adivinó sus sentimientos. Le soltó la mano y empezó a hablarle de asuntos ligeros que la hicieron reír y la tranquilizaron.

—¡Hace calor! — observó la Bistolfi, volviéndose a ellos — ¿no les parece que debemos alzar la capota? ¡pero, por Dios, no se lo cuenten a Pí-lades!

—Si yo hubiera sospechado que usted acabaría por pedir sombra, habría insistido en que viniera el señor conde; — dijo Pulgarcito, muy seriamente, apeándose, para realizar los deseos de Mariana. — ¡Un paseo tan precioso el que ha perdido!

Mariana estalló en carcajadas.

—¡El pobre! ¡allá se estará abanicando con el diario de don Pedro, a la sombra del parral!

Aquella alusión a las costumbres de su casa hirió a Matilde. Por desquitarse de esos alfilerazos, por mostrar a otras mujeres, el prestigio de su hermosura, habría querido que la amase un hombre rico y de la buena sociedad.

Cuando, minutos después, reanudaba la carrera, se volvió la Bistolfi a hacerles una recomendación y sorprendió el embeleso de Mario ante Matilde; ésta se ruborizó intensamente, pero experimentó un halago sutilísimo en su vanidad.

“¡Vanidad de vanidades! Mejor es la tristeza que la risa, porque con la tristeza se enmienda el corazón”.

El más sabio de los hombres declaró esta amarga sentencia, que la pobre muchacha, aprendería en el dolor...

Tarde ya, regresó fatigada de la aventura, sin atreverse a afrontar los ojos entristecidos de su novio.

Se acostó en seguida y volvió la cara hacia la pared, para que no la interrogasen y se durmió.

Y como no rezó sus oraciones, a la media noche se despertó acongojada, con miedo de hundirse en las profundidades del sueño, sin que la acompañara su ángel.

Y mientras dormían los otros, ella se puso a rezar, sentada en la cama, con las manos juntas sobre el pecho.

Ya tenía el corazón lleno de hiel y de amor, y sus labios no acertaban con las palabras del rezo.

En la sombra se diseñaba la línea blanca y suavísima de su espalda, y sus cabellos de oro parecían arder bajo un rayo de luna, que entraba del patio.

Misia Presentación, en medio de su ingenuidad, había tenido un tardío golpe de luz, y quedó intranquila ante el mutismo de su hija. No pudiendo conciliar el sueño, se levantó de puntillas y se llegó hasta el cuarto de las muchachas y se aproximó sin ruido al lecho de Matilde.

—¿Rezas, hijita? ¿estás desvelada? ¿estás triste?

La joven no respondió; se acostó de nuevo y se tapó la cara.

XI

El refugio

La víspera de Navidad hallóse Matilde con Noemí en el andén de la estación.

En todos los puestos de flores se vendían ramos de jazmines, y una ola de fragancia envolvía la ciudad.

—¡A diez los ramos! — gritaba la muchachita, ofreciendo sus flores. Al ver a Matilde, se calló, la saludó con seriedad y la dejó pasar sin hablarla.

Matilde se volvió extrañada.

—Ya hace días que no me das flores, Noemí.

—No eran más las que le daba, — contestó la chicuela, desviando la mirada.

—¿Entonces ya nadie te da flores para mí?

—Yo no quiero recibirlas.

—¿Por qué?

—Porque no está bien.

—¡Ah! — exclamó sonriendo la joven — ¿vas a hacer la primera comunión mañana?

—Sí.

—¿Y estás arrepentida de haberme entregado algunas violetas de parte de un mozo?

—Sí — respondió la niña.

—Eso no es pecado.

—Sí, sí es; porque usted tiene otro novio...

Matilde se echó a reír. En el fondo su risa era triste. Acusábase de haber turbado el alma de Noemí, aceptando su mediación en su culpable amorío.

Se agachó y la besó en la frente.

—Ahora te peñas mejor; es señal de que eres buena. ¡Dios te bendiga, Noemí!

Se alejó y tomó el tren.

En la iglesia de San Francisco, donde ningún padre la conocía, se confesó, para acompañar a la mañana siguiente a Virginia y a Noemí, que con otros chicuelos del catecismo, harían la primera comunión.

En todas las panaderías se horneaba el clásico pan de Navidad. Sentíase en las calles su perfume tibio y grato; y advertíase en las gentes una espontánea y saludable alegría.

El nacimiento de Cristo redimía las almas, aun las alejadas de él, por un día siquiera, de la mortal tristeza del mundo.

Esa noche llovió, lluvia ligera que lavó las hojas del rosal y refrescó el jardín.

Cuando el alba fiel acudió a la ventana de Matilde, como a una cita, ella la aguardaba ya, con el corazón aliviado por los buenos propósitos.

Se levantó y se fué a cortar flores para el altar. Aún faltaba mucho para que saliera el sol, pero una nube larga llameaba en el oriente, como una bandera roja, anunciando su triunfo.

Los cirrus, teñidos por la aurora, formaban un palio de rosas sobre la ciudad. Cantaban los gallos. En una huerta vecina sentíase el golpe de un azadón.

Matilde emocionada con la dulzura de esa hora, se asomó por arriba de la pared. Era un jardinero viejo, conocido de ella.

—¡Buenos días! — le dijo alegremente. — ¡Hoy no se trabaja! Ha nacido el Niño, y hay que adorarlo...

El hombre suspendió su tarea y respondió:

—Es verdad, — y se fué a guardar la azada.

De la tierra negra recién removida, se alzaba un aliento blanquecino.

Laura que en los últimos días tuvo mucho trabajo con los chicos de la doctrina, se despertó después que su hermana y se alegró de hallarla cortando flores.

No la habló, porque Matilde recibía mal sus palabras; se limitó a saludarla con una sonrisa, y la ganó con eso.

Matilde le entregó su brazada de rosas y la besó tiernamente.

—¿Vas a comulgar?—le preguntó Laura, adivinando que el motivo de su alegría era la paz de su conciencia, y su hermana le contestó que sí, escondiendo los ojos.

Saturnina no sacó esa mañana su brasero para cebarse mates en la veredita de la cocina, porque también ella quería acompañar a su sobrina. Salió ésta al sentir voces, medio dormida aún, pero resplandeciente de ilusión, por vestir el traje de tul blanco y ponerse la corona de rositas que Laura le confeccionara.

La vistieron en medio del patio las dos muchachas, mientras Saturnina, con sonrisa maternal, asistía a la transformación de la criatura.

Ataviada con la inmaculada vestidura, parecía una mosca en la leche.

—¡Jesús, criatura, que estás negra!—exclamó desconsolada Matilde.

Virginia pareció entristecerse y Saturnina estiró la jeta con desdén, y canturreó volviendo la espalda:

—San Benito es negro,
Negro en su color;
Pero en sus acciones
Más blanco que el sol.

Con ésto se rió la chica.

Misia Presentación también iría con ellas. Solamente los hombres de la casa, don Pedro y Pulgarcito, que eran espíritus fuertes, asistían con benevolente ironía a los preparativos de la primera comunión.

De Link nada sabían; pero cuando lo vieron salir muy temprano, sin desayunarse, imagináron-

se que iría a la iglesia a prepararse, para acompañar a su novia, con sencillez y amor, en el sagrado banquete.

Noemí sí que estaba linda, con su vestido blanco, obra también de las manos diligentes de Laura. Esta la había adoptado, y cada tarde separábase de ella con angustia, pensando cómo se la devolvería a la mañana siguiente el sórdido conventillo en que vivía con una tía vieja. Tenía los ojos azules, con las pupilas muy negras, y tan encendido el color, que siempre parecía que llegaba corriendo. Por debajo del tul se escapaban mechones de su cabellera indomable, de un rubio obscuro, que con los años ennegrecería.

Matilde le había comprado un librito de misa y aunque no sabía leer, se entusiasmó con el obsequio. A Virginia le tocó un rosarito de coral.

“¡No comprendéis la comunión! No habéis, pues, visto morir a vuestro padre, ni llegar al altar a vuestra hija!”

Estas palabras que Link había leído en algún libro de apología católica, adquirieron una soberana expresión de verdad ante el conmovedor espectáculo.

En la iglesia sonora, las oraciones de los niños se remontaban como si tuviesen alas.

Por las altas vidrieras entraba la luz en haces de distintos colores, y se recibía la extraña, inefable sensación de que el arco iris llenaba la gótica nave.

No había más riquezas que aquellas doce columnas de granito rosado, y en el altar mayor, la eterna hermosura de la Purísima, entre lirios de bronce.

El techo pintado de azul, sembrado de grandes estrellas amarillas, aparecía luminoso y lejano. Una paloma, que se había entrado por algún resquicio de las vidrieras, aleteaba en el hueco de una ventana, y desde afuera se proyectaba la sombra de otras palomas, que anidaban en la torre.

Cuando los niños se acercaron al comulgatorio, sonó la campana, y la iglesia se llenó de armonías profundas como la caja de un violín.

En dos hileras entraron al fin otros niños, de un colegio de caridad, los varones a un lado, las mujercitas al otro, cantando "¡Al cielo! ¡al cielo!" Dieron una vuelta y salieron llevándose como una nube de incienso el grupo inocente de los primeros comulgantes, y dejando en los corazones con el eco de su voz, la frescura de su alegría.

Don Pedro mirábalo todo, arrinconado, próximo a la puerta. Pero no estaba como el publicano, de rodillas, golpeándose el pecho, sino de pie, admirando lo que él llamaba "el genio del cristianismo", pero compadecido a la vez, desde lo alto de su escepticismo, de la exigua mentalidad de los fieles.

No advirtió por cierto, que una de sus hijas se quedó junto a la baranda del comulgatorio, quieta, con la cara oculta en las manos, como si durmiese

o llorase; y que no se movió ni cuando todos salieron.

Carlos Link la esperó, y como tardase, se animó a llegarse hasta ella y la llamó por su dulce nombre:

—¡Matilde!

La muchacha se estremeció y levantó la cabeza, y Link observó la húmeda huella de un llanto, que él no había causado.

—¿Qué le pasa, Matilde? — le preguntó en voz baja.

—¡No sé! — respondió ella, saliendo. — Nunca he podido asistir a una primera comunión, sin que el corazón se me llene de lágrimas.

El la miró con amor, y le dijo:

—Estas lágrimas son dulces; que no falten nunca en su corazón, Matilde.

Llegaron los dos a su casa cuando ya estaban todos alrededor de la mesa, en que humeaban unas tazas de chocolate. Noemí y Virginia sentáronse juntas en la cabecera.

Don Pedro, oliendo el diario fresco, que todavía no podía leer, porque aún le faltaban dos meses atrasados, dijo.

—No hay duda que el catolicismo es más práctico que el protestantismo. En Inglaterra las iglesias son más frías, no sólo por el clima, sino por la religión protestante. Yo no he estado en Inglaterra, pero algunos amigos que han estado, me han dicho que es así.

Se ató la servilleta como un babero, y se puso a sorber su chocolate.

Apareció Pulgarcito, en mangas de camisa, vistiéndose todavía, y entregó a Link un telegrama.

—No sé quién lo hubiera recibido, — dijo. — si no me hubiese quedado yo a cuidar la casa. Ya ven que también es útil levantarse tarde.

Todos miraron a Link que se había puesto pálido.

—¡Mi padre está muy grave! — exclamó dando el papel a Matilde.

Se fué a su cuarto y ella lo siguió:

—Tengo que irme esta noche; no llegaré antes de pasado mañana...

—Llegará a tiempo, y lo salvará. Su padre es muy fuerte.

—En su vida ha estado enfermo; — explicó él — pero el destino de los sanos es caer del primer golpe.

—Dios no querrá...

El la miraba intensamente.

—¿Quiere que le confíe mi secreto, Matilde?

—Sí...

—He tenido miedo de perderla...

—¿Por qué?

—¿Para qué decirle más? Debe bastarle saber que nunca la he sentido más mía que hoy.

Lo dijo con ingenua pasión, y le tendió los brazos, y Matilde espontáneamente acudió a refugiarse en ellos, como una paloma que se salva en su nido.

XII

¿Te aguardará hasta la vuelta?

Hacía ya un mes que Link estaba en Helvecia, cuidando a su padre.

Podía pensar que había ganado la batalla con la muerte, aunque la traidora pulmonía que acababa de vencer, acechara sus menores descuidos.

Don Carlos salió de su enfermedad encanecido y adusto. Su barba oscura, que antes su mujer redondeaba a tijeretazos, era un matorral gris, que él atusaba con aspereza cuando se impacientaba.

Dolíale haber perdido más de un mes en la cama, él que solamente en día de fiesta conocía el reposo.

No bien se pudo sentar, se caló sus anteojos de arco niquelado,—los de oro para cuando saliera,— y pidió que le trajesen sus herramientas de cerrajero y un fusil que construía en ratos perdidos.

Tenía colgados en la pared un winchester de 18 tiros, y una buena escopeta, mas habíasele

puesto que el ideado por él, y trabajado hasta el último tornillo con sus manos, sería más fuerte y de mayor precisión. Sólo había consentido en utilizar el doble caño de una antigua escopeta inglesa, porque en su taller no era posible construirlo mejor; pero todo el resto era su obra y motivo de admiración para los vecinos del pueblo.

Habría estrenado ya su pesada espingarda, cazando patos o yacarés en la isla, cuyas márgenes verdes veía desde su cama, de no haber sobrevenido aquella enfermedad, que lo ultrajó, como una deshonra de familia, porque era él hombre fuerte por excelencia, y lo obligó a llamar a su hijo, para bendecirlo antes de morir.

Ahora ya no pensaba en la muerte; pero habíase vuelto más dócil a las advertencias de su hijo, premiando así la dedicación con que el joven lo cuidara.

—No me he de morir — decía; — tengo muchas cosas que arreglar. Además, se me ha ocurrido una nueva máquina sembradora de maíz, utilizable también para el maíz y los porotos... Cuando concluya el fusil me pondré a dibujarla.

Carlos pasábase horas enteras junto a su cama, pero carecía de espíritu para entretenerlo. Estaba hondamente preocupado, sin noticias de Buenos Aires, donde tenía el corazón.

Dos cartas recibió al principio, dos cartitas inexpresivas, pero que lo llenaron de gozo, ima-

ginándose que en cada una de sus palabras, se escondía una intención amorosa. Después nada.

Ahora, al releerlas, hallaba que la segunda era más breve y menos espontánea.

Con ninguno de su familia hablaba de su novia.

Su padre, habría querido casarle con alguna muchacha del pueblo. Hombre sin fantasía, sólo gustaba de las realidades a que estaban hechos sus ojos y sus hábitos.

Una joven porteña tendría la cabeza llena de vanidades. Menos mal que de la escogida podía esperarse que se aficionara a las costumbres del campo, ya que su familia era de Santa Rosa. Con todo, lo más seguro habría sido no buscar tan lejos la compañera de su vida.

Una tarde Carlos Link se adormeció en su sillón de mimbre, mientras su padre, entre almohadas, ajustaba con la lima las llaves del fusil. La siesta había sido calurosa, pero el techo de paja era fresco, y a las habitaciones llegaba una brisa endulzada en la sombra del naranjal.

Don Carlos abandonó la lima, con que mordía el metal, y al cesar su chirrido, su hijo abrió los ojos.

—¡Vaya! — quise respetarte el sueño y dejé de trabajar, y ha sido para peor.

—¡Ya no tengo sueño! — exclamó el joven, levantándose; — es demasiado tarde para dormir la siesta. Voy a ir hasta el pueblo.

Distaban del pueblo diez “cuadrados”, curiosa medida longitudinal, usada entre los colonos, lo cual significaba que para ir al pueblo debían recorrer dos chacras cuadradas, que miden por lado 400 metros.

Entró en ese momento doña Celina, su madre, mujer suave y complaciente, que hablaba muy poco. Hizo una seña a su hijo y juntos salieron.

—Las dos parvas de maní de la chacra vieja, están ardiendo, dijo doña Celina.

—No se lo diga a papá.

—¿Qué haremos? Ya está avisado el comisario; dicen que ha sido un malintencionado, por vengarse de tu padre.

En ese momento se oyó a éste que gritaba:

—¡Siento olor a humo! A ver, abran la ventana. ¿A que me han quemado las parvas?

Corrió su hijo y lo halló fuera del lecho, forcejeando con los pasadores de la ventana, para mirar desde allí las parvas en que tenía puesta su ilusión.

—¿No ven? — exclamó alzando los brazos.

La llanura se extendía sin declive ni arruga, hasta los confines del bosque. Dividida en cuadrados, por cercos de alambre, en cuyos postes se posaba inmóvil una vigilante lechuga, se preparaba do-
veces por año, en el otoño y en la primavera, para las sementeras de maní o de maíz, que eran los principales productos de aquellas tierras. Cerca de las casas, había un sandial y una viñita, y a la sombra de los naranjos multitud de colmenas.

Las dos parvas separadas por un trecho muy cor-

to, debían de haberse prendido a la vez. Dos negras columnas de humo ascendían hasta unirse en lo alto, en una sola inmensa nube, que oscurecía el sol. Apenas soplaba un vientecito muy suave, que llevaba el vaho del incendio hacia el monte.

De pronto asomó una lengüecita punzó, por uno de los costados, de una parva, y luego otra y otra, que se escurrieron tímidas e indecisas al principio, y luego ágiles e impetuosas, como si aquél fuese un nidal de serpientes rojas, que buscaban salida.

—¡Ya no hay remedio! — exclamó don Carlos, que presenciaba el espectáculo, agarrado a la verja; y perdió el sentido.

Entre su mujer y su hijo metiéronlo de nuevo en la cama.

Minutos después las dos parvas eran una sola pira.

Carlos Link no pensó ya en ir al pueblo. Su padre no recobró el conocimiento en toda la noche. Le había vuelto la fiebre, y deliraba mezclando sus preocupaciones, el incendio, la creciente que inundaba la isla, donde tenía la hacienda, la suba del maní, que hacía más sensible su pérdida y el casamiento de su hijo.

Hacia el alba se calmó y durmió un rato. Todos se acostaron, menos Carlos, que se adormeció en el sillón.

Su padre lo habló:

—Tenía doscientos quintales de maní, para la fiesta de tu casamiento. Ahora no tengo nada.

Podrás decirle a tu novia que somos pobres, y deberás alegrarte de que te crea.

—¡No hable, papá! ¡le hace mal!

—Si te cree y se entristece, deberás alegrarte; porque no es la mujer que te conviene.

Su hijo le tapó dulcemente la boca, para que no blasfemara de la que había encendido su corazón con un fuego más ardiente que el que consumía sus riquezas.

El viejo tornó a dormirse; pero él se desveló, pensando en su novia.

Había tenido la ilusión de verla dentro de pocos días, pues su padre mejoraba. Ahora que volvía atrás, no sabía cuándo podría partir.

No tenía ánimo para escribirle; ella no le contestaría antes de mucho tiempo, y la queja de él, no le devolvería su amor, si lo había perdido.

No se rebelaba contra la enfermedad, causa de aquel dolor; y estaba dispuesto a quedarse a la cabecera de su padre, todo el tiempo que Dios quisiera.

Sabía que su bondad era su única fuerza, para luchar con sus rivales.

¿Pero quiénes eran éstos?

Apenas conocía la gente con quien se encontraba Matilde. Hábiale oído recordar con elogio a Velarde, el secretario del colegio nacional; y pensó en él; pero una frase de la segunda carta de la joven, le puso en el rastro de la verdad. "Se hacen grandes proyectos para el carnaval. Ire-

mos al baile de máscaras de Carapachay, en Olivós. Mario Burgueño (ha comprado un automóvil y nos llevará a todos”.

Esa noticia era una ilusión de ella; de otro modo no la hubiera transmitido; y contrastaba la alegría de ese párrafo con el tono indiferente de la carta.

Carlos Link se puso de pie, hostigado por la naciente sospecha; y empezó a pasearse, de punta a punta, en la gran pieza, dismantelada, que se llenaba de sombras danzadoras y fantásticas. a los reflejos del incendio.

Se asomaba a la ventana entreabierta, y miraba al campo iluminado y con un gesto de dolor volvía a pasear.

Así estuvo hasta el alba.

El aire delgado y húmedo hizo toser al enfermo. Cerró la ventana, a fin de que la luz azul de la aurora, y los rumores de la gente no lo despertasen.

De cuando en cuando le ponía sobre la frente un trapo mojado, para defender el cerebro de la fiebre y cada dos horas le hacía beber un antitérmico.

Se volvió a sentarse en un sillón, y se durmió profundamente. El día tardó en llegar, porque un espeso nublado del sudeste trajo la lluvia que envolvió la tierra como un cendal amarillo.

Varias veces entró doña Celina, con paso gaituno, pero se contentó con echar una mirada sobre los dos hombres que dormían, y salió.

En su sueño alguna alegría le hizo sonreír, y

la impresión lo recordó. Soñó en efecto, que en el correo de la villa había una carta para él, una carta en un sobrecito perfumado.

Se levantó, refrescó la frente del enfermo renovando el apósito y salió a la galería, desde la cual se divisaba el río gredoso, hinchado por la creciente, y más oscuro bajo el cielo gris, y las islas verdes y esfumadas, detrás de la cortina de la lluvia.

Una canaleta de latón recogía el agua del techo, cubierto de chapas de zinc, y la volcaba por un caño en cuatro tinas, colocadas en los ángulos de la casa.

En las tierras inconsistentes y permeables de la región, no era fácil construir un aljibe ni la obra resultaba duradera; por eso guardaban durante algunos días, el agua de lluvia, más dulce que la de los pozos.

Doña Celina le trajo una taza de café negro.

—¿Vas a salir con esta lluvia, hijo? — le preguntó, viéndolo emponcharse.

—Iré hasta la villa, ¿no hay un caballo? En media hora estaré de vuelta.

No quiso explicar la ilusión que lo llevaba. Su madre apenas le hablaba de su novia, conociendo los reparos que le ponía don Carlos; y el joven no sentía gusto en mencionarla delante de personas que no la querían.

Zacarías, uno de sus hermanos menores, muchacho de diez a doce años, rubio como una mazorca de maíz, trajo un tílbury, y Carlos subió.

Un caballito criollo, acostumbrado a aquellos caminos, arrancó al trote, abriendo con las ruedas un taio limpio y recto en la arena mojada.

—Vas a resfriarte, Zacarías, — dijo al muchacho, que iba en mangas de camisa, defendiéndose apenas de la lluvia con una bolsa doblada en forma de capuchón.

—Ya estoy acostumbrado; — le respondió, haciendo chasquear su fusta, para que el hermano mayor admirase la habilidad con que guiaba el tílbury.

El camino corría por el labio de la barranca, a lo largo de un brazo del río.

En las depresiones del terreno, el agua se desbordaba cubriendo un trecho de la senda, que el caballo recorría imperturbablemente, salpicándose la panza.

—De seguir creciendo así — observó Carlos — pronto no llegaremos al pueblo sino en canoa.

Junto a la orilla se acumulaban los camalotes de hojas aguachentas y verdes, prolongando en apariencias la tierra firme, y hacia el medio, florecían los maíces del agua, plantas maravillosas, que sólo cada lustro abren sus flores, a ras de la superficie, como enormes bandejas redondas, de un metro o más de diámetro, defendidas por terribles espinas.

Aun en la población reinaba el silencio: los carros cargados de bolsas de maní, o atestados de sandías, circulaban sin ruido sobre el limpio y compacto arenal de las calles.

Las calles de la población estaban desiertas y todas las puertas cerradas.

Cada casita, cada rancho, tenía un jardín rústico y frondoso y un naranjal. No se veía un alma, pero en todos los techos ascendía un penachito de humo, que la lluvia desflecaba y desvanecía.

En un almacén vieron gente. Varios colonos jugaban a los naipes, ante una mesita instalada cerca de la puerta. Afirmado contra el marco, de pie sobre el umbral, con el sombrero en los ojos, el saco desprendido, ceñida la cintura por un tirador en que se percibía la culata de un revólver, estaba un paisano, ensimismado y torvo, mirando llover.

Era el comisario.

Carlos Link lo saludó, y él gruñó unos buenos días y le hizo señal de acercarse. Zacarías enderezó el tilbury, hasta rozar el cordón de la vereda.

—¿Siguen ardiendo sus parvas, amigo?

—Ya no; ya se han apagado, — contestó Carlos, sin interés.

—¡Más vale así!

—Se han apagado cuando se acabaron de quemar.

Los colonos, que habían dejado de jugar, por oír la conversación, soltaron una carcajada.

Al comisario le pareció insolente la respuesta, pero se calló. No tenía muy claras las ideas, y su lengua no era dócil.

Volvió la espalda con desdén, se acercó al mostrador y se hizo llenar de anís la copa para apretar el cognac, que antes bebiera.

Carlos prosiguió su camino, y se bajó en el correo, y por una ventanilla, pidió la correspondencia que hubiera para él. Le temblaba la voz al hacer el pedido.

Diéronle diarios de Buenos Aires, y algunos catálogos, y unas cartas para su padre; con lo cual llenó el cajón del tilbury. Pero su esperanza lo había engañado. ¿Por qué creyó en un sueño, como un niño?

Subió de nuevo al tilbury, y regresó a su casa sin ver el camino, sin oír la charla de su hermano, ciego y sordo para todo lo que no fuese la imagen de ella y la voz que dijera su nombre.

Su madre lo esperaba ansiosa: el enfermo deliraba.

—Déjelo dormir, mamá; — le contestó él después de examinarlo.

—Hijo, ¿sabes que habla de tu novia?...

—¡Déjelo, déjelo!

—Tiene esa preocupación... ¿No será como él piensa, que no te conviene? Yo no la conozco...

—¡Mamá! — exclamó el joven con gesto de súplica — ¡no me hable mal de ella!, ¡usted no la conoce y yo sí!

—¿Es buena, es trabajadora, es humilde?

—¡Sí, sí, sí!

Se habían sentado junto a la mesa del come-

dor, contiguo al cuarto del enfermo; y doña Celine, sin dejar de oír, ni de hablar, frotaba con un trapo el hule floreado que les servía de mantel.

Todo en la casa, desde el piso de baldosas coloradas, hasta la vajilla ordinaria que relucía en el aparador, mostraba que la dueña y sus hijas eran hacendosas.

En las paredes, blanqueadas cada año exhibíanse algunas pinturas: un trineo corriendo en la nieve, perseguido por una manada de lobos, escenas de Oteló, y presidiéndolo todo, la infaltable ampliación fotográfica, encargada por 20 francos a París, del dueño de casa, con su barba atusada y sus severos anteojos.

Carlos desplegó los periódicos sobre la mesa, y pareció absorberse en su lectura. Habría deseado hablar de Matilde, con alguien que no lo contradijese, y que no le preguntara ¿te convendrá esa niña?; con alguien que lo ovese conmovido y contagiado por el fervor con que él la nombraría.

Entró Isabel, la menor de sus hermanas, que andaba en los trece años, más espigada ya que todas las chicas de su edad. No era bonita, pero sí fresca y natural, con su pollerita de percal azul, su bata blanca, la trenza bien ceñida alrededor de la cabeza y calzada con alpargatas, que dejó en la galería para no embarrar el piso del comedor.

Su hermano la miró con ternura. Pensó cómo quedaría su novia con aquel traje sencillo y con qué gracia le presentaría el regalo que ella le traía, riéndose a carcajadas.

—¿Una docena completa de huevos de perdiz!

Los huevos de color marrón, tibios y lustrosos, se le ofrecían en el fondo de un sombrero.

—¿Dónde has hallado esta riqueza?

—En la chacra de las lechuzas. Fui a ver las parvas quemadas...

—¿Has ido con esta lluvia?, ¿te habrás embarrado?

—Ya me he lavado los pies en el charco de los patos.

—¿Y ese sombrero?

—Se lo quité a Guillermo. Lo he dejado en cabeza... ¿Te gusta mi regalo? ¿Crees que es fácil dar con una nidada de huevos de perdiz?

El tono de la niña era como una censura. Parecía decirle: "Tú, hijo de paisano, trasplantado a la ciudad, que buscas novia allí, debes de haberte olvidado de las cosas que te alegraban cuando niño..."

—Me gusta tu regalo, y me gusta más tu alegría.

La besó en la mejilla mojada, blanca y pecosa.

—¿Sabes para qué te los doy? Para que se los l'eves a tu novia... ¿No me dijiste que te ibas a ir en estos días?

El movió la cabeza.

—Hasta que papá no sane, no pienso moverme de aquí.

La chica se puso seria.

—Si es tan bonita tu novia ¿no tenés miedo de que te la quiten, tardando en volver?

Formuló su pregunta gravemente, imaginándose que ése era uno de los problemas de los noviazgos. Dejó el sombrero en la mesa y aguardó con interés la respuesta.

Carlos le tomó las dos manos, y le dijo con aparente severidad:

—Si estuvieses de novia ¿serías tan veleta, Isabel?

La chica se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! — exclamó ruborizándose levemente, bajo la mirada cariñosa de su hermano, que ansiaba oír en sus labios el nombre de su novia.

Apareció Guillermo, otro de sus hermanos, en cabeza. Se desprendió el barro de las botas, rascándolas en el filo de una pala clavada frente a la puerta, pero cuando fué a entrar, oyóse la voz de Elsa, la hermana mayor, que desde la cocina, lo amenazaba:

—Si llegás a embarrarme el piso del comedor, no vas a probar tortas fritas en una semana.

Con toda paciencia Guillermo restregó de nuevo sus botas, y entró por fin, exhibiendo dos perdices que había cazado a rebencazos en la chacra.

—No queda un grano de maní; todo se ha quemado... ¿Cómo está papá?

Guillermo era un mozo de veintitrés años, algo menor que Carlos. Rubio, de ojos oscuros, fuerte y elegante en su rusticidad, producía la impresión de ser más inteligente que su hermano el estudiante.

Carlos explicó el estado de su padre. La mejoría alcanzada en esos días se disipaba de un golpe, y recomenzaba el enfermo su lucha. Sería larga, pero tenía confianza en la naturaleza y en los cuidados que le dispensarían.

—¿Vas a quedarte, entonces? — preguntó Guillermo sentándose.

Elsa acababa de traer una cafetera humeante y un gran pan, mientras Isabel disponía las grandes tazas enlozadas frente a cada asiento. Elsa era una muchacha muy alta y muy rubia. que vivía atada al cuidado de la casa, La cocina, el gallinero, las colmenas, la limpieza de las habitaciones y de los patios, la vigilancia del galpón, donde se guardaban los aperos de labranza, la comida de los perros, todo le incumbía a ella, y ni reposaba ni dejaba en reposo a nadie.

De sus hermanos prefería a Guillermo, porque era fuerte y diestro, y sus brazos producían para la casa; y no veía con buenos ojos a Carlos, que gastaba mes a mes el valor de quince quintales de maní, sin rendir un grano.

Por cierto que aquella joven elegante y bonita.

que él les describía, y pobre como una lechuza, no le cayó en gracia.

Cortó ella misma el pan y distribuyó el azúcar en las tazas, que Isabel iba llenando.

—¿Vas a quedarte? — repitió Guillermo.

Carlos comprendió la intención de la pregunta de su hermano. Todos en la casa pensaban lo mismo que Isabel, y las palabras de Guillermo querían decir: ¿Esa novia tan bonita, no se dejará conquistar por otro durante tu ausencia?

Contestó evasivamente y se puso a recorrer los diarios, mientras Isabel le cubría de manteca las rebanadas de su pan.

—¿Te gusta así, Carlos?

—Sí, mi hijita.

—¿Pero no te gustaría más que “ella” hiciera esto que hago yo?

Carlos tomó suavemente de la mano a la chica y la hizo sentar junto a él, y aprovechando que la atención de los demás se distraía por la llegada de su madre con una fuente de tortas fritas, le dijo en secreto:

—No me hables de ella, delante de los otros. Después sí...

La muchacha movió la cabeza afirmativamente, muy satisfecha de que su hermano mayor, su preferido, la tomara por confidente.

En los días de lluvia eran tradicionales las tortas fritas que se tomaban con mate, y servían para entretener a la gente, que no púdién-

do salir al campo, se refugiaban en la cocina o en el galpón.

Eran los únicos días en que allí se tomaba mate, porque en tales ocasiones no importaba que la gente perdiera algún tiempo.

Una vaca negra, con una horqueta en el pescuezo, se había acercado a la ventana, que daba hacia la huerta y se puso a lamer el salitre del revoque.

Elsa gritó:

—¡Ya se ha entrado la “Chacarera” al naranjal! Corré Zacarías a echarla, y ve si hay algún potrillo en el cerco...

El muchacho bebió a toda prisa su café, mientras la vaca sintiendo el alboroto, y comprendiendo que ya habían denunciado su presencia, tomó tranquilamente, bajo la fina garúa, el camino de la huerta.

Cruzó por encima de las lechugas, dió unos cuantos moriscos entre el maizal de choclos escogidos, y sin apresurarse, aunque sentía detrás de ella el galope del muchacho, llegó al cerco, metió los cuernos por entre dos alambres flojos, forcejeó un rato, a causa de la horqueta, pero con su maña acostumbrada salió del trance, y recibió con filosofía los cascotazos de su perseguidor.

XIII

Hipocresía

Veinte días más pasó Carlos Link en casa de su padre, y durante ese tiempo sólo recibió una cartita de Laura, pidiéndole noticias del enfermo. Ni una palabra que explicase el prolongado silencio de su novia.

—¡Mejor! — se dijo él con desesperada resignación. — ¡Le sería tan fácil engañarme! Prefiero la verdad...

El robusto organismo de don Carlos venció de nuevo a la muerte, y su hijo pudo pensar en volverse.

—Malas vacaciones has tenido, Carlos — díjole el viejo. — Pero me has salvado la vida, y volverás contento; esta práctica te será útil. Cuando se acerque el día de la tesis, iré a verte...

Ni una palabra de su novia.

Doña Celina, que vivía espionando la voluntad de su marido, también dejó de mencionarla. Carlos comprendió que si Matilde lo había olvidado, nadie lo ayudaría a reconquistarla.

Cuando emprendió la vuelta, habíanse cumplido dos meses desde que salió de Buenos Aires. Tenía la sensación de que todo le sería nuevo, el paisaje y las almas.

Se embarcó a la media noche en el vaporcito que hacía la carrera hasta Santa Fe, tomando pasajeros y carga en todos los caseríos de la margen.

No eran gentes expansivas sus padres ni sus hermanos, y lo despidieron como a una visita de cumplido. Sólo su hermanita Isabel se le echó al cuello y lo besó con ternura, y le dijo algunas palabras que él no entendió y que ella no quiso repetir.

El vaporcito levó anclas con áspero ruido de cadenas. Sus palas azotaron el agua ruidosamente, y empezó a descender el negro riacho, brazo del gran Paraná.

Los pasajeros se metieron en sus camarotes, y Carlos Link se quedó solo, sobre el puente, de pecho contra la borda, viendo esfumarse los contornos del pueblito. Ignoraba si volvería; sólo tenía un pensamiento, ganar de nuevo aquel corazón que huía de él.

Éran tiempos de agitaciones políticas, y a pesar de la hora, algunas luces brillaban en el pueblo, señalando los sitios donde se reunían a jugar y a beber hasta el alba, los "elementos electorales".

De vez en cuando el augusto silencio de la

noche, era ultrajado por el alarido de algún borracho, o por el estruendo de un paquete de cohetes que el caudillo quemaba a la puerta de un almacén, para estimular la algazara de sus partidarios. Los perros ladraban excitados, mas luego todo se sumergía en la serenidad infinita.

El río estirado, sin una arruga, como un hule negro, se estremecía bajo el golpe de las ruedas.

El cielo estrellado parecía marchar con el buque, mientras huía la franja oscura de la margen.

Sólo había un poco de luz en el cielo y en el agua, que una estrella a ras del horizonte, teñía con un largo reguero luminoso.

El capitán dió sus últimas órdenes y se acercó a Link.

—¿Tomando el fresco?

—Así es, capitán.

—¡Pero se lo van a comer los mosquitos!

Nubes de ellos se abatían sobre el vapor, cuando la brisa calmaba.

Link hizo un gesto a la vez de indiferencia y de sumisión y fué a refugiarse en su camarote. Apenas se recostó, quedóse dormido.

Habría querido soñar, y recordar algo de su sueño, para no llegar al día como quien vuelve de un largo viaje con las manos vacías. Pero si soñó, el alba disipó totalmente sus visiones, en-

tregándolo otra vez a los pensamientos que lo acosaban.

¿Por qué no le escribían? Si era porque Matilde lo había olvidado, se alegraba de aquel silencio: mejor que no lo engañasen.

Sin embargo, en el fondo de sus entrañas, vibraba un mezquino deseo de ser engañado, con palabras que le permitiesen alentar una ilusión.

En voz alta habría afirmado que prefería conocer la verdad; pero dentro de sí, levantábase una humilde voz contra ese orgullo: ¡No, no, no! Todo era preferible a la amarga certidumbre de haberla perdido.

Se arrinconó a proa, en un sitio donde podía pasar horas, sin que lo hablase nadie.

El barco navegaba ya por el grandioso Paraná, rozando casi la margen barrancosa.

El cielo aparecía estriado de nubes, que se abrían como una seda vieja; y las aguas eran una inmensa chapa de zinc, labrada a martillazos, refulgente al sol.

El verano había sido lluvioso y el río, hinchado por las avenidas de toda la región, era tan ancho, que la otra orilla apenas se divisaba detrás de un cendal blanquecino.

Un vaho ardiente alzábase de las costas. Al pie de la barranca los camalotes formaban una ondulante vereda, por donde saltaban los gallitos del agua, tendidas al sol las alitas rojas; y en lo alto reinaba la selva frondosa, laureles os-

curos, pulidos timboes, impenetrables curupies, frágiles ceibos, como bañados en sangre por su extraña floración, llegando hasta el borde mismo. La tierra se desprendía roída por la corriente, y los árboles quedaban con las raíces al aire, suspendidos sobre el río, hasta que un vendaval los arrancaba del todo.

A la orilla de los zanjones, que cortaban la costa, como afluentes del río, crecían los sauces, en que se enredaban los mburucuyás, de frutas amarillas, y a cuya dulce sombra cantaban las cigarras.

A veces, en las abras del bosque, veíase el rancho del puestero cuidador de haciendas, y a su puerta un caballo ensillado, que aguarda a su dueño con paciencia, espantándose una nube de mosquitos; a veces la ramada mísera de un pescador, cuya canoa duerme entre los camalotes, mientras su dueño ceba algunos mates, antes de salir a recorrer sus espineles.

Del fondo del bosque llegaba el regio silbo de un boyero, y los martín pescadores y las matracas, acallaban su graznido; y cuando cesaba aquella nota de oro, sólo se oía el zumbir de la brisa entre las pajas y el trepidante ruido del vapor.

El alma de Link se llenaba de aquella hermosura, que le infundía un extraño desaliento, parecido a la resignación y a la paz.

Verdaderamente la dicha de ser amado, habría sido demasiado grande para él.

Las olas del incomparable río, se llevaban un poco de su corazón hacia el mar desconocido. ¿Cuándo volvería y quién lo acompañaría?

Había soñado tanto con su viaje de bodas, que le parecía haberlo realizado, y perseguía en su memoria las emocionantes escenas.

Llegado a Santa Fe, esa misma tarde tomó el tren. Eran las nueve de la mañana siguiente, cuando se apeó de un coche, con su valija en la mano, en la esquina de la calle Migueletes.

Quería hacer a pie media cuadra que faltaba para la casa de don Pedro. Calmaría sus nervios y no lo sentirían llegar.

¡Pero qué esperanza!

Cuando él se aproximaba, divisó a don Pedro que volvía, diario en mano, arriando una gallina con doce pollitos; y a tiempo que ambos se reunían en la puerta, salía misia Presentación con el mate de plata, a ofrecerlo a su marido.

—¡Pedro! ¡Vélo a Carlos! — exclamó la señora abriendo los ojos, como ante una aparición.

—¿Cómo está Link? — dijo don Pedro estirándole una mano suave y fría.

—¿No me esperaban, verdad?

—¿Sanó ya su padre?

—Sí, señora.

—¡Más vale así!

Don Pedro en cuatro chupadas apuró su mate, y resoplando se puso en cuclillas, a hacer pasar el umbral a los pollitos. ..

—No tienen más que dos días, — explicó. — Todavía no pueden saltar solos. Son de raza Orpington leonada. Míreles las patitas. Esta raza en Estados Unidos es menos estimada que la batará, pero...

Carlos miraba ansiosamente la casa, esperando ver a Matilde, en el marco de sus flores, como la había imaginado.

Aguardó que don Pedro pasara y entró con su valija. Mas cuando cruzaba la galería hacia la escalerita de su cuarto de estudiante, misia Presentación, que se había alejado rezongando palabras ininteligibles, le salió al encuentro, y le dijo con sonrisa melosa:

—Pase al comedor, Carlos.

—Voy a dejar esto en mi pieza...

—No, no; pase al comedor; yo le voy a explicar.

Entró acongojado Link, y se sentó maquinalmente en el sillón de don Pedro.

—¿Ha pasado mala noche? ¿se le conoce en la cara! está pálido. Debe de fatigar mucho un viaje así, de un tirón. Porque usted viene de Helvecia ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—¡Me lo suponía! ¡Un día de vapor y un día de tren!

—Más o menos.

—Bueno, pues, Carlitos, yo quería explicarle que le hemos dado su pieza a Pulgarcito. El pobre está cansado de dormir en catre, en el comedor, y de no tener un ropero a mano.

—No importa, — respondió Carlos, sin comprender todavía; — nos acomodaremos los dos.

Experimentaba una ansiedad, mezcla de ternura y de gratitud, viendo que lo acogían y le hablaban con afecto.

—Sí, pero ya verá, Carlitos. Como nosotros hemos cambiado de posición, y a Pedro lo han nombrado anteayer inspector de cinematógrafos, ya no necesitamos alquilar ese cuarto... ¡Pero hijo, que pálido está! ¿Quiere una tacita de té? ¿A que no ha tomado el desayuno? ¡Virginia, Virginia! Trae el brasero. Voy a ceparle unos mates.

—No, señora, muchas gracias. Ya he tomado en el tren...

—Algo frío, seguramente.

—No, señora, algo caliente.

—Unos matecitos no le harán mal.

Salió misia Presentación a buscar los enseres para cepar mate, y entró Laura, acercándose a Link con una sonrisa fraternal y triste.

—¡Oh, Laura! ¿qué ha pasado aquí? ¿Ya no me reciben?

Ella le dió la mano, que el joven estrechó ardientemente, repitiendo su pregunta, que era una queja.

La muchacha no contestó, porque volvió su madre con el mate y la pava, seguida de la chinita con el brasero crepitante.

—Explícale, Laurita, que hemos cambiado de posición.

—Sí; — dijo Laura con gesto apenado — hace dos días hemos cambiado de posición; lo han nombrado a papá inspector de cinematógrafos.

—Sí, — agregó la señora — hace dos días, pero ya le han adelantado a tu padre dos meses de sueldo, lo que nos ha venido muy bien, porque estábamos algo atrasaditos.

—Sí, sí, Mario Burgueño, que le ha conseguido el puesto, le ha hecho adelantar...

—No hija, esa no es la verdad: le ha adelantado de su bolsillo...

—¡Mamá, yo no sabía! — exclamó ruborizándose Laura.

—¡Sí, cómo no! De su bolsillo le ha adelantado el sueldo de dos meses. Lo digo en honor de ese joven, que es la generosidad en compendio.

Laura y Link se miraron.

—Yo no sabía eso — repitió dulcemente la muchacha.

Link hizo un esfuerzo y logró formular la pregunta que lo agitaba:

—¿Y a ella, a Matilde, la han nombrado ya?

—No, — contestó misia Presentación, con un ademán vago, revelando el poco interés que ahora tenían por el nombramiento.

—¿Ya no pretende el puesto?

—¡Ya no! ¡vaya una bicoca para que ella se pase la vida suplicando que se la den!

—¿Y qué hace ahora? ¿dónde está?

Tardaron un siglo en responderle. Misia Presentación cambiaba prolijamente la yerba del mate.

—¿Lo quiere con leche y con azúcar quemada?

—No, señora, gracias; no se moleste... Dígame algo de ella... ¿por qué no sale?

La voz le temblaba. Las dos mujeres miraban a otra parte.

Por fin misia Presentación ofreciéndole el mate, le dijo:

—Ella no está aquí.

—¿Se ha ido?... ¿se ha casado?

—¡Jesús qué ocurrencia! — exclamó riéndose la señora; y Link se avergonzó de la ingenuidad de su pregunta.

—¿Dónde está?

—En lo de Bistolfi. Marianita me la quiere mucho, y la ha invitado a pasar unos días con ella...

Link miró a Laura, cuyo silencio estaba lleno de explicaciones.

Se oyó la voz de don Pedro, reclamando a su consorte, y la dama salió.

—¡Laura! — exclamó Carlos con desesperación. — Cuénteme qué ha pasado.

—Yo no sé más que eso. Mariana la invitó por unos días y hace un mes que vive con ella.

—Entonces... ya no me querrá...

—¿Quién puede saber eso, Carlos?

—¿Por qué no es leal conmigo? ¿No ha sido siempre usted una hermana para mí? Dígame la verdad: no crea que me voy a morir...

Agregó estas palabras simulando una sonrisa.

Pero Laura sacudió la cabeza:

—¿Cómo quiere que yo sepa las cosas que pasan en el alma de ella? Nunca me ha confiado un solo secreto. Si lo hubiese olvidado a usted, yo no lo sabría por ella, sino...

—¡Sino por mí! — exclamó Carlos conquistado por la dulzura del acento de Laura. — Ya lo veo: todo ha cambiado, menos usted. Dios se lo pague. Me voy, puesto que ya mi rincón está ocupado. Despídame de su mamá y de su papá. Vendré más tarde a llevar mis libros.

—Venga siempre — le dijo ella acompañándolo hasta la puerta. — Aunque Matilde no esté.

Link no advirtió el esfuerzo que tales palabras costaron a la niña. El rumor de aquel nombre, apagaba para él todas las luces del mundo: "Aunque Matilde no esté".

Se atrevió entonces a preguntar:

—¿Dónde podré verla?

—¿A mí? — dijo Laura, y en el acto comprendió que él hablaba de su hermana.

Carlos aclaró su pregunta, sin darse cuenta de que la hería.

—¿Si fuera a lo de Bistolfi, podría verla?

—Creo que sí.

—¿No viene a esta casa?

—Algunas veces.

Despidiéronse allí; y él con su valija, cruzó la calle. En el momento en que doblaba, se detuvo para dejar paso a un automóvil.

—¡Matilde! — exclamó viendo quien iba en él.

La muchacha oyó su grito, hizo detener el auto, y tendió las dos manos a Link.

—¡Carlos! ¿usted aquí? ¿Cómo le ha ido de viaje?

Carlos se le acercó y enternecido le besó las manos.

Ella se retrajo hacia el fondo del coche, y le dijo con menos entusiasmo:

—¿Cuándo ha venido? ¿le han dicho dónde estoy yo?

Empezó a explicarle con locuacidad las razones que tuvo para aceptar la invitación de Marianita, y Link la oyó al principio con sorpresa y empezó luego a sentir que la inconciencia y la alegría de ella, eran un ultraje a su amor.

Pero no experimentó cólera, sino una gran compasión. Le acarició de nuevo las manos, y le cortó la palabra.

—¡No me cuente eso! Dígame sólo por qué no me ha escrito.

—¡Ah! si usted supiera lo ocupadas que hemos estado con los trajes de fantasía, para el baile de Carapachay!...

—¿Cómo?

—No sabe que el domingo de carnaval...

—Dentro de tres días — dijo él.

—Sí; habrá un gran baile en Olivos, y que yo iré disfrazada de sultana con "charchaf..."

—¡No me cuente eso!

—Pero usted también irá.

—¿Yo?

—¡Sí, sí! ¡No me diga que no! Yo quiero que vaya.

—¿Y antes no puedo verla?

Ella se recostó contra el mullido respaldo del coche y reflexionó un instante.

—Mejor es que no me vea.

—¿Por qué?

—Usted siempre hace lo que yo le pido... ¿no es cierto?

—¡Sí, sí! — contestó él, emocionado por el tono confidencial con que ella le dijo esas palabras, bajando mucho la voz para que el chofer no la oyese.

—Bueno, entonces, no trate de verme hasta el domingo.

—¡Tantos días!

—Ha pasado dos meses; pase un poco más. Y

vaya al baile. Yo se lo pido. Sería la primera vez que no me obedeciera...

Carlos sentía en la voz acariciadora una vehemencia, una interna alegría, un timbre nuevo, que aun causándole un horrible dolor, lo aturdió y lo embriagaba.

—¡Hasta el domingo! — le dijo ella con un entusiasta apretón de manos. Y él la dejó irse, y la vió bajar en su casa y no tuvo ánimo para desobedecerla.

¿Qué explicación tenía eso? Siempre ella, hasta en los días de mayor intimidad, fué tan reservada, que él nunca pudo envanecerse de haber visto el fondo de sus pensamientos.

Lo atribuía a timidez, y lo atraía la misteriosa hondura de su alma. Y ahora la notaba nerviosa y parlanchina, como si quisiera desorientar su pensamiento y evitar que entre los dos cayera un minuto de silencio revelador.

Ni una sola de sus palabras insustanciales y alegres, le produjo un consuelo.

Al alejarse de ella, trataba de recordar conversaciones pasadas, y de olvidar lo que acababa de oír.

—¡Tiene que ser feliz! Ni siquiera se da cuenta de que me hace sufrir. Ya no soy más que un hermano para ella; si la interrogase, me confiaría con inconciencia sus nuevos amores. ¡Sólo un gran dolor podrá devolvérmela!

Llegó a la estación y al hallarse con Noemí

que le ofreció sus violetas, se le ocurrió por primera vez la dolorosa cuestión:

—¿Quién me la ha quitado? ¿dónde lo ha conocido? ¿dónde se ven ahora?

Era manso y fatalista. Cuando le ocurría una desgracia, no cultivaba su pena, porque se imaginaba que nadie tenía la culpa de ello; y que sólo el destino disponía las cosas.

Viendo a Noemí, pensó en Mario Burgueño, por una sutil asociación de imágenes. Recordó las violetas que un día llevó Matilde a la casa, entre regocijada y ruborosa, y sintió un ímpetu de cólera, de esa cólera fría y potente de los pacíficos. Y le entró una ardiente curiosidad de saber quién se la había quitado...

Entre tanto Matilde se detenía a la puerta de su casa. Unas mujeres del barrio, que la conocieron cuando gastaba sus pobres zapatos en las aceras de las calles porteñas, buscando un empleo, se admiraron al verla llegar por tercera vez en el lujoso automóvil.

—¡Debe ser de ella! ¿Pero dónde vive ahora? ¿quién le paga esta vida?

Matilde el primer día experimentó una vana complacencia ante aquella admiración; después, comprendiendo que pensaban mal de su lujo, sufrió una amarga humillación; y para desvanecer la hostilidad de las vecinas las saludó sonriendo, y entró sin llamar en la casa de sus padres.

Misia Presentación apareció enjugándose las manos con un repasador y la llenó de caricias.

No podía negar que estaba orgullosa de su hija, por su hermosura y por su destreza para abrirse camino.

—Se diría que es tuyo el automóvil...

Matilde hizo un gesto displicente.

—¿No lo has hallado en la puerta? — prosiguió su madre en voz baja. — Hace un ratito que se fué. Se empeñó en que le diera de nuevo su pieza. Yo le dije que habíamos cambiado de posición y que buscase albergue en otro lado. Y se fué con la valija en la mano, como un "lin-yera".

Esto lo dijo la señora con ánimo de halagar a su hija, pero la muchacha no contestó.

Sentía que Link sufriese por obra de los otros. Ella sí, ella tenía derecho de apenarlo; y parecíale que hasta el dolor lo recibía de ella con gratitud.

—¿Y papá?

—En el fondo, lavando las jaulas de las palomitas francesas. ¿Quieres que te lo llame?

Misia Presentación permanecía frente a su hija, pronta a servirla, como una criada. Por ella se transformaría el destino de los Garay y Troncoso. No dudaba de que Mario Burgueño vendría antes de un mes a pedirle su mano.

Laura salió al oír la conversación; pero no manifestaba tener iguales ilusiones. Su madre,

empezaba a creer que el bien de su hermana le infundía dolor y tristeza, lo que el catecismo llama envidia.

Matilde la acogió con cariño y le preguntó:

—¿Está muy adelantado tu traje? No te quedan más que unos días.

—Ni adelantado, ni atrasado: yo no voy a ir al baile.

—¿No vas a ir al baile? — interrogó misia Presentación enfurecida. — ¿Después que hemos gastado un platal en los preparativos?

—Lo que es a papá no le cuestan un centavo, — respondió Laura mirando fijamente a su madre, que torció la cara.

—Aunque hayamos tenido la suerte de que alguien se encargase de los gastos, es lastimoso que se hagan sin provecho.

—¿Y te parece bien, mamá, aceptar esos favores?

—Me parece muy bien. No hay cosa más fuera de lugar que el orgullo en los pobres.

—Si conocieras las intenciones que traen los regalos, podrías decir si el no aceptarlos es orgullo o dignidad.

Matilde que se sentía observada por su hermana, habría querido ganar su indulgencia, con buenos modales, pero no pudo contenerse al oír la alusión, y contestó con acritud:

—¡Cualquiera creería que eres bruja y lees los pensamientos!

Y su madre agregó sin mirarla:

—Eso que sientes o es caridad o es envidia. Elige...

Laura palideció y tuvo al borde de sus labios una réplica dura y cruel; pero temió alejar para siempre el corazón de su hermana.

—¡Caridad, mamá, caridad!

Matilde no entendió su prudencia y le guardó rencor.

—Está celosa, — dijo misia Presentación. — Creyó al principio que Mario venía por ella. Tienes que perdonar, Matilde.

—¡Ya la he perdonado! Y hasta le he hecho un buen obsequio.

—¿Qué cosa?

—¡Se lo dejó a Carlos Link! ¡Bastante lo ha deseado!

Misia Presentación se echó a reír con malevolencia, por halagar a su hija, cuyos ojos llamaban de cólera.

—No quiero demorarme, — agregó la muchacha. — Que vaya o no al baile es cuenta suya.

Se puso febrilmente a hacer un paquete de ropa blanca para llevarse. Las manos le temblaban, y su madre la ayudó.

—¿No tienes miedo de que ese hombre te espere en la esquina? Es tenaz y no te dejará...

—¡No, no! Hará lo que yo le diga; si lo mando que me deje en paz, se irá para siempre.

—Lo creo — dijo su madre, recordando la

dulzura de Link y su profundo amor. — Es un alma de Dios.

Don Pedro que había oído las últimas palabras, entró en mangas de camisa, con una jaula en una mano y un tarro de alpiste en la otra. Se acercó a la muchacha, y besándola, díjole al oído:

—Es un alma de Dios; pero cuídate del agua mansa, hija.

—¿Qué quieres decir?

—En Córcega la venganza es una religión. Un amante abandonado, se vuelve un mortal enemigo. Yo no he estado en Córcega, pero he visto “Colomba”, de Merimée, en cine...

—¡Qué zoncera! — exclamó misia Presentación. — Con un corso no se puede jugar, pero Carlos Link no es corso.

Matilde se quedó pensativa.

El sol se reflejaba en el cuadro del diploma, lo que atrajo sus miradas.

—Descuelguen ese papel. Me da vergüenza verlo.

—¿Por qué? — preguntó don Pedro. — La instrucción no ocupa lugar.

Matilde no agregó más, y salió. No quería explicar que el diploma le recordaba los días angustiosos, cuando recién graduada, había visto caer una a una sus ilusiones de vida independiente y honrada.

¡Qué ingenuidad! ¡Cómo pudo creer que aun

teniendo suerte, aquel mezquino sueldo le habría bastado!

En la escuela había leído muchos libros, que entre líneas escondían la verdadera moral.

Sabía que todo instinto es justo y todo sacrificio vano; y que la criatura humana está en el mundo para "vivir su vida".

Las palabras de sus libros podían decir otra cosa; pero su sentido era ese, y tal filosofía enervaba su voluntad y excitaba su sangre. Había aprendido a desear cosas que eran inaccesibles. por los caminos de una moral vetusta, que ya no se enseñaba; y no había aprendido a moderar sus deseos.

No estaba en su mano impedir que otros sufrieran. Ella quería vivir su vida y en la corriente ensordecedora y tirana de los nuevos placeres, no tenía tiempo de pensar en nadie. Ni su propia dicha le parecía segura, porque en el fondo de todas las cosas ardientemente deseadas, había siempre un desencanto.

¡Solamente el amor no la hastiaría nunca!

Y su corazón se tendía hacia el amor desconocido como la flecha en el arco.

XIV

¡No me deje nunca!

Al tercer día, el domingo de carnaval, abandonó Link el cuarto de su nueva pensión. Para no dejarse tentar por el inmenso deseo de verla, antes del día que ella misma le fijó, vivió esas horas recluso, como un prisionero, sin volver a la casa de don Pedro de Garay en busca de sus libros.

—Se lo ha tragado la tierra, — decía misia Presentación.

Don Pedro meneaba la cabeza preocupado.

—¿Adónde habrá ido a parar? Habrías hecho bien en recibirlo. Quién sabe lo que puede tramar.

La imaginación de don Pedro conformada por los novelones cinematográficos, no concebía sino desenlaces trágicos para todos los problemas sentimentales.

Pero Link no tenía imaginación, y su espíritu vivía lejos de todo romance.

Sin embargo, quiso salir, porque una idea fija empezaba a golpearle en el cerebro.

Si Matilde lo había olvidado por otro hombre, ¿quién era su rival?

Pronto lo sabría, aunque estaba seguro de que al saberlo perdería su postrera esperanza.

Porque todos los hombres que atraían las miradas de ella serían mejores que él. ¿Pero la querrían como él?

Para resolver esta cuestión quería conocer el nombre de su rival.

Se encaminó a Belgrano y buscó a Noemí, pues en sus cavilaciones, lo asaltaba tenazmente el recuerdo del ramo de violetas.

La halló sola, en el andén casi desierto, sentadita en un rincón junto a su canasta de flores

—¡Señor Link! — exclamó alegremente la chucula. — Tengo cincuenta ramitos escogidos para el corso de esta noche... ¿los quiere?

Carlos Link acarició la cabeza despeinada y graciosa de la criatura, y le compró uno.

—Con éste me basta; no iré al corso.

—¿Entonces irá al baile?

—Tampoco.

—La niña Matilde sí.

El joven hizo un gesto de cansancio, que sorprendió a la vendedora de flores.

—¿Ya no la quiere?

—¡Ella no me quiere! — contestó Link, con una violenta necesidad de confiar su dolor a alguien, cualquiera que fuese. — ¿Me vas a decir la verdad, Noemí?

—Sí, señor; ¡yo no miento nunca!

—¿Conoces a Mario Burgueño?

—Sí, señor.

Al decir esto la chica se aproximó, avivado su interés, y Link le puso ambas manos en los hombros, y mirándola fijamente, le hizo la pregunta que debía revelar la verdad:

—Aquellas violetas que tú le dabas a Matilde ¿no eran de parte de él?

Noemí palideció, y Link tuvo necesidad de suplicarla:

—¡No tengas miedo! ¡si no tiene nada de malo! Dime la verdad. Te voy a comprar todas tus flores. ¿Eran de él?

—Sí, señor...

—¡No llores!

La chicuela se puso a sollozar, y Link por consolarla quiso pagarle sus flores. Ella no lo consintió: recogió su canasta, y como si no quisiera hablar más de una historia que la obligaba a mentir o a delatar a su amiga, huyó hacia la plaza.

Carlos Link no intentó detenerla. Con saber eso poseía la clave de todo.

¿Cómo iba a luchar él con Mario Burgueño, que tenía el prestigio de la elegancia y de la riqueza?

Un gran dolor se le clavó en el pecho, como un cuchillo.

Su amor honrado y ardiente sería vencido por

el capricho de aquel hombre afórtunado. Ahora podía contestarse: ¡qué había de amarla su rival, como la amaba él!

En ese mismo instante, mientras sufría el atroz dolor de la certidumbre, sentíase capaz de recogerla en el lodo de la calle para darle su nombre.

¡Ay! ni así lo querría ella, que se dejaba encandilar, como una palomita.

Corría Link abanicándose con el sombrero el rostro congestionado. Corría sin rumbo al principio, zumbándole en los oídos el eco dulce del llanto de Noemí; mas poco a poco fué calmándose su agitación, y apareciendo el deseo de hablar con Fraser.

Eran las nueve de la mañana; en media hora llegaría a su casa. Aquel hombre que había sufrido y que conservaba un fondo de honradez y de cordura, comprendería su dolor y el inminente peligro en que ella estaba.

Era inútil que él, Carlos Link, quisiera advertirla de eso, porque ella pensaría que los celos o el rencor lo impulsaban.

Habría querido ser su hermano para decirle y ser creído: ¿Adónde vas, hermana mía, por esos caminos torcidos, con la carga fatal de tu inexperiencia y de tu hermosura?

Y Fraser que tenía sobre ella una gran autoridad, podía también hablar a Mario Burgueño.

Cada vez que el nombre de éste se encendía

en la memoria de Link, un gran desaliento disolvía su propósito.

Si ella había entregado su corazón a aquel hombre, a quien mimaran la fuerza, y la fortuna y el nacimiento, era inútil intentar nada; porque tenía el egoísmo de los hombres felices y la inconciencia de un niño.

Pero una ilusión desesperada empujábalo hacia la casa de Fraser.

Cuando llegó, a breve distancia de su puerta, se detuvo en la acera del frente, viendo a dos personas en el umbral, una vieja y una niña.

Carlos Link no conocía a Liana, pero comprendió que era ella, por los rasgos de su cara, que recordaban a los de su padre. Volvía de misa, pues traía un grueso libro, y la anciana con quien conversaba animadamente, tenía un rosario envuelto en la muñeca.

La joven escuchaba lo que hablaba su compañera, y Link creyó advertir lágrimas en sus ojos.

¡Lágrimas en un domingo de carnaval, en los ojos de una muchacha, que no tenía veinte años!

¿Qué hada repartía las alegrías del mundo, otorgándolas sin tasa a unos y negándolas a otros?

Link aguardó sin moverse, y cuando la anciana se despidió y entró Liana, él la siguió, deseando verla de cerca.

Pero tuvo que esperar el ascensor porque era

una casa de departamentos, y Fraser, vivía en el quinto piso. Llegó a una puerta, donde una chapita de bronce le indicó que era la que buscaba, y oyó la voz de Fraser, que decía a su hija en tono irritado:

—¿Has llorado otra vez? Siempre que vuelves de misa te pasa lo mismo. ¿Has visto de nuevo a esa vieja que te llena de cuentos?

Link no entendió la respuesta de la niña, y dejó pasar unos minutos, para que no sospechasen que alcanzó a oír esas palabras.

Llamó luego y la misma Liana salió a abrirle. Conocíase que había llorado, pero su rostro irradiaba con una luz celestial, que impresionó a Link.

—Se diría — pensó — que es un niño que acaba de encontrar a su madre.

—¿Busca a papá? — preguntó ella, haciéndolo pasar a un estrecho zaguán, que a causa de unas sillas y una mesita con viejas revistas, parecía ser sala de espera de aquel médico sin clientes.

Fraser tardó bastante en aparecer. Se sintió de nuevo su voz más baja y como enternecida; y cuando salió, una real alegría se pintó en su cara al ver quién era su visitante.

—¿Link, de vuelta ya?

—Sí, doctor.

—¡Bastante ha tardado! ¡Y bastante lo habrán echado de menos!

Link agachó la cabeza.

—¿Cómo ha dejado a su padre? ¿Viene a pasar los días de carnaval?

Fraser hablaba con ligera ironía, porque simpatizaba con Link, y había lamentado su ausencia, que desamparaba a Matilde. ¡Pero en fin ya estaba de vuelta!

Link respondía lo indispensable, y su mutismo acabó por chocar a Fraser.

—¿Qué le pasa? ¡no parece muy contento!

—No estoy muy contento, — contestó el joven, sonriendo dolorosamente.

Entonces a Fraser ocurriósele que Link podía haber sospechado las aventuras de Mario con Matilde, aunque toda la verdad no era conocida más que de Dios.

Se levantó y lo invitó a entrar en su despacho, donde reinaba un gran desorden.

—Aquí no penetra nadie, ni Liana siquiera, — dijo disculpándola. — Aquí podrá contarme lo que le entristece. Porque usted habrá venido a eso ¿no es verdad? Y aquí no nos oirá nadie.

Desocupó dos sillas, y le indicó una de ellas a Link, que seguía sin saber cómo explicar su desventura.

—Ya conozco lo que es eso; — dijo Fraser — hay momentos en que uno hablaría, sintiendo el alivio de sacarse del pecho carbones encendidos; pero quiere que lo interroguen, que lo ayuden, que le muestren interés, y lo comprendan... ¿Eso le pasa?

—Sí.

—Bueno, pues: de ella, de su novia, no le pregunto, porque sé más que usted.

—¿Qué sabe?

—Sé que está muy atareada con los últimos toques de su traje de sultana, para el baile del Carapachay... ¿Va a ir usted?

—¿Qué le parece? ¿debo ir?

—¡Hombre! Un novio debe ir siempre adonde va su novia.

—¡Ah! — exclamó Link. — ¡Entonces usted no sabe más que yo!

Fraser sonrió, entrecerrando los ojos, con aire a la vez compasivo y malicioso.

—¡A ver, a ver! — dijo — ¿qué es lo que sabe usted?

Y Link contestó con una ingenuidad de niño, que conserva alguna esperanza, llenos de lágrimas los ojos:

—¡Yo sé que la he perdido para siempre!

El semblante de Fraser se oscureció. Puesto que Link sabía eso, mejor, así no tendría que decírselo él. No lo contradijo, más bien lo apoyó, compartiendo aquel dolor que se adivinaba en el rostro fatigado, en la frente marcada por el insomnio y la idea fija, en la boca apretada como si aún temiera que le diesen más hiel y vinagre.

—Y si la hubiera perdido, ¿qué haría?

Link se encogió de hombros.

—¡Nada! qué quiere que haga yo, que no sé matar. Porque él, que la engañará, merece que lo maten...

Con una sonrisa Fraser alivió el pesado ridículo de aquella exclamación.

—Habría que hacer una carnicería. Primero tendríamos que matar a esa tilinga de misia Presentación, y a ese pazguato de don Pedro de Garay, y al cachafaz de su hijo, y luego al papanatas de Bistolfi, y a la bribona de su mujer. Todos son más culpables que Mario. Después, mi amigo, tendríamos que matarlo a usted, que se enamoró neciamente de una criatura tan linda, pensando que podría llevársela para usted solo... ¿No fué una necedad la suya?

Link miraba al suelo, torvamente, y un mal pensamiento lo rondaba.

Fraser comprendió que sus bromas herían aquel corazón ulcerado, y que estaba a punto de perder la confianza del joven.

—He sido un necio, — murmuró Link. — Lo comprendo. Pero era mi destino quererla.

—Nosotros mismos elaboramos nuestro propio destino; — replicó Fraser.

—Pero si yo merezco morir por necio, él merece que lo maten, por canalla.

Estas palabras las dijo con una aterradora frialdad, exteriorizando involuntariamente una resolución repentina, pero implacable y definitiva, como una verdad matemática.

Parecía haberse olvidado del verdadero propósito que lo movió a visitar a Fraser, o no interesarse ya en que éste advirtiera a Matilde el abismo hacia el cual la llevaba su inexperiencia. Se levantó y estiró la mano.

Fraser sintió el escalofrío de una tragedia en perspectiva, y con gesto autoritario, de padre que manda a su hijo, hizo sentar de nuevo a Link, y le dijo con ternura:

—¿Usted cree de veras que Matilde está enamorada de Mario Burgueño?

—¡Irremediablemente enamorada!

—No pronuncie esa palabra. Todo en el mundo tiene remedio.

—Menos un amor como éste; — repuso Link.

—¡Bah! Todo amor es efímero, como un fuego de pajas. Y es mejor que sea así, porque ningún instinto envilece más al hombre que el amor. Por el amor un hombre olvida a su madre, infama a sus hijos, pierde su honor, y todavía encuentra que ha hecho bien. Es un mal instinto y dura poco. Sólo hay un amor invencible y santo, y es el amor de una madre por su hijo. Es como la luz de una estrella. Puede nublarse una hora, puede parecer apagada mucho tiempo, pero si un viento disipa la nube, la estrella está allí, inmutable y eterna...

Mientras Fraser hablaba, Link lo miraba en los ojos, buscando en ellos la sinceridad. Fraser

comprendió que debía reforzar su argumento, y dijo, poniéndose pálido:

—¿No ha oído hablar nunca de mi mujer?

—Sí, doctor.

—¿Qué ha oído?

—Que fué mala, y que murió.

—Fué mala, pero no murió... ¡Júreme que no contará a nadie lo que voy a decirle!

Carlos Link murmuró una palabra, y Fraser prosiguió:

—Yo maté a un hombre por ella. La quería tanto, que no lo hice por vengar mi honor... ¡qué me importaba eso! Lo hice para que ella lo olvidara. Y aquel amor, que, librado a sí mismo, debió apagarse más pronto de lo que tardó en prenderse, se eternizó en la muerte. El muerto vive en mi memoria, y Dios sabe si no vive también en el corazón de ella. ¿Quiere usted, pobre amigo mío, condenar a esa mujer a amar eternamente a Mario Burgueño? ¡Mátelo! ¿Quiere que un día ella se arrepienta de su locura? ¡Deje que lo conozca tal como es!

Link sollozaba, escondiendo el rostro.

—¡La engañará! — dijo convulsivamente.

—¡Todo es engaño en el mundo! — exclamó Fraser, con voz sorda, como si hablase nada más que para sí mismo. — Sólo hay una verdad, y es el amor de madre. ¡El será mi vengador! Aquella mujer, por quien yo soy un asesino, un día vendrá a golpear la puerta de mi casa, y a arro-

dillarse en mi umbral, para que la deje ver a mi hija, que es su hija... ¡Ay, de ella entonces! Liana la desconocerá, y yo la escupiré en la cara...

Cuando Link alzó los ojos, Fraser había desaparecido. Aguardó unos minutos hasta que fué calmándose su agitación, y como el otro no volviera, ni él tuviese ganas de verlo, salió del despacho, y descendió silenciosamente la larga escalera.

Esa siesta, Fraser fué a lo de Bistolfi.

Iba desalentado, porque su implacable pesimismo le enseñaba que la pasión inocente está más cerca del abismo que la maliciosa coquetería; y si era tarde ya, su figura de predicador laico y vicioso, sería de un impagable ridículo.

Pero a medida que avanzaba, en el torbellino del carnaval, que llenaba las calles con su ficticia alegría, confirmábase en su propósito de hablar a Matilde, para decirle, una gran verdad, que nunca le llegaría tarde: "Cuando con su propia mano se haya cerrado todas las salidas, por donde pueda salvarse, todavía le quedará un refugio y es el amor de ese hombre a quien aleja".

No había hablado gran cosa con Link, pero estaba seguro de que aquel amor era incurable en el corazón del joven.

Cerca ya de su destino, en una calle estrecha,

una comparsa le obstruyó el paso. Quiso retroceder, mas por el otro lado venía desembocando una hilera de coches, cargados de mascaritas chillonas y procaces. En aquella misma cuadra, alzábase la mole silenciosa de un colegio, y casi en la esquina abríase la puerta de su capilla, construída como una cripta en el subsuelo.

Fraser salvó el pretil, y se metió de rondón en la iglesita, oscura, fresca y silenciosa.

En el tabernáculo resplandecía el Santísimo, entre un arco de velas, que ardían con el suave olor de la cera virgen.

Se sentó Fraser en un escaño, sorprendido y halagado por tanta paz.

Una salmodia indistinta llegaba a sus oídos, y sólo cuando se habituó a la oscuridad, divisó muy cerca de él, una vieja hincada en el suelo.

La contempló un rato, con extrañeza, tratando de imaginar los pensamientos de aquella alma desgraciada o feliz, pero sencilla como la del carbonero creyente.

La vieja iba recorriendo la iglesia. Arrodillábase frente a cada estación del Via Crucis. Se daba golpes de pecho, y encorvándose penosamente, besaba la tierra.

—¡Oh, Señor! — pensó Fraser conmovido y humillado. — Mientras los filósofos discuten tu existencia, esta pobre alma vive de tu verdad.

En las pilastras de mármol relucían letras de oro.

Eran versículos de los Salmos: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí, oh, Dios, el alma mía”. “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo vendré y pareceré delante de Dios?”.

En la semioscuridad reinante era difícil leer, pero Fraser interesado profundamente, fué recorriendo pilastra por pilastra, para gustar aquellas metáforas elocuentes, llenas de misteriosa esperanza.

“Hazme la gracia de tu ley”.

“Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón”.

“Jehová abre los ojos a los ciegos; Jehová levanta a los caídos; Jehová ama a los justos”.

La vieja había terminado sus rezos, y Fraser estaba solo, cerca del altar mayor, hincado junto a la palpitante lamparita de aceite del Santísimo.

¿Qué le duraría aquella saludable emoción? Una hora, un día, un año... Bastábale saber que los caminos de su corazón no estaban cerrados del todo para aquellas corrientes de aguas vivas. Alguna vez, se saciaría en ellas para no morir. “El que bebiere del agua que yo le daré — había prometido Jesús a la Samaritana — nunca jamás tendrá sed”.

La desconcertante algarabía del carnaval, no tenía sentido bajo los rayos de oro del tabernáculo.

Los ruidos del mundo morían en las gradas del

altar. Un leve olor de jazmines se desprendía de un vaso puesto a los pies de la Virgen.

Oyóse un ruidito seco de maderas. Fraser miró, y vió que se abría un confesonario y salía una figura negra, un sacerdote flaco y encanecido, que pasó por su lado sin mirarlo, y entró en la sacristía.

Oyó pasos, y vió que del nicho lateral de aquel confesonario, salía una mujer que había levantado su crespón y que ahora rezaba entre los escaños.

Se hacía tarde, y Fraser abandonó la iglesia. A su puerta dormitaba un pordiosero con la mano estirada. Un vaho de horno reinaba en la calle.

Pasó un grupo de máscaras parloteando con voces aflautadas, las eternas sandeces de todos los carnavales.

¡Vanidad de vanidades aquella fatigosa simulación de la alegría!

Cuando Fraser llegó a casa de Bistolfi se había entrado el sol, y en las calles arboladas se espesaba ya la sombra.

—¡Cuánto he tardado! Ya no será tiempo — se dijo. Preguntó por Matilde, y la sirvienta lo hizo pasar a la sala.

—¡Ya va a venir!

Y cuando llegó, sorprendida de la visita, él la tranquilizó con una afectuosa sonrisa.

—Hace un mes que no la veo, Matilde, y quizás

venga en mala hora. ¡Cómo estará de ocupada con el baile de esta noche!

—Al contrario: estoy dando vueltas en mi jaula, sin saber qué hacer.

—¡Parece mentira! ¡A tres horas de un baile de carnaval! Si a otro se lo dice no le creerá.

—¿Y usted me cree?

—Yo sí; yo le creo cuanto quiera decirme. Si ahora me contase una cosa inverosímil, una gran tristeza, por ejemplo, no dudaría ni un segundo...

Ella lo miró afanosamente, y le dijo:

—¿Usted lee en mi cara, no es cierto?

—Sí, Matilde.

—¿Y qué es lo que lee?

Fraser no contestó de pronto. Buscó asiento, y como si él fuera el dueño de casa, indicó una silla a la joven, y se sentó a su lado.

—No he llegado tarde, — pensó, — y ella me oirá.

Y maquinalmente repitió en voz alta esas palabras.

—¡No he llegado tarde! usted me oirá ¿no es cierto?

—¿Qué dice? — preguntó ella sorprendida.

—¡Si supiera Matilde, dónde he pasado una hora! En una iglesia, con una vieja que hacía estaciones, y una mujer que se confesaba.

—¿Quiénes eran?

—No sé; ni siquiera les ví la cara.

—¡Pobres mujeres! — exclamó ella, y Fraser rectificó:

—¡No tan pobres como yo, que envidiaba su fe, y como usted, Matilde, que podría envidiar su paz!

—¡Yo no envidio nada de nadie! — replicó ella mortificada y Fraser aguardó que pasara su repentina cólera, para decirle con ternura paternal:

—Hace un minuto reconoció que yo leía en su cara... ¿Por qué? pues, la ofende que siga leyendo? A tres horas de un baile está intranquila y temerosa... ¿de qué tiene miedo?

—¡No sé! — murmuró ella sin negar, y se quedó callada.

—Yo conozco algunos de sus secretos, Matilde. Pero quiero conocerlos todos, para aconsejarla.

—Ya no es tiempo, — murmuró la joven con la misma voz. Hace un mes que no nos vemos... Déjeme guardar ahora todos mis secretos...

Tenía un antifaz rosa en la mano. Instintivamente lo llevó a los ojos y se cubrió con él.

—¡Hija mía! — exclamó Fraser condolido. — ¿He llegado tarde entonces?

—¡Muy tarde! — contestó ella, sin descubrir la cara. — ¡No me pregunte más!

—No necesito preguntarle más. El verla llorar, con ese antifaz en la mano, me basta... ¡pobre hija mía!

Se levantó, y ella lo tomó por el brazo.

—¡No se vaya todavía! — le suplicó.

—¡No me voy! — dijo él, dando unos pasos por la sala, para encubrir la pena que le aguaba los ojos.

Se acercó de nuevo a Matilde, y en voz muy baja, y dolorida como el reproche de un padre, le preguntó:

—¿Por qué no me llamó cuando aún era tiempo?

Ella alzó la cara mojada en llanto, y mirándolo frente a frente, como si él fuese el mundo entero, le dijo con cierta violencia:

—¿Qué sabe una mujer como yo cuándo es tiempo y cuándo deja de ser? En estos caminos se va con los ojos vendados. Si yo fuese una obrera de gustos simples, no habría caído. Pero me han educado; me han infundido ambiciones; me han hecho concebir esperanzas; me han quitado las fuerzas... ¿qué culpa tengo yo, si todo lo que he aprendido no me sirve para ganarme honradamente la vida?

Volvió a taparse la cara con el antifaz, y Fraser se quedó mirando la alfombra. Si Liana le hubiera hecho aquella penosa confesión, no habría hallado para responderle, más que el árido llanto que en ese momento temblaba en sus pupilas, sin brotar del todo.

Se levantó de nuevo, y ella volvió a mirarlo suplicante:

—¿Se va?

—Sí, Matilde. No sé qué decirle. Perdóneme. Si Liana me hubiera hablado así, me pasaría lo mismo. ¿Qué va a hacer ahora?

—¡Qué sé yo! ¡Lo que él disponga!

—¿Tanto lo quiere?

—Si no fuera así ¿cómo podría haber ocurrido esto?

—¿Se casará con usted?

—El dice que sí...

—¿Y usted le cree?

—¡Yo he perdido la fe en todo! — exclamó ella con desesperación. — Creo que de un modo o de otro me iré con él. ¿De quién voy a esconderme?

—¿Y sus padres?

—Hoy o mañana tendrán que saberlo. No se morirán de pena...

Dijo esto con un horrible desencanto y Fraser no se atrevió a protestar. Tomó el sombrero y se inclinó ante ella, que le tendió las dos manos.

—¡No me deje nunca!

—Hija mía, tarde se acuerda usted de mí.

—Aunque así le parezca, aunque piense que no merezco su protección, no me deje nunca...

—No soy yo el que la deja; — replicó él. — Es usted la que se va.

Y salió lleno de amargura, despechado, agotada su misericordia por un resentimiento celoso,

sin haberle anunciado, que aún vencido por el capricho de Mario, el amor de Link le ofrecería siempre un refugio.

Parecíale una afrenta y un sarcasmo pensar en eso, pues ninguno de los que habían creído en ella, porque la amaron, podría perdonarla.

XV

El murciélago

Las horas que lo separaban del baile fueron para Link una real agonía.

—Sólo un gran dolor podrá devolvérmela; — repetía con desolado fatalismo y el odio y el deseo de vengarse del hombre que la alejó de él, empezaba a arder en su alma con una siniestra claridad...

Pero cuando cayó la tarde, y la dulce noche estival cubrió de misterio los jardines de Olivos, donde él se refugiara, para estar más cerca del sitio indicado por ella, sus nervios se gastaron y su corazón se apaciguó.

¡La culpa era de él, que había puesto los ojos tan alto!

En el hotel, se vistió con desaliento. ¿Qué ilusión podía tener de lo que ella iba a contarle esa noche, si ya lo adivinaba todo?

Considerando la desventura de ella, más que la suya propia, sus manos de labrador se crispaban con ira.

Hubiera querido ser su hermano, para que na-

die pensara, si un día se le antojaba tomar cuentas de aquella iniquidad, que el despecho le movía.

Cuando acabó de vestirse era tarde, y en el comedor la orquesta empezaba a tocar. Se fué al jardín, que daba a la calle y al andén de la estación. Desde allí podía advertir su llegada, en cualquier forma que viniese.

El lugar estaba oscuro, a pesar de las guirnaldas de luces, tendidas en la arboleda. Podía ver antes de que lo vieran.

De haber sido hombre de ingenio, se habría disfrazado, para tratar su asunto con Matilde, pero estaba seguro de que con la primera palabra se delataría, y le repugnaba el ridículo.

Discurría por entre las altas palmeras sombrías, espionando la entrada, cuando oyó el nombre de ella al pasar junto a un grupo de muchachos vestidos de etiqueta.

Se aproximó, con la carne estremecida de dolor, y reconoció en uno de ellos a Heráclito Cabral, aquel amigo y comensal de Mario Burgueño.

No pudo oír lo que decían; mas le quedó la sensación de que el nombre de ella rodaba por los oídos indiferentes. Huyó de las conversaciones y se sentó en un banco, entre un macizo de hortensias florecidas.

La voz de Fraser lo sacó de su abstracción. Llegaba del brazo con Bistolfi. Se les acercó ins-

tintivamente, buscando la compañía de los que podían darle noticias.

Aunque Fraser parecía alegre, Carlos Link observó la dureza de su ceño, y la actitud con que respondía a su compañero, que le describía con fervor un disfraz de Napoleón con que vendría la próxima noche:

—¡Ya hoy hubiera venido! — exclamaba apenado. — Pero mi mujer me ha prometido un tricornio ¡un tricornio napoleónico!

—¿Y no se lo ha hecho todavía?

—¡Pero me lo hará, me lo hará!

—¡Ah, no le quepa duda, mi querido conde! Lo raro es que no se lo haya hecho ya. ¿Y dónde está esa gentil sombrerera?

—Llegará en el auto con Pulgarcito... ¡Qué encanto ese muchacho! Vendrán disfrazados. Que lástima que no me haya concluído el tricornio. Yo habría podido acompañarlos...

—¡Quién sabe! — dijo Fraser pensativo. — Tal vez se lo traiga hecho ya.

Pasó uno de los mozos del hotel, y Bistolfi lo llamó.

—¿Qué tenemos para cenar esta noche?

El mozo que conocía a Bistolfi, lo saludó reverencialmente, y se alejó con él, informándole del menú:

—Cabeza de ternera, pies de chanco, hígados de aves...

—¡Cuernos de búfalo! — refunfuñó Fraser, dejándolo irse, y cogiendo del brazo a Link. — ¿Conque se vino usted, a pesar de todo?

—Ella me lo pidió... — murmuró como una excusa el joven.

—¿Y le dijo con qué disfraz vendría?

—Vestida de musulmana, con charchaff.

Fraser sonrió compasivamente.

—¿Qué tiempo necesita usted para eliminar ese veneno?

—¿Veneno? — repitió Link sin comprender.

—¿No siente que es así, pobre amigo mío? El amor es como la morfina, como el alcohol. Si ella viniese ahora mismo, cuando usted ya no cree en ella...

Al decir estas palabras, Fraser miró a Link, y volvió a sonreír con piedad.

—¡Usted no dejará de creer nunca en ella! — exclamó con desesperación. — ¡Qué veneno le ha hecho beber!

Dieron unos cuantos pasos por el jardín, que empezaba a poblarse. Link no tenía ganas de hablar, mas le consolaba la compañía de aquel hombre, con quien había cambiado sus confidencias.

—¡Mire quiénes llegan por allá! — exclamó de repente Fraser.

Entre las olas de gentes que descendían de un tren, Link vio a misia Presentación pegadita a su marido, animado el rostro por una ancha sonrisa.

El, en cambio, avanzaba a pasitos cortos, muy

serio, preocupado todavía con las conclusiones de un laborioso informe que esa tarde elevara a la Intendencia Municipal, acerca del cinematógrafo como factor de moralidad pública.

Fraser, que tenía curiosidad de saber bajo qué disfraz reconocería a Matilde, se les acercó.

—Venga, Link; vamos a pedir noticias a esos tipos.

Pero Link no dió un paso. Ya no conocía a los que le habían cerrado su corazón y su puerta.

Parecíale que su resentimiento alcanzaba también a Laura, porque no lo había defendido en su ausencia.

Dejó a Fraser que se adelantara y se quedó vuelto hacia la calle, sintiendo que su angustia crecía con la espera.

Una mujer vestida como Beatriz, en su primer encuentro con el Dante, en el cuadro clásico de Holiday, atrajo sus miradas.

El antifaz le cubría la cara hasta el mentón. Estaba sola y parecía buscar a alguien.

—Yo espero a una musulmana, — se dijo con amarga sonrisa Link, al notar que aquella Beatriz lo miraba, y se dirigía hacia él.

—¿No me has visto llegar? — le preguntó ella con la voz alterada. — ¿No sabes quién soy?

Link reconoció a Laura, y su resentimiento se trocó en gratitud.

—¡No me nombre! — le dijo ella con ternura.

—La llamaré Beatriz...

—Bueno... ¿Y ahora explíqueme por qué no ha ido a casa?

—Ya nada tengo que hacer en su casa.

Tal respuesta dada con despego y dolor, pareció ofender a la joven. Se apartó un poco de aquel hombre triste, que no tenía pensamientos para ella, y exclamó:

—¡Allí están sus libros, esperando que vaya a buscarlos!

—¿Entonces no recuerda cómo me acogió su mamá? ¿Quiere que tenga alma para ir después de eso?

Y ella en el mismo tono le replicó:

—¿Entonces pensaba alejarse de casa sin despedirse de nadie?... ¿ni de mí?...

—¡Habría hecho mal, es cierto! — confesó él. — Pero no se resienta conmigo. Ha caído un rayo junto a mí, y estoy aturdida y ciega... Deme su mano, Laura, y guíeme. ¿Qué debo hacer?

Ella cedió a la tentación de consolar aquella desolada resignación, y le dió la mano, y lo alejó del sendero, donde se cruzaban todos los que entraban o salían.

—¡Venga por aquí! ¿La busca, no es verdad?

—Sí; ella me pidió que viniese.

—¡Le pidió que viniese! — repitió Laura. — ¿Y no le anunció su disfraz?

—Me dijo que se vestiría de musulmana.

—¡Lo ha engañado! — contestó la joven con sequedad.

Una oleada de sangre tiñó la cara de Link. Le dolía y lo avergonzaba el que innecesariamente quisieran desorientarlo.

—¡Cuénteme, por Dios, qué ha pasado para que así me trate!

Fué tan desesperado el acento de esta súplica, que Laura, conmovida, le contestó dulcemente:

—¡Hable con ella misma, que es buena y se lo explicará!

—¿Pero cómo la reconoceré entre tantas?

Y señaló la multitud de máscaras que llenaban los salones iluminados, donde se bailaba con las ventanas abiertas al aire delgado de la noche, y los jardines que desbordaban de concurrencia, y la calle agitada por el abigarrado gentío.

—Si ha cambiado de disfraz, ¿cómo la reconoceré?

—Venga conmigo; yo lo guiaré...

Le dió el brazo Link y cruzaron los jardines, y subieron a la terraza.

—Yo conozco su disfraz, — dijo Laura. — Es el más original y el más bonito de todos.

—¡Me huye! — respondió él con amargura.

Laura repitió su consejo.

—¡Háblela! Yo no puedo decirle una palabra, porque desconfía de mí. Y está sola...

—¿Sola? — interrogó él sin comprender.

—Sí; sola en medio de la multitud. Parece extraño, pero es así. Usted está más cerca de ella que yo. ¡Háblela!

—¡No querrá oírme!

—No le hable de amor. Sea como un amigo o como un hermano... ¡Usted, Link, puede salvarla!

Laura arrastraba a Link por entre las gentes sorprendidas.

—Tiene que haber venido ya. Ha cambiado con Mariana su disfraz. La Bistolfi vendrá de musulmana, y Matilde de uniforme de la Cruz Roja... ¡Allá está!

El corazón de Link se contrajo dolorosamente.

—Abandóneme; y pase por su lado. Ella misma lo llamará.

Laura soltó el brazo de Link, aceptó el de otro hombre que se le aproximó creyendo conocerla y desapareció entre el gentío.

Link bajó la escalinata, los ojos fijos en la suave y armoniosa figurita blanca, que huía ante él, sin haberlo visto, en compañía de una sultana y de un hombre con dominó.

—¿Adónde irá? — Pensaba. — ¿Quiénes son esos?

Siguiéndola, volvió al lugar donde pasó una hora espiando la entrada.

La sultana y el dominó se apartaron de ella y Link se le acercó temblando.

—¡Carlos, Carlos! — le gritó ella, disimulando

la voz. — Hay una hija de Mahoma que te busca...

Link se le aproximó, dominándose para tener aplomo y sacar partido del cambio de disfraz.

—Yo soy cristiano, — contestó ofreciéndole el brazo. — Te prefiero a ti...

—Si supieras quién es la musulmana, la preferirías a ella.

—La he visto pasar con un dominó... ¡Déjalos que se vayan!

—También yo tengo que irme, — contestó ella, visiblemente nerviosa.

Link la retuvo de la mano:

—¡Oyeme, Cruz Roja! ¿Cómo te llamas?

—Como me has dicho: Cruz Roja.

—¿De dónde me conoces?

—¿Quién no te conoce, Carlos? Déjame, tengo que irme.

—Estoy solo; no te vayas. ¡Hace tres días que estoy solo...!

—Tengo que irme, — repitió ella, deteniéndose, sin embargo, y mirando a Link.

—Yo conozco esos ojos, — le dijo él con pasión.

—¡Mentira! ¡es la primera vez que nos vemos! ¡los habrás soñado!

—Esa es la verdad: los he soñado. He vivido soñando un año entero, pero hace tres días que he despertado...

—Tienes la cara triste; señal de que no has ganado en el cambio.

—Pero tengo el corazón alegre. La verdad entristece la cara, pero alegra el corazón.

—Prefiero la mentira, — respondió ella resueltamente. — En una noche de carnaval no hace buena figura tu verdad.

—¿Qué estás diciendo, Cruz Roja? Si te sacaras el antifaz podría desmentirte. Tampoco tu cara está más alegre que la mía. Señal de que también has despertado de un sueño...

—No me ves la cara.

—Te veo los ojos.

—Quizás tengas razón. Yo también hace tres días que estoy sola, como tú.

—Cuéntame qué te pasa.

—¿Renuncias a tu musulmana?

—Si tú, Cruz Roja, renuncias a tu .. ¿de qué se ha disfrazado el hombre que buscabas?

—De murciélago.

—No ha venido aún; he recorrido todos los sitios donde hay máscaras, y sé que no ha venido. ¡No le interesas! Cuéntame por qué estás sola, desde hace tres días...

—Porque he perdido a mi hermano...

—¡Ah! ¿Tenías un hermano? Haces bien en creerte sola, si lo perdiste, porque es la pérdida que no se repone nunca. Si pierdes un amigo, o un novio, o un marido, o un hijo, podrás tener

otro. Pero si has perdido tu único hermano...

—Por eso lo busco.

—No mientas, Cruz Roja: el que buscas es un Murciélago. Y lo buscas porque no piensa en tí. Todas las mujeres son iguales.

—No seas injusto: a lo menos habrá una que para ti sea distinta de las demás. ¿No tienes novia, acaso?

—Un año entero he soñado que había una distinta de todas, y fué mi novia. Pero ya he despertado...

—¿La has perdido?

—Sí: no es posible tener las dos cosas: la verdad y la mentira. Mi novia era la mentira. Ahora tengo la verdad.

Quedaron callados, ella mirando hacia el salón, por si lograba divisar a su Murciélago.

De pronto suspiró y dijo:

—¡Yo también tengo ahora la verdad: ¡Sería mejor haber seguido soñando!

Link adivinó la profundidad de ese lamento.

—¡Pobrecita, Cruz Roja! No me has contado tu historia, pero yo la adivino.

Se levantó, y ella que se había sentado junto a él, lo miró con angustia.

—¿También tú me dejas, Carlos?

—Hace un momento, Cruz Roja, querías irte.

—Buscaba a un hermano.

—Y ahora no quieres dejarme ir

—Es que lo he hallado y no quiero perderlo de nuevo. ¡Tengo miedo de mi soledad!

—No estarás sola. Dentro de algunos minutos, vendrá tu Murciélago a buscarte, y te irás con él...

—Sí, porque es mi destino.

—¡Pobrecita Cruz Roja! ¿Sabes que has mojado el antifaz con tus lágrimas? Olvídate de ese hombre que te hace llorar...

—¡Imposible!

—¿Es un flirt?

—¡Es más!

—¿Es un novio?

—¡Es más!

—¿Es un amante?

—¡Sí!

El, que lo había adivinado ya, y creyó que podía exponerse al dolor de saberlo de sus propios labios, no logró apagar el relámpago de odio que se encendió en su mirada. Maquinalmente se volvió a uno y otro lado buscando al Murciélago, y ella comprendió que Link la había conocido, y temió por Mario Burgueño.

Se quitó el húmedo antifaz y le dijo:

—Carlos, júreme que no tendré que arrepentirme de haberle confiado mi secreto.

El se echó a reír, con una risa desolada que hacía daño oír.

—Yo soy su hermano, Matilde ¿no me ha bautizado usted así? Yo haré lo que haga el otro hermano suyo. ¿Acaso Pulgarcito piensa en vengarla?

Matilde se ruborizó intensamente.

—¡No me prive de su dolor! -- dijo. ¡Me sentiría tan abandonada si alguien no sufriera conmigo! ¿Quién me comprendería, entonces?

Link volvió a reír con la misma crueldad.

—¡Qué singulares son las mujeres! ¡Se quejan de hallar lo que han buscado!

—Piense de mí lo que quiera; -- repuso ella con altivez. — Me moriría antes de quejarme, de lo que nadie más que yo tiene la culpa...

—¡Me arroja de su lado — exclamó Link sin escucharla — y no quiere que yo la borre de mi corazón!

Ella ofendida, dejó de mirarlo y guardó silencio. En el salón sentíase el ruidito seco de la batuta del director de orquesta que llamaba a los músicos, golpeando el atril.

Link tuvo miedo de haber dicho una palabra irreparable, y murmuró suavemente:

—¡Matilde!

La muchacha se volvió apenada, alzó la frente para que él la mirase bien, como si no debiera verla más, y le dijo poniéndose el antifaz:

—Si usted que me ha querido tanto, no me comprende, ¿quién me comprenderá?

—¡Insondable, insondable! — exclamó Link con vehemencia. — ¡Inaccesible como un enigma! La he querido sin conocerla, sin adivinarla.

Matilde contestó con humildad:

—¡Yo misma no me conocía!

La orquesta inició un shimmy desenfrenado. La concurrencia onduló como un mar, y el reflujo hacia los salones dejó desierto el jardín. Link y Matilde quedaron solos.

La figura blanca de ella se destacaba en la noche, bajo las luces de color.

De pronto, como una aparición, surgió de entre las sombras un murciélago gigantesco, y pasó junto a Link, que sintió el viento de sus negras alas.

—¡Cruz Roja! ¡este shimmy es mío!

Su voz fué un corjuro para la muchacha, que acudió a su llamado, y se alejó al compás de la música y envuelta en las alas membranosas.

Carlos Link no hizo ni un gesto de protesta. Se sentó en el banco, y clavó en tierra la torva mirada, como si madurase un mal designio.

Fraser observaba la escena desde alguna distancia, y había reconocido al Murciélago.

Se afligió por él, y se acercó a Link, que no lo sintió llegar, absorto como estaba en la meditación de su derrota.

Aturdido por el golpe, su dolor se disolvía en

un inmenso desencanto, que era una especie de consuelo.

Pero su vanidad, herida por la insolencia del otro, le sugería malos pensamientos

—Yo conozco ese dolor — le dijo Fraser al oído; y Link contestó sin alzar la cabeza, encogiéndose de hombros con un gesto despectivo:

—¡No es dolor!

—De acuerdo; es algo más vil: es despecho. Yo lo he sentido: yo maté a un hombre por causa de una mujer, y no lloraré bastante mi necedad.

Link volvió a encogerse de hombros fastidiado por la voz inoportuna que turbaba su cavilación.

Fraser prosiguió:

—Su amor pasará contra todos los sueños. Sólo dura el amor a los muertos y el amor a los hijos.

Estas palabras suscitaron en Link la imagen de los días que vendrían, lentos, sin color, sin nombre, en que él viviría lejos de ella, lejos del amor y de los celos.

Le pareció estar en la orilla de un abismo, sin medida, y se levantó nerviosamente

—¡Mi amor es como el amor a los muertos, como el amor a los hijos! ¡Mírela! — exclamó señalando el salón, en cuyo cuadro brillante se agitaban las parejas.

Una robaba todas las miradas, y era la que

formaba la blanca figurita de la Cruz Roja, con la siniestra y desmesurada silueta del Murciélago.

Y volvió a caer sobre el banco, pálido y vencido, pero protestando contra las mezquinas palabras de Fraser.

Buenos Aires; Junio - Octubre de 1921

*El segundo episodio de esta
novela, se titula "El
Vengador", 1 vol.
en la misma li-
brería.*

El Vengador

(70.º millar)

El éxito de este libro ha sido enorme.

Actúan en ella los personajes de EL AMOR VENCIDO, es una novela completa en sí misma, y tan fuertemente concebida, que suscita desde el primer capítulo una ardiente curiosidad.

¿Quién es el Vengador? ¿Quién castiga la culpa del que ha pecado contra la ley fundamental de la vida, que es el amor a los hijos?

Dos cualidades han marcado la originalidad de Hugo Wast, en la novela americana: el pensamiento fundamental que se descubre siempre en sus libros, y el interés poderoso de sus argumentos.

Agréguese el mérito de ese estilo diáfano, sin rebuscamiento, verdadero estilo de novelista que ha hecho escuela, pero que permanecerá inimitable, y se tendrá la razón del éxito de este escritor "argentino por su elegancia y su finura, español por su sentido de la raza y de la lengua; universal por su genio creador"; según el juicio del gran novelista Ricardo León.

La Corbata Celeste

(30° millar)

Es una novela histórica, de pujante interés. Su acción se desenvuelve en la época de Rozas. Dos hombres aman la misma mujer, don Baltasar Balbastro y su hijo José Antonio. Pero éste, que ha adivinado el amor de su padre hacia la gentilísima Leonor, calla y sufre.

Ningún otro libro ha evocado con tan clara visión aquel Buenos Aires del año 49, de trágica memoria, con sus tertulias y sus amoríos, sus alegrías y sus angustias, y dominando el fondo del cuadro, la siniestra figura del tirano Rozas.

Fuente Sellada

(67.º millar)

Un sentido psicológico profundo orienta la trama de este libro, objeto de discusión cuando salió.

Algunos de sus personajes, modestas y encantadoras figuras provincianas, quedarán como creaciones vigorosas; otros, inquietantes y mórbidos, aparecen llenos de pasión, como arrebatados por una fuerza desconocida.

El estilo, en este libro, es más sutil y más limpio que en ninguno de los otros; y la trama de su argumento es cerrada y fuerte, y llena del indiscutible interés que hay en toda la obra novelesca de su autor.

Ciudad Turbulenta

Ciudad Alegre

(68.º millar)

La aparición de esta fuerte y saludable novela, produjo una profunda sensación en la sociedad porteña. Más de cien mil lectores seguían con avidez en los folletines del gran diario "La Nación" aquella amarga y poderosa pintura de Buenos Aires, "la ciudad alegre y turbulenta", conforme a las palabras del profeta Isaías.

Y cuando el libro apareció, suscitó comentarios apasionados, críticas despiadadas y grandes entusiasmos. Todos reconocían empero el vigor del argumento, y el intenso interés que despertaba aquella novela valiente y noble, en que se creaban tipos inolvidables, como el del sacerdote Dimas Carrizo, que "en medio de los salones hacía estallar como obuses las verdades evangélicas".



Valle Negro

(45.º millar)

El gran crítico español don Miguel de Unamuno, ha escrito acerca de este libro un juicio, del que copiamos este párrafo:

“He leído *Valle Negro* con el ánimo suspenso, y volveré a leerlo, porque el interés que me despertó es el de un dramático juego de pasiones.

“Esa novela puede leerse en cualquier país, y podrá leerse en cualquier tiempo, cuando se siga leyendo “Carmen” y “Colomba” de Merimée. Su precisión, su condensación, la librarán de modas del gusto.

“Correspondiendo a esta manera de sentir y de entender la novela, es el estilo adecuado. Limpio, claro, preciso, sin contorsiones metafóricas, sin retorcimientos estilísticos, a que ahora hay alguien tan aficionado”.

La Casa de los Cuervos

(90° millar)

Adaptada al teatro. Adaptada al cinematógrafo

La acción de esta novela, se desenvuelve en provincias. Descríbese en ella la época azarosa de las revoluciones, hacia el año 1877.

El revolucionario Insúa, mata al jefe de las tropas del gobierno, Jarque, y a su secretario Borja. Herido a su vez, huye a caballo y logra escapar.

Lo acogen muribundo en una "estancia". Es la casa de doña Carmen de Borja, donde vive con su hija la viuda de Jarque. Aquella recibe a la vez la noticia de que su hijo y su yerno han muerto en la revolución y adivina quién los mató, pero guarda su terrible secreto, para no infundir el odio en el corazón de la joven.

Ellas ocultan al herido y lo salvan. y un idilio misterioso, al principio, nace entre el revolucionario y aquella joven abnegada. Un día él sabe que ella es la viuda y hermana de sus víctimas, y resuelve alejarse. Pero ella, ignorando el secreto, quiere retenerlo...

Llena de emoción y de magníficas pinturas de ambiente, esta novela ha llegado a ser clásica en la Argentina.

Flor de Durazno

(97.º millar)

Adaptada al teatro. Adaptada al cinematógrafo

“Flor de Durazno”, marca una época en la literatura argentina, señalando el momento en que los libros nacionales dejaron de ser lectura de unos pocos elegidos, y alcanzaron los grandes tirajes, que constituyen la definitiva consagración popular.

Nada más universal y conmovedor que el doloroso idilio de Rina, la inmortal protagonista de “Flor de Durazno”.

El lector subyugado por, el estilo sencillo y por la profunda ternura del romance, se siente vivir en el prodigioso marco de las sierras cordobesas.

Esta novela es de las que se leen una y otra vez, y de las que se terminan con el corazón templado en buenos propósitos y los ojos llenos de lágrimas.

LA QUE NO PERDONO

*El gran diario porteño "La Razón"
presentaba a sus lectores este libro,
en las siguientes palabras:*

"Hugo Wast vuelve con esta novela a los cuadros que hicieron la fortuna de esa admirable novela LA CASA de los CUERVOS; y los despliega con mayor penetración psicológica y con la difícil sobriedad de frases, que ha llegado a ser en él un instinto.

En esta novela fuerte y original, pinta con amor la vida profunda y misteriosa de un hogar provinciano.

El escenario es reducido, pero el drama es de inmensas proporciones.

Es en verdad, uno de esos raros libros cuya lectura no puede abandonarse y que dejan en el alma del lector una honda huella de emoción y de piedad humana."

Novia de Vacaciones

(27.º millar)

Las razones del éxito de esta novela, mantenido a través de los años, son su emoción sana, su gracia pura y tierna.

Una muchacha, que vive en el campo, en la edad en que el corazón despierta, en unas vacaciones se ve festejada por un joven. Ella se enamora profundamente, y él, vuelto a la ciudad, la olvida. Lo que para él fué un amable episodio, ha atado para siempre el pensamiento y el corazón de ella. Pasan los años. Un día él encuentra en los salones, triunfante, a su humilde novia de vacaciones. Adivina que no lo ha olvidado, y se le acerca, reconquistado y ansioso de ganar de nuevo la confianza.

Pero ella no cree en él. . .

ALEGRE

(25.º millar)

Es la primera novela escrita por Hugo Wast. Se han hecho de ella numerosas ediciones, algunas adaptadas para el público infantil, que gusta de su inimitable sencillez.

Historia de un niño que pasa por aventuras extraordinarias en tierras lejanas; paisajes y tipos entrevistados como en sueño; relato ingenuo y puro hecho en un estilo fácil y sin pretensiones, tal es la obra.

Sin trascendencia, sin filosofía, sin tesis, embelesa al público a quien fué destinado, que busca en los libros el solaz de un romance tierno, y no la agitación de un libro filosófico.

203315

LS.

W3237nz

Author Wast, Hugo

Title Los ojos vendados.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

